



Se busca NOVILLA para cría

Una romcom sobre lactancia erótica

SEÑORA S

SE
BUSCA NOVILLA PARA CRÍA
SEÑORA S

Copyright © 2024 Señora S
All rights reserved.
Sello: Independently published.

SINOPSIS

«Ser curiosa te meterá en problemas, Julieta», decía mamá cada que me encontraba fisgoneando donde no debía, pero jamás imaginé que mi necesidad por resolver los misterios de la vida me llevaría a una aventura de lo más excitante.

Julieta es una joven escritora a la que le gusta explorar peculiares sitios webs para obtener información para su siguiente novela o para pasar un *buen* rato. Tras una noche revitalizante, un anuncio peculiar llama su atención:

«Se busca novilla para cría».

Aquellas palabras atrajeron su atención, sin embargo, fue la descripción lo que le hizo relamerse los labios y crear mil escenarios incitantes, hasta que la curiosidad la hizo acudir a una pequeña *granja* en un pueblo lejano, para encontrarse con un viril y arrebatador *granjero* capaz de poner su cuerpo en jaque.

Una historia de lactancia erótica que calentará su sistema hasta colmar sus jugosas ubres...

Un *vaquero* sensual y una escritora traviesa, ¿qué puede salir mal?

CAPÍTULO 1

S E B U S C A ...

Me quité las gafas, las dejé sobre la pequeña mesa que puse en la cama en la que tenía el portátil y estiré los brazos como si mis manos quisieran alcanzar el encielado de la habitación.

La espalda me tronó e hice una mueca cuando el dolor en mis articulaciones se hizo tangible.

Giré hacia la ventana y oteé alrededor. El cielo plomizo me devolvió la mirada, estaba por llover, era tarde, demasiado tarde para fingir que no llevaba horas frente a la pantalla, tecleando con furia sobre mi destartalada y vieja portátil a la que ya no le servían algunas teclas.

Demasiadas horas pasaron desde que me senté a escribir, al punto de que se me olvidó comer.

El rugido de mis tripas me hizo sonreír.

Por supuesto, tenía hambre, siempre tenía hambre después de escribir, aunque a veces no tenía ganas de comer, sino más bien de jugar con mi cuerpo... El hambre tras la escritura se exteriorizaba de distintas maneras, algunas más exuberantes que otras...

Jadeé y me dejé caer sobre la cama.

Necesitaba volver al escritorio si quería seguir con la escena que tuve que cortar cuando el calambre en la pierna reptó hasta la cadera y ya no pude obviar el malestar. Sí, debía volver tras el ordenador, pero antes, debía meterme un bocado entre la espalda y el pecho, solo así podría seguir.

Para mi buena fortuna, era uno de esos hermosos días en los que la inspiración me rodeaba al punto de que me olvidaba de todo y todos.

Guardé el archivo, estiré más la pierna y la masajeeé, aunque la tensión muscular menguó segundos atrás.

Cerré la portátil sin apagarla y la dejé sobre la cama sin importarme. Era una computadora vieja que solo usaba en casos de emergencia cuando ya no podía seguir escribiendo sobre el escritorio sin que mi espalda y hombros aullaran de dolor. Era una de las desventajas de ser una mujer pequeña, las cosas no estaban adecuadas para mi 1.54 m de estatura. Si subía la silla giratoria, no alcanzaba el suelo, si no la subía, tenía que alzar los brazos y mis hombros sufrían el desperfecto. Simplemente, no había forma de estar cómoda durante las largas horas de trabajo.

¡Bah!, tenía que haber una manera de dejar que los personajes domaran las olas de mi psique y estas reventaran dentro del archivo digital.

Y mamá pensaba que ser escritora era sencillo... ¡Sí, cómo no!

De pie junto a la cama, me estiré en mil posturas en las que mis pechos sin sostén se movieron y me provocaron una risita nerviosa. Nunca me cansaba de sentir el movimiento de esas cosas, y eso que llevaban conmigo desde la pubertad, siendo mis fieles amigas de parranda, consiguiéndome algunos tragos gratis, pese a las veces en las que me enojé por tener los pechos grandes y no poder usar blusas más sofisticadas sin que uno de mis pezones amenazara con sacarme un ojo. ¡Una maravilla!

Con los músculos más relajados, salí de la habitación directo hasta mi pequeña cocina que rara

vez usaba porque era una floja de mierda a la que le gustaba ocupar su tiempo en cualquier cosa menos en la cocina.

Abrí el frigorífico y el aire fresco me hizo jadear. La primavera estaba siendo más calurosa de lo que imaginé, pese a que había partes del país que parecían estar en pleno invierno. Se suponía que vivir en un país *alto* no debía generar aluviones de calor, en cambio, ahí estaba yo, descalza porque no soportaba calentarme la planta de los pies con los zapatos, usando solo unas braguitas y una camisa holgada que uno de mis exnovios —no sabía cuál— abandonó cuando rompimos. No es que hubiese tenido muchas parejas, a decir verdad, tuve tres novios, pero se parecían tanto, hasta en la forma de vestir, que era difícil adivinar a quién le pertenecía.

Chist, chorradas, daba igual, ya estaba raída, descolorida y tenía manchas de dudosa procedencia, no iba a volver por ella, incluso si me encontraba en paños menores, con los pezones erguidos y las areolas reflejadas por la delgadez de la tela.

Bien, terminé mal con todos ellos, eran unos gamberros. ¡Mi prototipo de hombre!

Saqué una Coca-Cola del frigorífico, original, por favor, que las de dieta me ponían la cara verde, la abrí y el gas presurizándose hacia la salida me hizo relamerme y las rodillas se me aflojaron. Orgasmo mental...

Bebí un pequeño trago, gemí de excitación y un escalofrío me cruzó la espina dorsal.

El vicio era malo, pero también me ponía a tono, a tono para escribir, digo.

Dejé la lata sobre la encimera y saqué lo necesario para prepararme el bocadillo con unos pedazos de pollo que se calentaban en el horno, la lechuga, tomate, y todos los aderezos necesarios. Lo hice en unos minutos en los que me bebí la primera lata. Cuando tuve mi bocadillo listo y la segunda lata de Coca abierta, volví a mi cueva, mi preciosa cueva.

Me relamí de la emoción, dejé la comida sobre la mesita de noche y me encaramé sobre la cama, el único mueble nuevo que tenía, el único que no heredé de mi madre o de algún conocido.

Ser escritora no me dejaba cuantiosas regalías, pero al menos me podía sostener, pagar mi pequeño piso, comprar comida para no morir de inanición, pagar el *wifi* y, lo más importante, una cuenta de Netflix.

¡Bendito fueran los creadores de la plataforma por su plan más barato!

Abrí de nuevo la portátil, cerré todo lo que tenía abierto para escribir, para luego abrir la app de Netflix para ponerme a ver mi serie favorita, esa donde los protas viven en la época de la Regencia y follan como conejos.

¡Delicioso!

Mi favorito, el duque, aunque luego tuve conflictos con el actor, eso de dejar el trabajo no me tenía muy contenta. Era segunda o tercera vez que veía la serie, bueno, en realidad era la cuarta vez.

Sí, tendía a obsesionarme con las cosas, nada grave.

Me comí el bocadillo sin dejar de ver la pantalla, deleitándome con las esculturales figuras de aquellos hermosos hombres que me hacían detener mi mandíbula. El duque... lo que diera por tener a un hombre tan atractivo que me comiera desde la punta de los pies.

Quizá por eso terminé por escribir una novela basada en la misma época. Me gustó tanto la sutileza del cortejo que no me pude contener.

Al igual que otras mujeres, que *muchas* mujeres, el romance creado por escritoras me hacía gemir, enamorada, me ponía la cara de tonta y me hacía pensar en mil escenarios en los que era la protagonista a la que iban a cortejar y, con solo el toque de mi mano, estarían rendidos a mis pies y me prometerían la mitad de Derbyshire, sin embargo, para mi mala fortuna, mis gustos también me encaminaban a encontrarme con puros delincuentes que no trabajaban y no hacían más que llenarse

la piel de tinta.

Sacudí la cabeza y cerré la app cuando terminó el capítulo, cuando me acabé el bocadillo y la segunda lata de la noche.

Una suave llovizna me arrulló como el canto de una nana y sonreí. El petricor se coló en mis fosas nasales e inhalé más hondo hasta que aquel delicioso aroma intoxicó mis pulmones y me relajé por completo.

Era lo que tenía tener el alma de una poetisa en el cuerpo de una camionera lujuriosa, a veces mi mente mezclaba escenas con narrativa purpura con mucho *glitter* y otras veces, cuando mi cuerpo demandaba un buen trozo de longaniza, me ponía bruta y hablaba como camionera barriobajera.

Pequeñeces...

Y sandeces...

Los dedos me picaron por seguir escribiendo la escena estrella, el prolegómeno antes de que la pasión entre los protagonistas se desembocara en las caballerizas de las que era dueño «el Conde» y domara la dulce y frágil boca de la pobre doncella, Anastasia, que estuvo enamorada de su amo desde que era una chiquilla cuando él la rescató de morir ahogada.

Podía ser un cliché tras otro, pero la novela se basaba justo en explotar lo que muchas mujeres, incluida yo, queríamos ver: hombres rudos, elegantes y educados que se desviven por la protagonista de turno. Además, me encantaba que se llevaran algunos años, y nada mejor que la época de la Regencia para obviar que el protagonista la conoció cuando apenas tenía casi todos los dientes en su lugar. Por supuesto, él no la notó hasta que le crecieron los pechos y el culo se le abombó en el tamaño justo para no caberle en la mano.

De nuevo... ¡Delicioso!

Sacudí la cabeza y entré al navegador con la idea en mente de buscar, por septuagésima vez, a un actor o modelo que se le pareciera al protagonista que tenía en mente. Llevaba demasiados intentos buscando y buscando cual idiota a un hombre alto, musculoso, sensual, de cabello oscuro, gesto insondable, con los ojos oscuros y el mentón bien marcado, con la barba corta y la expresión endurecida por su carácter. Quizás estaba pidiéndole mucho a la vida, pero ¡hey!, se vale soñar.

Busqué por unos minutos antes de darme por vencida, y entonces, se me ocurrió que podía entretenerme durante un *cortito* tiempo en algunas peculiares páginas...

¡Material didáctico! Por supuesto.

Me mordí el labio inferior y pasé al buscador como «*incognito*». Sonreí cuando mi viejo amigo encubrió mis pecados, aunque lo cierto es que no había razón para hacerlo, era una tontería poner el modo incognito, sin embargo, lo hacía desde hace muchos años, pese a que nadie revisaba mi historial y, de cualquier manera, eso no me salvaba para que los de la compañía de internet no me creyeran una degenerada.

Puse lo primero que se me ocurrió en el buscador y las múltiples páginas se desplegaron frente a mis ojos en cuestión de pocos segundos. Miles de resultados, no todos útiles, pero algunos... Uf, *mamma mia!*

Suspiré y me metí en la página de confianza. Me acomodé en la cama, estiré la mano para abrir el cajón de la mesita de noche y cogí lo que tanto necesitaba, sí, mi pequeña dosis de chocolate...

Abrí el envoltorio con expectativa, con la boca entreabierta, el corazón desembocado y la boca segregando saliva. Dulce regalo de los dioses.

Lo llevé a mis labios y me embarré el chocolate antes de comenzar a leer. Sí, leer, no iba a ver nada, solo leer algunos «relatos reales» que escribían.

Para esa vez, busqué uno de «sexo salvaje». Por todos los cielos, adoraba cuando las personas

contaban sus vivencias en las que les daban como a «cajón que no cierra».

Me lamé los labios para quitarme los restos de chocolate y leí ansiosa aquellas pocas líneas mal narradas con las que creé toda la escena como si la estuviese viendo y a la vez siendo la protagonista.

Mordisqueé el chocolate y pasé al siguiente relato y al siguiente, hasta que me aburrí de esa página y seguí con otra, una que no había visto antes. Me llamó la atención su tipografía tan rebuscada, era hermosa, y como escritora, me gustaba fijarme en las fuentes de letras.

Entré llena de intriga. Mis párpados se entornaron, mi ceja se alzó y ladeé la cabeza cuando la página cargó.

No, nunca vi tal cosa. Era... peculiar.

La web no era como otras, en absoluto, en su lugar, un despliegue de anuncios y anuncios de personas ofreciendo o pidiendo «favores» sexuales se extendían a lo largo y ancho de la pantalla. Algunos tenían la letra más grande, otros con fuentes más coquetas, las cursivas no faltaban, pese a que todas se mantenían a juego con la decoración de la web.

Me llamó la atención que hubiese tantas personas, hombres, mujeres y más, solicitando servicios sexuales u ofreciéndolos. Bajo el anuncio mayor estaba el precio o si era gratis, incluso, si se pagaba.

Le di clic a uno de ellos, interesada, ya no solo como persona, sino como escritora, en lo que rezaba aquel aviso.

INECESITO HOMBRE CON PULLA PEQUEÑA QUE LE GUSTE SER HUMILLADO POR MUJER ALTA

Sacudí la cabeza y chisté, sin comprender cómo podían poner algo tan explícito en las primeras líneas, pero ahí estaba, las letras eran grandes, rectas y parecían tener una firmeza masculina que me atraía.

Ni siquiera podía explicarlo bien.

Bajo el encabezado, ponía la palabra gratis en un color vino sobrio, el mismo color que tenían todos los anuncios que eran gratis, o lo que significara aquello. Se diferenciaba de los anuncios que eran cobrados, o sea, que se tenían que pagar por el servicio que eran verdes, y de los que se les pagaba por hacerlos que eran, curiosamente, blancos.

Me metí por mera curiosidad, porque no era ni hombre y mucho menos tenía la pulla pequeña, para bien o para mal.

El despliegue del anuncio me hizo abrir más los ojos y mi cabeza se ladeó al tratar de procesar lo que se pedía.

Soy una mujer de veintiocho años, alta, mido 1.86 m de altura, morena, piernas largas, pechos pequeños y redondos, culo respingado y un sexo apretado y depilado que ansía una pulla pequeña.

Busco hombre que quiera que lo folle y que lo domine en la cama, que quiera que me sienta en su cara y me coma el coño con ansia para que su «ama» lo recompense con un explosivo orgasmo.

Debajo de aquel extravagante resumen de lo que la señorita quería, estaba adjunta una fotografía en la que aparecía sentada en un sofá vestida con unas botas de caña alta de cuero negro, brillantes, que se anudaban a lo largo de las piernas. Su postura era intimidante y un poco masculina, con las piernas abiertas y un látigo que sostenía con la mano derecha y la punta estaba apretada por la izquierda. El *body* que llevaba puesto acentuaba su cintura y sus caderas voluptuosas, así como sus pechos pequeños con el escote con forma de corazón. No se le veía el rostro, solo la barbilla y el cabello corto y liso.

Sin poder creérmelo, volví a leer el mensaje y repasé la fotografía. Aquella maniobra colmada de dominio puro y conocimiento propio me asombró. A decir verdad, rara vez se podía encontrar uno

a personas queriendo realizar sus fantasías tan libremente como lo que vi con esa mujer.

No había respuestas, la web no tenía esa función, solo dejaba chatear directamente con el «dueño» del anuncio. Bajé hasta llegar a las «etiquetas» y mis ojos se fueron directamente a una: «sexo salvaje», justo al lado de otras tantas.

Me mordí el labio inferior, mis cejas se juntaron y sentí curiosidad por aquel hecho. Si tenía etiquetas, significaba que los anuncios se dividían de esa manera.

Al lado de esas dos palabras, había otras que me cautivaron e hicieron que me cosquillearan más los dedos de las manos, y los de los pies, pero por diferentes razones.

¡Todo había que decirlo!

Me relamí.

Debí volver a la novela, en mi defensa puedo decir que la curiosidad me hizo quedarme, que el breve descanso se extendió y que, al menos, escribí mucho antes de perderme por completo en aquellos anuncios retorcidos y fogosos.

«Fantasías sexuales», se llamaba la otra etiqueta en la que entré.

Otros anuncios se desplegaron, los vi por encima sin que ninguno llamase lo suficiente la atención, hasta que vi uno que casi me hizo atragantarme con el último mordisco de chocolate que me quedó. Tosí y me pegué en el pecho.

Un acto muy femenino de mi parte si me lo preguntan.

Leí dos veces antes de ingresar. Los músculos se me estremecieron, un calor singular me abrasó el abdomen, justo por debajo del ombligo, donde el hormigueo demandó mi atención.

Nunca me esperé que unas pocas palabras se juntaran para retorcerme la cabeza y hacer que mi mente volara.

«Se busca novilla para cría»

Sonreí y el sexo me punzó.

Estiré el cuello y me froté la nuca. El calor me coloreó las mejillas y mis pezones clamaron para ser liberados de las ataduras del roce de la camisa, el dulce roce que me hizo gemir como gata en celo.

¡Joder, cómo podían decir cosas como esa!

La temperatura aumentó cuando leí lo que quería aquel hombre, lo que buscaba, lo que necesitaba.

Se me detuvo el pulso, mi respiración se volvió superflua y cada parte de mi ser se agitó ante lo que describió el dueño del anuncio.

¿Podía ser verdad o se trataba de una broma?

Si era real... ¿cómo podía ser tan franco?, ¿cómo podía expresarse con tanta soltura?

Releí por segunda vez.

«Se busca novilla para cría»

Soy un *granjero* al que le gustan las damas con las tetas grandes y naturales. Tengo treinta y tres años, mido 1.92 m, de complexión fuerte, con la piel bronceada por el sol.

Me gustan las mujeres sumisas y abnegadas, mujeres que quieran encajar en un papel arcaico en el que yo les proveo todo.

Busco una dama con ubres grandes que quiera alimentarme con sus tetas. Quiero follarla mientras succiono sus pechos llenos de leche y hacerlo cuando se me dé la gana.

Ofrezco tres mil euros al mes por la hembra que quiera obedecerme. Por supuesto, no tiene que estar lactando, quiero que mi boca la haga lactar. Tampoco puede tener compromisos maritales, laborales, ni nada que impida que sea mía.

Quiero que la mujer elegida se convierta en mi novilla, a la que voy a *entrenar* para que se vuelva mi mujer, no acepto personas que no estén dispuestas a una relación formal en la que no se puedan someter, tampoco a mujeres con pechos pequeños. Antes de aceptar, es necesario llegar a un acuerdo de lo que está dispuesta a soportar.

Si necesitas más información, envía un mensaje privado, así podré acordar los detalles.

Bajo ese mensaje más largo que el anterior que leí, había una fotografía más rudimentaria de un hombre alto, muy alto, fornido, con los músculos grandes, gruesos y definidos, vestido con una camisa a cuadros arremangada y desabotonada en los primeros botones que dejaba ver un suave vello oscuro en sus pectorales hinchados.

Tragué saliva con dificultad.

El tipo estaba recargado contra un todoterreno negro, último modelo, un coche que no sabía cuánto valía, pero que fue evidente, incluso para una ignorante como yo, que debía ser costoso. Tenía las largas piernas cruzadas a la altura de los tobillos, donde se veían sus botas gastadas, pesadas y grandes, negras. Sus piernas estaban cubiertas por un vaquero negro, ¡cómo no!, desgastado, incluso lo tenía roto a la altura de las rodillas. La camisa a cuadros la llevaba fajada y se intuía su abdomen plano.

La imagen se cortaba en su cuello, pese a que su nuez de Adán, prominente, fue notable.

¡Por mi amargada tía Gertrudis! Ese hombre estaba para chuparse los dedos, estaba exquisito, y quería a una mujer que se convirtiera, parafraseando sus palabras, en su vaca sexual...

Bufé y negué con la cabeza, incrédula, pese a que el calor subió por mi cuerpo y me costó no meter la mano bajo las braguitas y tocarme el clítoris al imaginar a tal espécimen masculino domándome para que le diese *su lechita* de la mañana.

Me reí ante mi propio pensamiento y tras volver a negar, cerré el navegador y volví al trabajo, pese a que el gusanillo de la curiosidad me hizo preguntarme si todavía estaría dispuesto.

¡Venga, quién se resiste a tres mil euros por alimentar a un macho!

CAPÍTULO 2

S O L O U N A M I R A D I T A

Mis pies se alzaron, me equilibré sobre las puntas cuando me llevó contra la pared y de una sola embestida violenta se introdujo en lo más profundo de mi interior.

Chillé y me dejé llevar por las arremetidas furiosas con las que me raspaba la carne del culo contra la pared.

Mis tetas cargadas se desparramaron con crueldad sobre su rostro, hasta que cogió una entre sus labios y succionó con fruición. Me mareé ante el remolino de fuego que sometió mi coño y las estrellas me ensombrecieron la vista.

Temblé. La energía se agolpó en mi vientre cuando el muy majadero me mordió el pezón, lo jaló con un gruñido y mi otra teta le bañó la cara con el líquido blanquecino que se disparó en tres diferentes chorros. Sus fríos ojos me admiraron con regocijo. Sus ojos libertinos se fueron a mis orejas de vaca, a mi collar de novilla que, con cada arremetida de su dura polla, trino sin dejar que descansara en medio del tornado que creó el brutal orgasmo en el que me mantuvo hasta que todo se difuminó y el blanco más absoluto me corrompió la mente.

* * *

Me desperté con una honda inhalación y abrí los párpados con disgusto.

¿Cómo se atrevían a despertarla a una cuando se está en lo mejor de su fantasía?

Bah, era mi culpa por no vivir en una mejor zona y dejar que uno de mis vecinos, que no podía levantar a sus críos sin gritar a los cuatro vientos que llegarían tarde, me despertara.

Me desperecé con una gran sonrisa.

Sabía que no debí ver aquel «anime» en el que un hombre se follaba a una ¿mujer vaca? y se alimentaba de sus deliciosas ubres, bueno, pechos, que tenía de las dos cosas la mujer vaca.

Maldita curiosidad.

Pero ¡hey, no era mi culpa que se crearan esos dibujitos tan creativos! Lo mío era pura investigación, me estaba documentando para mis próximas novelas.

¿Iba a ocupar tal fetiche para hacer un relato sexual acerca de la *alimentación* durante el coito? Hm, podía ser, podía ocuparlo, pero no lo haría con mi nombre. Tenía un seudónimo para tales hazañas, disfrutaba mucho escribiendo marranadas incluso tenía una fotografía que me tomé con un disfraz de puerquita para el perfil de las redes que alimentaba más que a las «formales» en las que ponía mi rostro.

No tenía tantos lectores como en las novelas «formales», pero ¡carajo!, disfrutaba tanto escribir sobre personas que se dedicaban a ponerse en «posición horizontal», que me era difícil abandonar el vicio.

Incluso tenía una serie donde las mujeres tenían sexo con machos de otras especies, humanizados, por supuesto. Mi favorito: el de una serpiente/lagarto que podía meterle su colita en la de la prota y la polla en el coño.

¡Magnífico!

Me relamá y giré sobre mi estómago.

Tenía las bragas hechas un estropicio. Inevitablemente pensé en el anuncio, de no haber sido por aquel hombre de mente morbosa no estuviera tan caliente. Y lo peor es que ni siquiera pude terminar en el sueño, pese a que hasta donde mi cerebro recordó, lo hice. Me corrí como una bestia en celo, no, bueno, mugí como una vaquita que alimentaba a su toro.

Me reí de mi propia estupidez, de mis tontas ideas.

No era ninguna vaca, mucho menos tenía la intención de seguir aquella línea de pensamiento, pero ¿se puede culpar a una chica por tener una que otra fantasía? Por supuesto que no.

Yo, Julieta, era una chica de veintitantos años, encantadora, delicada y, sobre todo, con un alma prístina en la que no tenían cabida tales vilezas.

¡Amen!

No, no era mi culpa tener esas ideas, era la del delicioso vaquero que me provocó. Eso y la escena que terminé de escribir en la que mi Conde se convirtió en el vaquero y los mezclé hasta el punto en el que mis codiciosos dedos se movieron con vida propia cuando describí una candente escena entre el amo y su joven empleada que le obedeció cuando se hincó ante él y lo besó... en sus partes nobles.

La dureza de mi personaje me hizo pensar en las brutales palabras del vaquero. Me asombró porque no es lo mismo cuando un humano real se expresa con tanta soltura que cuando lo hace un personaje.

Yo no iba por la vida diciéndole a todos que me imaginé con las orejas suaves de una vaca, las

tetas todavía más grandes y caídas para que rebotaran con cada arremetida, con los pezones del tamaño del meñique dispuestos a darle de comer a un macho. No, no le iba a decir a nadie ni del sueño ni de la fantasía que surgió.

Pero ¿cómo lo podían hacer otras personas? Había que ser muy desinhibido para ello.

Abracé la almohada, alcé una rodilla y me froté contra la cama para sentir el resquemor que dejó el dulce sueño.

¿Cómo sería en la realidad?, ¿saldría tanta leche como en el «anime»? ¿o sería más comedido? ¿Si quiera las mujeres podíamos producir tanta leche?

Bah, ¡tonterías!

Me deslicé de la cama hasta el suelo, como una babosa, y volví a estirarme cual gato roñoso que era, un gato viejo con las articulaciones de un anciano con artritis por culpa de pasar tantas horas frente al ordenador.

Las cervicales me tronaron y tras recomponerme la camisa que se me enrolló en las caderas, fui directo al baño, donde me acicalé.

Mis ojos se fueron al reflejo de la joven mujer que me devolvió la mirada. Estaba sonrojada, con el cabello alrededor del rostro y cierto aire sexual en las facciones. Mis párpados se entrecerraron y pasaron de mis tetas turgentes casi del mismo tamaño que mi pequeña cabeza. Estaba desproporcionada.

Maldije a la genética entre dientes, aunque mamá tenía un cuerpo normal. Chist, igual ella tenía la culpa de que se me arruinara la espalda con tanto peso por delante.

Alcé una ceja y me regalé un beso.

—Eres una puta preciosura —halagué a la jovencita del reflejo y luego le mostré los pechos como recompensa, subiendo la camisa por un segundo como si se los estuviese mostrando a un camionero lujurioso que llevaba varios días en la carretera, caliente, sin poder mojar el churro en un coñito dulce.

Los moví y brinqué para que rebotaran, pese a que casi no lo hicieron.

Volví a reír y casi me doy una colleja por estar jugando.

¡Al menos me levanté con buen ánimo!

Bostecé, fui a la cocina y, al pasar por la habitación, el sombrero de vaquera que tenía colgado en la pared de enfrente me hizo pensar de nuevo en el vaquero.

¿Cuán grandes le gustarían las tetas?

Entrecerré los párpados. Hubo algo que elevó mi curiosidad: ¿cómo le iba a sacar leche a una mujer que no estaba ni siquiera embarazada? Ya lo decía el anuncio, quería que lactara porque su boca lo provocara o algo así. ¿Se podía hacer tal cosa?

Sacudí la cabeza y puse la cafetera.

El aroma del café me hizo levitar y mover las manos para volar unos centímetros del suelo, hipnotizada por el delicioso manjar de los dioses que se introdujo en mi sistema y me hizo babear.

—¡Tú y yo, querido! —le susurré con dulzura al café que cayó en un delicioso chorrito dentro de la cafetera e hizo que el coño me palpitara de la emoción.

El sonido de la notificación del móvil me devolvió a la realidad. Chasquéé la lengua y, con un mohín de disgusto volví a la habitación para coger el maldito aparato.

Por la noche no sonaba por la configuración, pero a esa hora ya se quitaba la restricción. Desbloqueé la pantalla con el dedo, ya que en lo oscuro del cuarto no se me veía la cara. Una serie de notificaciones se deslizaron en la pantalla y comencé a pasar las menos importantes. Algunos *likes*, mensajes y otras cosas fueron lo primero que revisé antes de volver a la cocina para servirme el café

con extra de azúcar y, por supuesto, crema de nuez, de vaca o lo de lo que estuviera hecha la cosa esa blanca que me volvía loca cuando no tenía.

¿Si lactaba, podía poner mi propia leche en el café?

Gemí ante tal cuestionamiento y sacudí la melena para apartar tales pensamientos.

Inspiré hondo y me recreé con el aroma de mi dulzura hecha bebida. El cuerpo me cosquilleó, la piel se me encendió y me fui a sentar a la pequeña mesa que servía de comedor, aunque no lo era, no en realidad.

Desplegué la última notificación. Era de mi editor. Me pidió que terminara el manuscrito de la primera parte de la novela en unas semanas.

Las contracturas volvieron y los labios se me apretaron en un feo gesto que solucioné cuando sorbí el café y todo mi mundo se estabilizó.

¡Siempre presionando!

Me desparramé sobre la silla incómoda de madera y alimenté las redes con algunos posts de las novelas, otro post de mi día a día, incluso le tomé una foto a mi taza de gatito a medio beber que rápido tuvo las primeras interacciones.

Cuando ya no hubo nada interesante por ver, un gusanillo saltón con cara de pillo se removió en mi cabeza. ¿El vaquero se parecía a mi Conde o eran ideas mías?

¡No, no podía ser! Pero, llevada por la necesidad de «corroborar» los datos, entré al buscador en modo incognito para meterme en la web y hallar el anuncio que seguía tal cual como lo vi el día anterior con el titular bien marcado y bajo este, los tres mil euros en color blanco que, a decir verdad, llamaron mi atención. El índice que era la coma entre los ceros y el tres me llamó, se movió y me acarició la barbilla. El número tres me guiñó el ojo y los ceros se pusieron exuberantes para enseñarme sus cuerpos redondos y maravillosos. Tres juntos, el número perfecto.

—¡Cómo se atreven a burlarse de mi pobreza! —exclamé indignada, pero igual entré sin vacilar.

Bajé hasta la imagen, hasta la foto del viril vaquero cuyos músculos estaban más duros de lo que recordaba. Mis pupilas se fueron directo a la bragueta resaltada.

—Seguro que su soldadito estaba en descanso.

Suspiré al entrever que debía tener un arma considerable entre las piernas, un arma capaz de firmar el acuerdo de paz entre mi cuerpo calenturiento y mi mente enamoradiza.

¿Sería capaz de hacer que mi corazón sacara la bandera blanca y se rindiera como tanto rogó mi vagina que lo hiciera?

La seguía me tenía mal... demasiado para afectar mi razonamiento.

Bufé y recorrí su escultural figura. Estaba bueno, sí, claro, ofrecía un buen incentivo a parte del dinero, pero... Mis ojos bajaron a mis tetas, dejé el móvil sobre la mesa y me las pesé, pensativa.

¿Cuánto me pesaban los pechos? Los amasé por un momento, los volví a pesar alzándolos, jugueteé con ellos sin encandilarme. ¿Podía alimentarlo con ellos?

Me mordí el labio y me rasqué la barbilla.

Y sí...

Una idea, más tonta que las que por norma tenía, cruzó mi mente, como un rayo que reactiva el circuito muerto de una casa abandonada por un segundo en el que todo se prende, para luego explotar los bombillos y hacer trizas los cables eléctricos. Por mis orejas salió un humo espeso, presurizado, que pitó, bueno no, pero faltó poco para que se me achicharrara el cerebro o, al menos, las conexiones neuronales.

Me iba a volver más idiota si seguía tratando de responderme mil cuestiones que estaban más allá de mi inteligencia.

Las cosquillas en la punta de los dedos aumentaron.

Y sí... lo hacía...

Ladeé la cabeza y mis pupilas se fueron directo al pequeño botón que me llevaría a un chat con el dueño del anuncio.

Crucé los brazos, el ceño se me arrugó, me comí los labios y, sin querer, volví a recrear mi sueño, esa vez, las grandes, masculinas y callosas manos del vaquero me sostenían del culo para abrirme de piernas y moverme sobre su miembro duro que me perforaba las entrañas, al tiempo que mis curvas revotaban contra su cuerpo, en choques que resonaban como aplausos afrodisiacos.

Alcé una ceja.

Podía...

Aparté la vista y luego la volví, como si algo fuese a cambiar. La imagen se volvió a reproducir, esa vez, se enfocó en su boca glotona que, sin importar el movimiento de mis *ubres*, atrapó una y me succionó la leche con hambre, un hambre que me fue difícil de descifrar, hasta que entendí que era un apetito territorial, un deseo insano de poseerme.

Hm. Curioso.

Su abdomen se apretó, se marcó hasta volver su cuerpo una dura tableta de chocolate claro, más como un caramelo, una piel bronceada, como la de mi Conde... Sí, en eso se parecían. Altura, musculatura prominente, una nuez de Adán sobresaltada a la que daban ganas de darle un mordisco, piernas fuertes y largas.

Podía comerme ese caramelito.

Reí y negué, risueña.

En serio desperté de buenas. ¡Bah, todo fue gracias al sueño! Quizá debía agradecerse, decirle que, gracias a su anuncio, tuve un dulce despertar en el que lo imaginé llevándome a la luna y dejándome en el espacio en el que floté hasta que los gritos de la vecina pusieron todo en blanco.

Me relajé, ansiosa, la idea de escribirle al desconocido vaquero cayó sobre mi estómago que revoloteó y aceptó de inmediato la propuesta. Iría por el mal camino, ya lo sabía, pero ¿cómo se le priva a una chica de su dosis diaria de estupidez? No, eso no se hace, menos cuando el ser humano en cuestión es un escritor curioso que mete la nariz en donde no debe.

—¡Todo sea por fines didácticos! —sentenció con aire aristocrático, el dedo alzado y una expresión solemne que acompañó a mi dedito que clicó en el botón para chatear con el vaquero.

La pantalla se puso en negro un segundo, para después aparecer el típico chat de las webs de citas.

—¡Hagamos la tontería del día, Julieta!

Me mordí el carrillo, emocionada y redacté el mensaje que tenía en mente, uno donde confesé soñar con él, uno en el que le dije que me imaginé siendo su novilla, lista para ser criada por el vaquero —toro— que se mostraba en la fotografía.

Acalorada y asustada por mi astucia y falta de inteligencia, cerré la web tras poner de remitente mi correo, el único requerimiento pedido como «obligatorio».

Inspiré hondo, con la respiración descontrolada, las pulsaciones por los cielos y la piel hirviendo de la exaltación que me inyectó un chute de adrenalina más electrizante que mi dulce elixir de los dioses.

¡Joder, acababa de hacerlo!

CAPÍTULO 3

M E N S A J E C A L I E N T E

Tras la estupidez del día, dejé el móvil un rato, boca abajo para no esperar una respuesta que ni siquiera sabía si iba a llegar en algún momento.

Bebí el resto del café y aproveché para ver el telediario. No me interesaban las noticias, pero debía distraerme y no pensar en el vaquero que seguro estaba volviendo de los graneros después de alimentar a sus animalitos, sudado, sin camisa, mostrando su tableta de chocolate con leche, sus pectorales hinchados que podría morder. ¡Ñam!

¡Maldita soltería!

Si tuviera un maromo que me reubicara los chacras no estaría en tal tesitura, caliente como adolescente que estudia en convento y solo tiene contacto con niñas de su edad siendo heterosexual. ¡Ese sí que era un castigo grande!

El timbre de la notificación hizo vibrar el móvil y me apresuré a tomarlo entre los dedos, con el alma en un hilo y el deseo de ver una respuesta por parte del vaquero que se excitaría al saberse el objeto de mi fantasía más impúdica.

Pero no, cuando escaneé la pantalla, solo encontré un comentario de un lector que preguntaba para cuándo iba a estar el siguiente libro.

Chist, como si no hubiese publicado un mes atrás. ¡Hombre, no era una máquina de escribir!

Claro, si invirtiera más tiempo para escribir, en lugar de elucubrar con un tipo que parecía medir los dos metros y que, a buen seguro, podía levantarme con sus manazas prendidas de mis mofletes traseros... Sin embargo, no estaba a discusión, era parte del proceso creativo. Sí que sí.

Tras la primera taza de café, puse la siguiente. Todavía estaba soñando, eso estaba claro, debía espabilar y poner mis asuntos en orden, de lo contrario, procrastinaría hasta la tarde y cuando me pusiera a escribir se me pasaría el día y luego la noche, después tendría gastritis y cómo iba a resolver el agujero que era no tener seguridad social. Nop, eso no estaba en mis planes financieros, por muy bueno que fuese el sistema de salud pública, a cómo iba la cosa me darían cita cuando ya tuviese una úlcera. ¡Mejor prevenir!

Tomé mi preciosa tacita de gatito que me recordaba que no podía adoptar a uno de verdad por mis lamentables alergias y me fui directo al escritorio. Era el escritorio viejo de papá. Ya no le servían los cajones, no abrían bien, debía engrasarlos, pero nunca me acordaba, al final, no los ocupaba. Era grande, ocupaba casi la mitad de mi mugrosa sala en la que solo tenía un sillón de dos plazas y la televisión.

Las visitas no eran bienvenidas, en definitiva. Y no, no era por ser grosera o antisocial, bueno un poco de eso había, solo un poco, pero es que me gustaba estar a mis anchas, ducharme cuando me diese la gana, vestir camisas raídas que ya ni para estropajo servían, y andar descalza como una salvaje con el cabello revuelto.

¡Qué no se dijera que Julieta Romeo no tenía estilo!

Ya desde mi nombre mamá buscó darme una identidad dramática, así que no lo iba a desperdiciar con nimiedades como ser «socialmente aceptada».

Lo bueno es que Julieta Romeo bastaba para que no tuviese que encontrar otro seudónimo, de lo contrario, ya me veía desistir a convertirme en una escritora de renombre, aunque lo de tener fama y ser un superventas seguían huyendo de mí como si tuviese la peste, bueno, el COVID, para ser más moderna.

Con el magnetismo que recubrió mis venas, le hice *ojitos* al ordenador.

—Es tu turno, bebé. Muéstrame lo que me vas a hacer —aullé coqueta, con las cejas que revolotearon.

Me acerqué al escritorio con un meneo contundente de caderas y agradecí haberme cambiado las braguitas, porque las volvería a mojar cuando las imágenes de mi cerebro enfermo salieran y recrearan la escena entre mi Conde y la bella protagonista. Sí, volverían a darse duro como conejos, y esa vez, él terminaría dentro de su tersura.

¡Cómo podía gustarme algo que no permití hacer a mis novios durante el coito!

Un misterio...

¡Quién lo diría!

Me peiné el mostacho ancho y prendí los motores cuando encendí la maquina bien aceiteada que rugió al iluminarse el monitor con un leve pitido.

¡MAG-NÍ-FI-CO!

¿Se le podía pedir algo más a la vida? Bueno, sí, un chocolate dulce y un hombre candente entre las piernas. Quizás una respuesta por parte de cierto vaquero que me tenía con el tercer ojo puesto sobre el móvil, pero eso tendría que esperar, porque tenía una fascinante cita con el teclado recién comprado del ordenador.

—¿Preparada, muñeca? —pregunté y acaricié el monitor con deseo obsceno. Me relamí los bigotes llenos de café y un gemido sofocado salió de mis labios.

La pantalla de inicio me devolvió la mirada y me aseguró de que estaba cargada y lista para complacerme con mis más viciosos deseos.

¡Toda una obra de arte!

—Voy a meter los dedos en tus circuitos, preciosa, y espero que soportes hasta que me corra entre tus teclas.

Hm, así, sí...

* * *

—Solo un poco más, solo dame unos minutos más. ¡Sí, así, bebé, así! —exclamé antes de poner las últimas palabras del capítulo que acababa de escribir, justo a tiempo para comer algo antes de desmayarme.

La inanición no es algo común en el primer mundo, ¿verdad?

Bah. Sacudí la cabeza y guardé el documento en la nube, otra de las grandes invenciones del mundo. Una vez se prueba las mieles de la tecnología, ya no puedes salir de sus dominios y solo acabas más enganchada, pagando un plan que aumente la capacidad de almacenamiento y así poder escribir mil tonterías, guardar todas las imágenes que ves para la trama, pese a que rara vez las utilizas, porque tu editor te aconseja solo usar imágenes legales y te cuestionas para qué coño buscas a actores o modelos que se parezcan a los personajes si no los vas a ocupar.

Pero esas solo eran divagaciones de un alma inquieta, nada serio.

Bostecé con un grito agudo y me moví hacia los lados. Me dolía las manos, la espalda y las caderas por alguna razón desconocida, a menos que tuviera que ver con cómo me sentaba para escribir. Pequeñeces que un médico no podría refutar, no si no lo veía.

Me levanté y fui a la cocina, solo tuve que dar unos pasos para llegar al frigorífico, esa vez, con la promesa de tomar más agua, cogí mi botellín y me bebí la mitad del contenido, menos de medio vaso, pero algo era algo. ¡Qué mis riñones luego no lloraran, que los cuidaba con esmero! No gastaba la mitad de mi sueldo en Coca-Cola solo porque sí, ¿verdad?

Me lo pensé por un minuto. Me lo debía, me debía una buena recompensa, así que saqué una lata, la abrí y bebí con ánimo.

Esa vez sí cociné. Hasta un reloj jodido va bien una vez al día, así que, podía hacerlo. Solo era una comida, nada del otro mundo. Unas patatas, una carne que ya no recordaba tener, algunas cosas más y *gualá* un platillo hecho para el paladar de los dioses.

Emocionada con mi proeza culinaria ya emplatada, bailoteé hasta la mesa, es decir, a tres pasos de la cocina, pero dancé con tal aplomo, que el público se alzó y aplaudió emocionado. Seguro de que, si me lo proponía, podría hacer la danza del vientre y hasta mover los pechos como cocos de bongos o lo que fuera.

Me senté moviendo el culote para posar el trasero como es debido y agradecí los alimentos con las manos en posición, juntas y cerca del pecho. Hice una corta inclinación, me agradecí por mi arduo esfuerzo para sostenerme en el plano terrenal y procedí con la devoración o era desfloración. Bah, pequeñeces.

Corté un jugoso trozo de carne, me relamí cual perra hambrienta y... el móvil timbró. Gruñí por lo bajo y cogí el aparato mientras unté mi delicioso pedazo de carne en la salsa que preparé. Gimoteé, y me llevé el tenedor a la boca, justo al mismo tiempo en que leí el mensaje que llegó a mi correo, el mismo que desplegué desde las notificaciones porque si no lo leía desde la app, no contaba como visto y...

La carne se me cayó, me embarró toda la teta, dejando a su paso una transparencia grasienta que espoleó el pezón.

¡Joder! Yo no tenía fijación con mis tetas, eran ellas las que me tenían jurada la partida de póker y siempre se salían con la suya.

Jum, vaya porquería. Miré el trozo de carne en el suelo, sucia, corrompida por la inmundicia. Estuve a punto de llorar, hasta que mis pupilas se centraron en el móvil y mi cabeza le halló sentido

al mensaje que capturó mi mente y me dejó más embotada de lo que ya estaba.

La mandíbula se me desencajó y releí el simple mensaje que me subió todos los colores del arcoíris a la cara y me hizo apretar los muslos para no extrañar que no tenía nada entre las piernas, más en específico, dentro de la vagina.

—Pe-pero qué... —tartamudeé con el fuego abrasándome la piel, lamiéndome donde no debía ser lamido, poniéndome como una moto en cero punto cinco segundos.

Tragué saliva y me mordí el labio con fuerza.

Una simple frase logró que el verano cayera sobre mi cuerpo, que las venas transportaran lava volcánica y no sangre, al punto que me tuve que abanicar.

«Bien, entonces enséñamelas. Quiero verte las tetas».

Me atraganté al volver a leer y me cuestioné cuánta hambre tenía, o si podía dejar la carne para otro momento, porque tenía tanto calor, que me iba a incendiar en mis propios jugos que servirían de combustible para hacer combustión espontánea. Quedaría más carbonizada que Icaro volando hacia el sol, pero con gusto, eso sí que sí.

CAPÍTULO 4

PRIMER CONTACTO

Me abaniqué y retorcí para acallar el cosquilleo entre los muslos. Las imágenes implantadas por mi cerebro febril volvieron a mí.

El vaquero regresó después de una intensa cabalgata con su fiel corcel, empapado en sudor, bronceado, con la respiración entrecortada, sus piernas embutidas en un vaquero celeste que solo potenciaban el grosor de sus prietas piernas. Cogería su móvil recién encontrado en la barra de la cocina, donde lo dejó tras ver un sinfín de perfiles de hermosas damas que no llenaban su fantasía más impúdica.

Sacaría un botellín de agua del frigorífico, bebería unos tragos, para luego echarse el resto sobre la cabeza y el cuello para refrescarse y sosegar el calor que recorría su cuerpo. El agua caería sobre su amplio torso y su espalda musculosa. Gruñiría como todo un semental y sacudiría la cabeza para apartar algunas gotas que lamerían la piel de su rostro cincelado.

Me faltó enfocar en sus masculinas facciones, pero no me puse exquisita, en su lugar, lo vi desbloquear el móvil y leer mi mensaje.

Por supuesto, como buen prota, en cuanto lo leyó, sintió una conexión diferente. Aquella mujer detrás del mensaje capturó su atención con esas sutiles palabras en las que confesó haber soñado con él. Era el destino, debía conocerla, poseerla, domar su cuerpo y...

Entonces escribió ese mensaje en respuesta, esperando que los pechos de la finada fueran del tamaño de un melón, así poder tomar el calcio requerido para su cuerpo grande y viril.

Me reí por lo bajo y me mordí el labio, pícara.

—Pero qué majadero, ni siquiera un «hola» me dijo antes de pedirme una foto desnuda —renegué sin mucha convicción.

Bajé los ojos a la camisa manchada, a la transparencia de salsa que remarcó el pezón erguido y gemí encandilada.

No debía ser tan informal al comer, debía estar limpia, ¿verdad? Tenía que ser más elegante y no tener la camisa toda manchada, eso no era propio de una dama. Me acomodé sobre la silla, dejé el móvil sobre la mesa un momento y me quité la camisa.

Jadeé y los ojos se me cruzaron, la boca se me abrió y casi se me sale la baba ante la sensación de libertad.

Me encantaba estar desnuda cuando estaba caliente, pero hacerlo porque alguien desde, no sabía dónde, me estaba azuzando con un mensaje tan directo... fue ir al siguiente nivel.

No me toqué, no quería eso.

Tampoco le iba a mandar la foto, antes tenía que arreglarme, eso si llegaba a hacerlo.

Cogí el móvil de nuevo y fui directo a la página tras abrir el enlace desde el correo. El chat con los dos mensajes se desplegó con una abrumadora rapidez que me cortó el aliento.

Los pechos se me tensaron y las braguitas se mojaron.

«¡Bien hecho, Julieta, deja la comida para devorar algo más!»
—¡Listillo! —chisté cuando volví a leer su mensaje.

«¿Así sin más ya quieres que te muestre las tetas?»

Pregunté con altanería, aunque él no iba a ver mi mohín chulesco ni el movimiento de cabeza que lo acompañó. Me faltaban las uñas para repiquetear con ellas sobre la mesa y masticar un chicle con la boca abierta.

Tres puntitos aparecieron de inmediato.

Los nervios me hicieron encoger los dedos de los pies y chillar de la emoción. ¡Estaba ocurriendo!

«Y si no las tienes como quiero, ¿qué caso tendría hablar?»

Mis cejas se alzaron con su respuesta y tuve la intención de mandarlo a la mierda. ¿Cómo podía ser tan rudo?

—¡Ya no hay respeto! —grazné, pese a que no salí de la página—. Ahora es personal, vaquero.

«Entonces, siguiendo tu lógica, si te enseño las tetas, ¿deberías también mostrarme algo?»

Tecleé sin ver, sin pensar, solo digité con violencia, molesta porque ya no existieran los «caballeros». Me lo imaginé más... Ni siquiera yo sabía bien cómo creí que sería su carácter, pero definitivamente no fue lo que mostró su fotografía.

Además, también merecía ver si tenía lo que deseaba. Y si la tenía pequeña pese a medir casi dos metros o doblada al lado incorrecto. O peor, y tenía una de esas pollas que no terminaban de endurecerse.

Un escalofrío me recorrió cuando me recordé del pene delgado y sin vida de mi último novio. Me gustaba, pese a lo dicho, él realmente me gustaba, me prendía con su boca golosa que más de alguna vez me hizo arañarle la espalda. Le placía mi trasero gordo y respingón que hacía juego con mis tetas y sí, intentó abrimme el culo, pero eso no iba conmigo, no así. Lastimosamente, su dureza no terminaba de ser... lo suficientemente fuerte y luego de las previas el sexo no era tan satisfactoria. Por supuesto, nunca me quejé, agradecí que tuviese aquella boquita tan privilegiada.

Su mensaje tardó en llegar, pero cuando lo hizo, me adelanté en la silla hasta que mis nalgas quedaron al filo y mis tetas casi se enciman en la comida.

—¡Joder! —bramé.

«Dime lo que quieres ver, te lo puedo mostrar. Solo quiero ver si tus tetas son lo que busco, de lo contrario, todo esto será en vano. No me gusta perder el tiempo».

Entrecerré los ojos.

Este no iba a mover el dedo del renglón. La duda residía en si estaba dispuesta a mostrarle los pechos a un desconocido, por mucho que su fotografía lograra que me temblaran las piernas, no estaba segura de si era real, si era el vaquero al final del anuncio o si solo estaba hablando con un perverso común que finge ser alguien más.

Me mordí el carrillo.

No, un perverso no planearía algo tan rebuscado. El vaquero de verdad quería una vaquita. Podía ser esa vaquita, pero ¿quería?

Humecté mis revitalizados labios y volví a teclear un mensaje.

«¿Puedo pedir que me mandes la foto de tu dureza, vaquero?, ¿o es un límite infranqueable?»

Aguardé con desesperación cuando los puntitos parpadearon. Tuve que cruzar las piernas para acallar la energía que fluyó por todas mis venas.

—¡Vamos, vaquero, solo quiero ver un poquito! Tu próxima vaquita solo ansía que le enseñes la puntita —canturreé sin vergüenza, jugueteando, porque eso era para mí, un juego morboso que seguro no llevaría a ninguna parte.

Volví a verlo, al de mi imaginación, en su cocina, con el móvil en la mano, leyendo con una sonrisa arrogante en los labios mullidos y masculinos que planeaban comerme de pies a cabeza.

Estaba duro, hablar conmigo lo incitó y el calor corporal se hizo insostenible. Se desabotonó los vaqueros, jadeó al bajar el cierre, cuando su polla grande y gruesa salió de su cueva con un brinco liberador que la salvó de las ataduras. Su mano se aferró al tronco grueso, largo y se masajé casi sin ejercer presión.

¡Delicioso!

Su sonrisa realzaría sus ojos oscurecidos por el ardor de nuestra interacción y entonces, llevaría su móvil para enfocar y tomarse la foto que tanto quería ver.

Lo pensaría y se tomaría tres, para al final elegir esa donde se podía dimensionar la magnitud de su herramienta y la enviaría deseando meterse a través del aparato hasta llegar a mí, cogirme en volandas y follarme hasta que perdiese el sentido.

Suspiré encandilada, con una gota de sudor que bajó por el canalillo. Me apreté los pechos con necesidad y presioné más los muslos, casi me estaba retorciendo sobre la silla.

El mensaje apareció al siguiente segundo.

«Lo hago si tú lo haces primero, pero pido una foto en la que se te vea todo. Quiero verte desnuda, además, quiero saber cómo eres, tus medidas, tu color de cabello, tus ojos y si eres sumisa. Si no estás dispuesta a hacerlo, quédate con el de tus sueños».

—¡Ja! —bufé indignada.

Negué con la cabeza y salí de la página sin importarme que ni siquiera estaba en modo «incógnito».

—¡Ya hasta crees, vaquerito! ¡Una foto desnuda de cuerpo entero! No si es que... —Me mordí la lengua y chillé de dolor.

Le faltó pedirme que me abriera de piernas. ¡Qué desfachatez! ¡Era un desvergonzado!

Por mí, que se sentara a esperar por la foto, no me iba a exhibir en pelotas frente a un desconocido. Ya tenía mi ración diaria de estupidez.

Solté el móvil, cogí el tenedor, el cuchillo y cercené la carne con inquina. Esa vaquita murió para darme de comer y no la iba a desperdiciar por un majadero, por un tonto, por un gilipollas por un... Por un jodido vaquero que quería comerme las tetas, que quería mi coñito alrededor de su tronco.

¡Joder!

Me abaniqué cuando la idea de tomarme una fotografía frente al espejo de cuerpo completo del viejo armario de mi tía Gertrudis vino a mí. Podía... claro, podía hacerlo si quería. Pero era un bruto, si tan solo fuera más caballeroso... Yo... yo lo hubiese hecho de inmediato. Me hubiese duchado, quitado el poco vello que tenía en el pubis y, en traje de Eva, me hubiese tomado varias fotografías para enviarle la mejor, para enseñarle que era su tipo y...

Relamí el tenedor. Me terminé la comida antes de darme cuenta, el plato estaba vacío y la salsa pringó mi cuerpo en más de alguna ocasión. Era una obra de arte digna de ver. Quizá tendría que mandarle una así, sin ducharme, con el pecho pringado de salsa y las bragas de Hello Kitty que

estaban rotas del lado derecho porque, ¡cómo no!, no eran para adultas con las caderas redondas.

¡Bah, no se lo merecía!

Me levanté con un contoneo marcado. Sí, el vaquero no merecía ver mis melones, mucho menos mi coñito dulce que ya quisiera lamer. No tenía tanta suerte, claro que no.

Dejé el plato en el fregadero, y volví a la sala, donde me recosté en el sofá, me despatarré por completo, al final, no tenía que posar para nadie. Desbloquéé el móvil y antes de que la pantalla se encendiera, mis tetas fueron captadas en primer plano, grandes, con los pezones erguidos, las areolas rosadas, de un color coral muy suave. Sonreí.

—No mereces mi cuerpecito, vaquero —musité con arrogancia.

Abrí los mensajes y tecleé con furia, con la confianza de la mejor modelo, la mujer más guapa del mundo, con la actitud de una diva. Aunque lo de buscar con la lengua el trozo de carne que se me quedó entre los dientes me quitó glamur, eso y que ya comenzaba a oler un poco a podrido.

Tenía que ducharme antes de que el calor me hiciera cocerme en la mugre de mi sudor y suciedad.

As-co.

Ignoré los detractores y me enfoqué en la respuesta.

«Para que sepas, tengo unas tetas grandes, muy grandes, casi tan grandes como mi pequeña cabeza. Además, un culo que va a juego y unas buenas caderas. Soy pequeña, vaquero, pero tengo todo para convertirme en tu vaca, claro, si quisiera, pero como entenderás, por muy sumisa que sea, me gusta que me cortejen.

Ah, y tengo el cabello castaño claro, liso, hasta la cintura, los ojos verdes, la piel nivea, al punto que se me transparentan las venas cuando se me hinchan las tetas, y el coño rosado y bien lubricado. Pero te pierdes de todo eso porque eres un grosero».

Envié ambos mensajes deprisa para no arrepentirme, además, no era mentira. Así me veía cuando estaba limpia, recién bañada y arreglada. Quizá no estaba presentable en ese momento y tenía que lavarme los dientes y tal, pero los pechos que buscaba sí que los tenía. Y si hubiese sido amable, me tendría sometida a sus encantos, pero era un neandertal.

¡Jum!

Resoplé y me levanté de la silla. Su respuesta no llegó al siguiente minuto, ni siquiera aparecieron los tres puntos, así que, furiosa con su falta de atención, me levanté y fui directo al baño.

No, no me iba a arreglar para él, sino para mí.

Entré a la ducha con la cabeza en alto y cuando abrí la regadera y, el chorro helado me flageló la espalda, siseé y mi bravura se acabó.

Nada mejor que el agua helada para bajar los «humos».

—¡Ya quisieras, vaquero! —rezongué cuando me enjaboné el cuerpo y puse especial cuidado a mi piel después de afeitarme y dejarme tan suave como el culo de un puto hipopótamo.

Si tenían terso el culo, ¿verdad?

Bah, pequeñeces, pequeñeces.

* * *

Tras la ducha bien merecida, salí con la toalla anudada al pecho, el cabello seco, moví la cabeza como corcel de película que acaba de liberarse de la atadura, en mi caso, de la mugre que tenía hasta por debajo de las uñas y detrás de las orejas.

¡Vaya que sí necesitaba un buen regaderazo!

Pero ¿quién decía que «requería» ducharme cuando debía ponerme a escribir? Pues eso...

Me paré frente a mi viejo armario. Tía Gertrudis tenía un pésimo gusto para los muebles, pero al menos el espejo era decente, incluso me hizo sentir más bonita con la luz que entró por la ventana. Se me arrugó la cara al ver los detalles del armario. Negué con la cabeza y abrí las puertas para buscar unas braguitas de algodón de Doraemon de un azul deslucido porque eran mis favoritas, lo que quería decir que las usaba mucho, y alguna camisa floja que complementara el *outfit*.

Saqué la ropa, me quité la toalla, me senté al filo de la cama y, sin planearlo, me vi en el espejo. La joven de mirada verde jade me devolvió la sonrisa al comprender que me veía, francamente, bonita y sensual sentada al filo del colchón, con el cabello sin peinar pulcramente, con los labios rojitos y mullidos, los pechos níveos con las venas resaltadas gracias a que me «acaricié» demás en la ducha, los muslos juntos hasta las rodillas y los tobillos separados.

Hm, podía tener un bocado de ese rico pastelito.

Lo dudé un segundo, pero después me levanté y fui por el móvil. Regresé a la habitación, limpié la cama solo para poner todo el desastre sobre la mesita de noche y volví a la misma postura, solo le hice unos pequeños ajustes y... El flash de la cámara apretó mi centro en un espasmo feroz que me sacó un gemido.

Activé la cámara una y otra vez, en varias posturas, algunas más provocativas que otras.

Abrí y cerré las piernas, con la mano en medio para que solo se me mirara lo justo, apenas los labios mayores. Me alcé los pechos con la mano libre, los dejé caer, me tapé los pezones con el brazo. Arqueé la espalda para mostrar más, luego me dejé caer sobre la cama, ladeé el torso y me tomé otra foto más en la que alcé las piernas juntas y le enseñé el culo apretado y grande que tenía. Si me fijaba bien, se veía mi coñito cerradito.

Sonreí y me recosté mejor en la cama. Vi todas las fotografías. Las había bonitas, feas, vulgares y muy estéticas. Me gustó una en la que me abracé la cintura con el brazo libre, me alcé los pechos sin cubrirlos, tenía la cara cubierta por el gran móvil y las piernas juntas con los tobillos separados.

No se alcanzaba a ver casi nada, más que mis pezones y areolas, pero supuse que eso era lo que quería ver.

—¡Ves, vaquero, de lo que te perdiste! —gruñí y le enseñé los colmillos al móvil apagado.

Tras mi sesión que iba a borrar después, me levanté, vestí y volví al trabajo, con el deseo de poner mi cabeza en orden y la historia en el archivo digital.

Nop, ya no iba a pensar en el vaquero, eso estaba finiquitado.

Con fuerza, abrí el cajón central del escritorio y saqué un chocolate dulce con nueces.

—Ven con mami, precioso. Tú nunca me fallas, eres todo un caballero de armadura brillante, verdad, hermoso —ronroneé y jugueteé con el paquete del chocolate con el que me froté la mejilla.

¿Lo tendría igual de largo que la barra de chocolate que me podía atravesar la garganta si me la metía entera?

Chist. Me di una bofetada, por lujuriosa. Me froté la mejilla, pero es que me lo merecía, por tonta, por puerquita y... El móvil vibró sobre el escritorio donde lo dejé.

Me apresuré a cogerlo.

«Atrévete, quiero que lo hagas. Quiero que me enseñes que eres lo que dices. ¡Venga, ciérrame la puta boca, y dame lo que quiero ver! Si eres buena, te muestro mi «dureza», mi fuerte polla grande y dura, que prometo que se pondrá más caliente cuando me folle tus tetas y me alimentes como la novilla que eres».

Se me cortó el aliento, la barra de chocolate se me escapó de entre los dedos y mis músculos perdieron fuerza.

Inhalé hondo y, sin pensar, porque el cerebro se me estropeó, se fundió con su calor, fui a la galería de imágenes y le envié lo que quería, la imagen en donde me sentí bonita y sensual, esa en la que el manjar que eran mis *ubres* podría ser lo que tanto estaba buscando.

Me pulsó la vagina y suspiré.

Era un troglodita, pero tenía poder de convencimiento. Sí, fue tan contundente con su mensaje, que me convenció. Yo no era débil, no, nop. Al contrario, si fuese tan sumisa como él quería, le hubiese enviado más imágenes.

Bueno, una chica podía creerse todo lo que le decían cuando estaba de por medio su cordura, ¿cierto?

Antes de que cerrara la web cayó un mensaje.

«Te quiero en mi rancho la próxima semana, el miércoles a más tardar. Necesitamos comenzar de inmediato con tu entrenamiento para que te crie y te folle como mereces, mi vaquita».

Tosí con violencia, los ojos se me enrojecieron, me pegué en el pecho cuando me ahagué con la saliva que tragué para no babearme la barbilla gracias a que se me hizo agua la boca a medida que leía el mensaje.

—¡Qué cojones! —bramé asombrada, pese a que mis pies casi me hacen levantarme para ir a preparar la maleta y así llegar antes del miércoles como quería.

¿Me-me quería... como... su va-vaqui-vaquita?

El pulso se me fue a la estratosfera, la boca se me abrió sin remedio, mi cuerpo fue lanzado a la hoguera y quemado hasta quedar carbonizado. Mi mente se hizo papilla y de no ser porque respirar era una acción mecánica, hubiese caído desmayada o muerta, quizás en coma por tanto calor.

Así, que, ¿el vaquero me quería?

Sonreí, una sonrisa perversa y reí como bruja desquiciada que esconde un secreto. El mío era que ahora me la debía...

«Tu turno, vaquero».

Respondí sin hacer alusión a su propuesta. No se lo iba a dejar tan fácil, pese a que mi mente de puerquita ya estaba maquinando qué hacer, cómo ir hasta donde estaba y dejar que me montara como el toro que quería ser.

¡Qué comience el combate!

Ni los Juegos del Hambre se atrevieron a tanto, bebé.

Abrí la barra de chocolate con los dientes, como una bestia necesitada de azúcar y mordí con fuerza el chocolate, aguardando por esa respuesta que merecía.

Sí, le iba a ver la polla y tendría una imagen completa de mi vaquero. Ya luego pensaría si mugiría para él o no.

CAPÍTULO 5

UNA VAQUITA DISPUESTA

A guardé durante tres minutos a que los tres puntitos aparecieran, a que me enviase, al menos, un mensaje para justificar su displicencia.

¿Y con eso pretendía que me fuese a su granja, rancho o lo que fuera? Iba listo si pensaba que cedería sin que antes me enseñara, mínimo, una buena anaconda.

¡Y me quería sumisa!

¡Ja!

Sacudí la cabeza, sabiendo que al menos había ganado. Pero que esperase sentado, porque no me iba a mover. Cogí el móvil, cerré la página, presioné la pantalla con más fuerza de la requerida, le quité sonido al aparato y lo lancé al sofá.

Nop, no iba a caer en su trampa, no iba a esperar como niña buena. No iba a negociar con terroristas que chantajea a finas damas para que le envíen un *nude* y luego se quedan sin devolver el favor.

Tonta de mí por crearme eso del anuncio. Seguro era un hombre metido en un sucio sótano, con una computadora último modelo, tomando una cerveza, la tercera de la tarde, con la barba sin recortar y sucia, vestido con una camisa sin mangas, unos pantalones cortos de deporte, manchados por la comida que todavía tenía entre los dientes. Seguro sería un embaucador de tontas, como yo que, creyendo la estratagema del sexy vaquero, le entregan imágenes de su cuerpo desnudo y posan para él como si pretendiesen algo más.

Bufé y le mostré los colmillos al móvil que descansaba de mala gana sobre el borde del sofá rosa «quéname-la-pupila».

Enfurrugada cual niña pequeña a la que no le dan lo que quieren, le di un mordisco a mi barra de chocolate y prendí la computadora, sabiendo que lo más probable fuese que no pudiese escribir, todo por culpa de ese ingrato, de ese tonto, de ese...

Sacudí la cabeza con elegancia, erguí la espalda y respiré hondo.

No, no me iba a afectar, no iba a permitir que me revoliera la cabeza. El vaquero no era nadie. Por supuesto, aunque hiciera algo con mi foto, no había nada que delatara que era yo, ¿cierto?

Me mordí la uña.

La pantalla del móvil se iluminó, atrayendo mi mirada hacia al aparato que se cayó del sillón en medio de la vibración de la notificación y se estrelló con el suelo.

¡Mierda!

De un brinco me levanté de la silla y fui por el móvil.

—Lo siento, mi pequeño, siento que por la tontería de tu madre te hayas golpeado —me disculpé cuando lo cogí entre las manos, lo limpié con delicadeza y lo revisé para ver si tenía algún daño. Por suerte, el protector absorbió el impacto.

Dejé salir el aire y negué con la cabeza.

Tenía que controlarme mejor, los impulsos no eran propios en mí, bueno sí, solo un poquito, nada grave. De todas formas, todas las personas teníamos un momento en el día para enfurecer y ser irreflexivos, solo que el mío duraba desde el amanecer hasta el anochecer, nada que pudiese representar un riesgo para mi salud mental o física, por supuesto.

Traté de activarlo, sin embargo, el golpe lo apagó. Resoplé con desaprobación y negué.

—¡No te atrevas a joderme, nene! —apunté antes de volver a prenderlo.

No tenía dinero para comprar otro móvil. Por suerte ya hacía unos meses terminé de pagar este, aunque lo cierto es que tenía una pequeña abolladura en el filo redondeado, nada aparatoso que dañara más allá de unos píxeles de la pantalla. No fue mi culpa, el móvil se me cayó del bolsillo tres meses después de comprarlo y la acera, por la que iba caminando para ir al mercado a hacer las compras, se atravesó y le dio de lleno al pobre móvil.

No se recuperó después de aquello. Quedó medio tonto tras la caída, porque siempre se golpeaba en el mismo punto. Era como el truco del pan con mermelada —o lo que sea—, pero siempre caía al mismo lado, parecía que quería escapar de mi cuidado. No era mi culpa su torpeza, eso quedó evidenciado ya que casi siempre me movía con los reflejos de una araña para poder cogerlo en el aire, pese a que hallaba la forma de reventarse con el suelo, no sabía cómo.

El logo de la compañía parpadeó y el aire se me escapó desde lo más hondo.

—¡Estás vivo, nene! —exclamé encantada y le soplé para quitarle una pequeña mota que se le adhirió.

Cuando cargó por completo, las notificaciones llegaron en manada. De nuevo, algunos mensajes y demás cosas las pasé por alto.

El corazón me galopó contra las costillas, me mordí el labio inferior y retuve el oxígeno en cuanto la notificación del correo llegó.

«Archivo adjunto».

No decía nada más.

Me relamí como una loba salvaje. Podía ser Shakira en la canción del vídeo en el que salía en una jaula, aunque no era tan diestra ni flexible durante el baile, de hecho, hubo quien decía que parecía una rata a punto de morir cuando me lucía en la pista. No le creí, claro está. Quizá no sabía desencajar las caderas como la colombiana, pero tenía mis movimientos salvajes y prohibidos.

Los dedos me picaron. Lo pensé por un segundo. ¿Me vería como una desesperada si abría el mensaje?, ¿debía esperar hasta que pasaran los minutos necesarios para que no se diera cuenta que estuve aguardando por su respuesta?

Me senté en el sofá y admiré en mensaje por más minutos de los recomendados.

El vaquero tardó en responder lo suyo. ¿Sería la *fotopolla* que le pedí? Entorné los ojos y le piqué al mensaje, sabiendo que me llevaría al correo y no a la página, con un poco de suerte me mostraría la imagen sin necesidad de que apareciera el «visto» en el chat del anuncio.

—¡Joder! —vociferé cuando el correo se abrió y mostró una imagen muy pixelada en la que se alcanzaba a ver una forma rara en color carne.

Se me frunció el ceño.

—¿Así jugamos? —amenacé al correo, sabiendo que no debía estar así la foto, porque abajo rezaba lo de «Clic en enlace para ver la imagen en la web».

¡Malditos programadores!

Eso no era de Dios, era del Diablo. Era de personas siniestras que quieren obligarte a anunciarle al otro que has visto sus mensajes, sus vergüenzas. Negué desolada, con los párpados cerrados y la boca compungida.

—¡Ya no hay respeto, nene! —musité con disgusto y tuve que dejar el móvil sobre el sofá, esa vez, con cuidado porque no creí que fuese bueno para su salud saludar el suelo de nuevo.

Me levanté y fui por otra lata de Cola. Mi cuerpo necesitaba el alivio de su dulce candor para poder subsistir, lo necesitaba y me lo merecía, sin importar el ligero temblor en la mano y el «tic» en el ojo que movía mi párpado sin remedio.

No, no era mi *precioso*. Era por culpa del vaquero, sí, era su culpa y por tenerme en ascuas. ¡Lo haría esperar!

—¡Sufre! —bramé a la nada, con la mirada fija en el móvil que bailó para mostrarme otra notificación.

Jum.

—Resiste, Julieta, eres fuerte, eres una mujer moderna, no necesitas sucumbir ante el encanto de un sexy vaquero que te quiere convertir en un animal de granja para montarte y comerte los pechos con urgencia.

Suspiré en un prolongado gemido en el que todos los músculos se me estremecieron y sentí un leve repiqueteo en el vientre.

No, no iba a ver, no le iba a dar el gusto. Me hizo esperar, así que le haría lo mismo, si se tardó veinte o treinta minutos, lo haría esperar dos horas, así sabría que no estaba desesperada por sus manazas, mucho menos por su boca o por sus muchos cuadritos que quería lamer como tabla de chocolate, o por su trozo de carne o por... por él.

No, no estaba desesperada.

* * *

Pero bien dicen que el hambre es mala compañera, que es una perra que te provoca y te mueve la cola cuando más ansioso estás.

El móvil vibró y vibró por diez largos minutos con notificaciones que ni al caso. La página en blanco del ordenador me devolvió la mirada y negó desilusionada conmigo, por esos minutos en los que llevaba viéndola sin hacerlo, en los que quise poner las manos sobre el teclado, sin que me fuese posible sacar una simple frase.

Sin embargo, la puñalada no vino de mi nene, la estocada llegó del que menos lo esperaba, de mi hermosa y dulce bebé.

—Tú también —lloriqueé cuando la notificación del correo apareció en la pantalla.

Me apreté el pecho para contener mi corazón que fue atravesado con tanta vileza y una pequeña lágrima imaginaria humedeció mi mejilla. Sequé la lágrima de mi rostro y miré descorazonada la pantalla grande que me iluminó el rostro con la página en blanco donde debía comenzar el capítulo nuevo, y ese pequeño cuadrado de la notificación en un color oscuro que anunciaba la muerte de mi dignidad.

—Esta estocada no te la perdonaré, bebé. Has lastimado a quien más te ama —apunté con solemnidad, para después cerrar el archivo que no tuvo ni una sola modificación—. Tu castigo será servirme, servir para mis fines más oscuros, un trabajo antes encomendado a mentes más obscenas acostumbradas a las historias raras, a los dibujos peculiares, a las novelas con animales fantásticos que se dan como «cajón que no cierra». Me has defraudado.

Aparté la mirada del ordenador, desconsolada por tal afrenta, por su rebelión. Lo peor, es que me apuñaló cuando menos lo esperaba, cuando no me lo imaginé, y viniendo de mi más querido amigo, en el que tanto invertí, al que acariciaba con la más fina de las sedas para quitarle el polvo de sus componentes. Ni siquiera me dejó ver los otros mensajes, no, el primero en actualizarlo fue el de ese malvado hombre.

—Ya no eres mi amigo fiel.

Inspiré hondo y en recriminación por su ofensa, abrí el correo una vez más.

—Ahora verás la oscuridad de mi alma, bebé. Me has apuñalado y ahora crecerás al lado de tus hermanos para presenciar lo innombrable.

Le di al *link* que me llevó al chat que se abrió casi con tanta rapidez como en el móvil, más grande, más amplio, con la letra más pequeña.

La foto aparecía pixelada de nuevo, así que la abrí para que cargara.

—Lo siento, bebé, pero te lo buscaste.

El corazón se me aceleró cuando la imagen comenzó a ganar nitidez y maldije a la conexión de internet por tardarse tanto. Lo primero que vi fue el fondo de una pared blanca, después bajó más.

El gesto se me desdibujó cuando apareció un abdomen musculoso, dorado, un bronceado delicioso. Me relamí y contuve el aliento.

Bajó más, hasta enseñar la punta sonrojada que descansaba sobre el vientre bajo del lavadero del vaquero, una punta pringada de rocío.

Tragué saliva y mis labios se volvieron a resecar.

La imagen terminó de cargarse de golpe y lo vi en su máximo esplendor. Estaba duro, fuerte, grande, todo un jinete dispuesto a cabalgar a su potro o lo que fuera.

¡Santo niño del perpetuo socorro!

¡Esa sí era una impresionante arma que estaba bien cargada!

Sorbí la saliva que casi se me sale por las comisuras de la boca y admiré su magnificencia. Estaba... enorme... ¡Coño, cómo podía tenerlo tan duro!

La imagen estaba tomada desde arriba, no estaba segura si estaba acostado, pese a que me dio la impresión de que debía estarlo, de otra manera, no me explicaba cómo se le pegaba al vientre, ese vientre plano, suave y bien dibujado por el que quise pasar la mano, la lengua y toda la boca... Su cuerpo, de por sí impresionante cuando lo vi en la imagen del anuncio, se veía más sorprendente sin nada que lo cubriese. Tenía la piel tersa sobre músculos fuertes que le daba cierta firmeza difícil de describir, y si a eso le sumaba todos los montes y los valles que pude contar y acariciar con la punta del dedo... Todo un espécimen, en definitiva.

Podía ser con facilidad el protagonista de una buena historia, quizá de un «*enemy to lover*» o de un buen «*dark romance*». Sería la perdición de la protagonista con esa oscuridad que lo envolvía, esa aura peligrosa que tanto nos hace chuparnos los dedos cuando leemos a un macho protector capaz de matar a todos para salvar a su dama y luego follarla como si no hubiese mañana.

De mi boca salió un gemido entrecortado. Los pezones se me crisparon, un escalofrío me recorrió e incendió todas mis terminaciones nerviosas.

Casi mugí cuando capté la grandeza de su longaniza. ¡Con razón era tan petulante y majadero! Así a cualquiera se le perdona ser tan directo... bueno, más o menos.

Desde esa perspectiva, se veía enorme, cierto que ayudaba mucho el ángulo, sin embargo, fue evidente que su amigo no era pequeño ni delgado, mucho menos deforme. Lo tenía mucho más claro que su abdomen, con la punta sonrojada, casi de color violácea, y bien lubricada. El tronco grueso bajaba hasta sus testículos que se apreciaban de buen tamaño y del mismo color que la punta, bien depilados, y con venas fuertes que lo decoraban.

No quería ser tan fijada, mucho menos mirarlo durante tanto tiempo, pero es que una chica no puede contenerse cuando se le pone su comida favorita enfrente, menos tras una larga y tortuosa dieta, ¿verdad?

Resollé y cerré la imagen.

«Bien, tú ganas».

Respondí sin meditarlo, porque, ¡que el cielo se abriera, si no me permitía disfrutar de tan delicioso manjar!

El pensamiento hizo palpar... mi corazón, me humedeció, me calentó la piel e hizo que el cuerpo se me electrificara ante la sola idea de ponerme en cuatro para que aquel toro me montara y me volviese su novilla dispuesta para ser criada a base de arremetidas, en las que mi cuerpo entero vibraría, con las que mis ojos tratarían de ver el interior de mi cerebro y perdería la capacidad para tragar, volviéndome así un ser primario que solo quiere complacer sus deseos.

Respiré con dificultad y me mordí el carrillo, encandilada.

¡Estaba mal!

Bueno, al menos me serviría de material didáctico, como escritora era importante probar, documentarme, hacer estudios, corroborar los hechos, cotejar las experiencias, hacer un marco referencial que sirviera para los próximos proyectos. Sí, era bueno probar algo diferente, llenarme de experiencias. ¿No dicen que es necesario vivirlo para poder escribir de ello? Pues eso...

¡No tenía más opción que aceptar ser su vaquita, incluso cuando iba en contra de mi buen juicio!

CAPÍTULO 6

UNA VAQUITA CONFUNDIRA

«¿"Tú ganaste"?, ¿eso es todo lo que dirás?, ¿no te interesa saber lo que ocasionó que me pusiera tan duro como una piedra?»

No sé qué esperó de mí, quizás una respuesta efusiva en la que le aplaudiera y brincara como changuito, cosa que no pasó.

Su mensaje me hizo alzar la ceja, en especial porque imaginé otra cosa, como él. Las mejillas se me encendieron, el corazón me palpó con furia y no pude dejar de leer sus palabras. Ni siquiera lo pensé, solo... admiré la imagen.

«¿Es tu forma de coquetear?, ¿hacer que me cuestione en qué pensaste para que tu amigo alzara las velas?».

Inquirí con verdadero interés, pese a que no iba a ser obvia, no iba a preguntarle si estaba pensando en mí, en mi cuerpo, en la imagen que le envié, en lo que quería hacerme, en las mil formas que podía «criar», incluso cuando no estaba segura de a qué se refería con aquella palabra. Lo de novilla lo comprendí, por supuesto que su anuncio fue bastante claro en aquella parte, pero lo de «cría» me dejaba un poco... desconcertada.

Era necesario sacarle la chicha para que soltara la lengua y entender en qué me estaba metiendo, sin embargo, aquel no era el momento, no... Ese instante estaba hecho para pullar un poco su ego y quizá lograr algo más, algo más dulce y provocador.

«¿Quieres saber o te estás haciendo la difícil?»

¿Quería saber? Por supuesto que sí. En especial porque intuía la respuesta, bueno, casi. Daba mi riñón izquierdo a que estaba pensando en la chica voluptuosa de la foto. Era mi mejor apuesta, ya que el derecho tenía cierta magulladura. Estaba dando lo mejor de mi cuerpo, al menos en cuestión de precio que, a como iba con el consumo de caféina y grasas trans, estaba segura de que mi corazón no valdría ni dos caramelitos de los baratos.

Meh, ¡tonterías! Estaba bien, podía apostar todo mi cuerpecito curvilíneo.

Los tres puntos no aparecieron en un rato, el tiempo suficiente para elucubrar cualquier respuesta. Sin embargo, lo que apareció no fue un mensaje.

Era un vídeo, un vídeo corto que tuve que abrir para que se cargara. Cogí la Coca y bebí un trago que casi se me sale por la nariz cuando el vídeo se reprodujo y salió el vaquero masturbándose, tocándose su largo tronco al que su mano se aferró con elegancia y virilidad.

La imagen, como la anterior, era desde arriba, pese a que me dio la impresión de que estaba sentado o recostado. Su virilidad grande y fuerte estaba en vertical, sonrojada y mojadita, deliciosa, y su mano grande la acogía con delicadeza, pese a que hubo cierto movimiento que me hizo ver lo rudo que podía ser, lo mucho que se estaba conteniendo.

Tosí y me quedé viendo el vídeo de tres segundos cual estúpida. La baba me mojó la barbilla y

tuve que limpiarme.

Me mordí el labio inferior con fuerza y mi mano se fue a mi pecho para estrujarlo, para calmar el fuego que prendió todas las venas y terminaciones nerviosas, todas mis zonas sensibles de chica. ¡Era... majestuoso!

Sentí que estaba frente a una de las maravillas del mundo, frente al Coliseo Romano por el derroche de testosterona y, por supuesto, elevé mi pulgar para que el combatiente sobreviviera.

¡Un punto para el vaquero!

Bueno, no, mejor tres, por cada segundo. O de perdidas, unos mil, porque estaba para chuparse los dedos.

Lo observé sin perderme un solo detalle de su exquisita figura, de su anatomía, de su apariencia. Y, ¡maldita fuera la lejanía!

Otro mensaje llegó y tuve que cerrar el vídeo, a pesar de que me prometí abrirlo más tarde, cuando me enredara con las sábanas.

«¿Qué quieres para que sea tu mano la que me toque?»

Me quedé sin oxígeno.

¿En serio me estaba preguntando aquello?

El marcador aumentó a su favor, robándome una ceja alzada que sopló la vela de mi barco que pronto se iba a hallar a la deriva rodeado de agua.

Tragué saliva y me removí en la silla, a punto de ebullición, caliente, tanto, que mis pezones estiraron la tela de la camisa floja. Tenía tan sensible el cuerpo que estuve a punto de responder como toda una perrita en celo para entregarme sin nada a cambio. Solo quería un pedacito de su lascivia y de su trozo duro de... Solo quería tocarlo una vez y así morir por combustión espontánea.

No obstante, la suerte me sonrió y no tuve que responder.

«Quiero a una novilla dispuesta, bonita. Quiero que tu seas mi novilla, quiero criarte y comerme tus tetas, quiero convertirte en mía.

Dime tus términos».

¡Qué directo!

Me abaniqué y reí por lo bajo.

Tenía que darle el mérito al vaquero por hacerme sufrir con sus palabras, al tiempo que me desquiciaba por romper la barrera del juego y volverme de un solo plumazo a la tierra.

La calentura se me bajó unos grados, aun así, me re Coloqué sobre la silla, encogí las piernas, las llevé contra mis pechos que apreté para sosegar las cosquillas, así como junté los muslos hasta que fue doloroso.

¿Mis términos?

Hm, ¿hablaba de los términos para montarme? Porque si era así solo pedía que se dejara llevar.

Inspiré hondo para recomponerme y sacar la imagen de un rodeo con el vaquero, sobre la cama en la que, como jinete, me obligaría a agarrarme de su dureza para no caer en el precipicio de la locura.

¿Podía hacerlo, podía entregarme a un desconocido? ¿Estaba tan tonta para cometer tal estupidez?

La respuesta me llegó de inmediato, lo supe con tanta claridad que de ser sensata me hubiese dado un puntapié, una colleja o, mínimo, una bofetada sonora para que recobrara el sentido, obvio,

no lo hice, era yo, al final de cuentas.

¡Por mi gruñona tía Gertrudis, le iba a dar a ese hombre lo que tanto queríamos ambos, y que el cielo me socorriera para que el lobo no me devorase!

Bueno no, mejor que el infierno me guiara para que el lobito vaquero me comiera, pero bien rico y hasta los huesitos.

* * *

Resoplé tras tratar de bajar la maleta de la cinta del aeropuerto, el arcoíris me coloreó el rostro, las venas se me saltaron y agradecía que no hubiese ningún guapo cerca para ver mi lamentable estado.

Aunque no me hubiese sentado mal que un caballero, quien fuera, se ofreciere a ayudarme con mi gran maleta, por lo visto, la caballerosidad murió con la época actual y casi me hace limpiar una lágrima de la mejilla, bueno, lo hubiese hecho de no ser porque me gustaba más presumir mis piernas que tener un hombre que me jalase la maleta y luego se quisiera hacer el listo.

Ya me decía mamá que tenía que hacer ejercicio para estar fuerte y no depender de nadie, que estar delgada no significaba estar en buena forma, sin embargo, no tenía tiempo para ello. De escribir pasaba al móvil, a alimentar las redes sociales —una tarea muy importante para mantenerme al día con la literatura, eso y ver los memes de mi Manhwa BL de hombres rudos que intercambiaban fluidos de formas creativas. Todo fuera por el bien común, claro está—, y luego tenía que ver Netflix para aliviar el estrés de mi largo día. No me quedaba tiempo para nada, estaba clarísimo, y por supuesto que no tenía que ver con poner en orden mis prioridades, claro que no, en absoluto.

Cogí aire en tres bocanadas profundas hasta que logré calmar el ardor en los pulmones.

Recompuesta, me puse las gafas de sol y caminé con elegancia para atravesar el aeropuerto, como la bonita Barbie Malibú que quería ser, pese a que mi cabello era castaño claro y no rubio. ¡Nimiedades!

El vaquero me dijo que enviaría a alguien para recogerme, así que tenía que llegar a la salida principal para encontrarme con su hombre.

Avancé con pasos seguros, con la cabeza en alto, cierto aire elegante y femenino en el que quise que mis caderas se realzaran con el bamboleo sensual.

«¡Eso, nena!» —me animé porque necesitaba ese subidón de ego para enfrentarme al vaquero cuyo marcaje me sobrepasaba. De ninguna manera iba a permitir que viese a la chica de camisa holgada que se ensuciaba la ropa cada que comía. ¡Para nada!

¡Antes muerta que sencilla!

Una mujer casi de mi edad, quizá más joven, me miró de pies a cabeza y rio por lo bajo.

Casi giro y le bufo. ¡Envidiosa!

Sabía que estaba preciosa, me vi en el espejo del tocador del aeropuerto y estaba estupenda, con el maquillaje intacto, mi short corto, a menos de medio muslo, blanco, impecable. Me vestí para la ocasión, sabiendo que iba a una granja. Me faltaban las botas de vaquera, pero tenía buena indumentaria, además de un escote generoso que mostrar con la camisa de tirantes finos que se solapaba con el sostén del mismo color, es decir, beige con un estampado floral cuyo borde era de un rojo intenso. Llevaba el cabello suelto, peinado en ondas que me costó hacer porque lo cierto es que se me dificultaba peinar mi cabellera. Tuve que ver mil tutoriales para entenderle a la plancha y hacerme ondas en la melena de león que casi todos los días me acompañaba. Pero la ocasión lo ameritaba, al menos si quería empatar el marcador y lograr que el vaquero babeara por mis huesitos.

Estaba como una potra, una yegua de clase, con buen pedigrí o, ¿eso era solo de los perros? Bien, no lo sabía, aun así, me veía estupenda, hermosa, femenina.

Me arreglé para el vaquero de pies a cabeza, estaba perfecta para ser tomada para la cría, lo que eso quisiese decir.

Además, iba segura, tenía un trato con el vaquero. Tampoco fui tan idiota de dejarme caer del avión sin paracaídas. Si no me gustaba el vaquero, si no éramos compatibles, el trato terminaba y tenía un largo —o corto— mes para decidir.

«Un mes de prueba» —dijo cuando le hice ver que no podíamos ir a ciegas y pretender que todo fuese perfecto.

Me limpié el polvo de las uñas con un soplido cuando mi inteligencia quedó reflejada en los mensajes y me puse en mi papel de negociante. Desenfundé mi arma y esperé por su respuesta, que llegó con ese pacto en el que prometió regresarme sana y salva si así lo pedía.

El vaquero argumentó que le bastó con verme en la fotografía, con descubrir el tamaño de mis tetas, para desear quedarse conmigo. Pero yo no estaba muy segura por muchos halagos que me diese. De lisonjas no se vive y de vez en vez el hámster que tenía por cerebro se ponía en su rueda y generaba electricidad para que mis neuronas conectaran. Por suerte, no era día de asueto.

Iba a ciegas todavía, pero al menos estaba segura de que no estaba en la obligación de quedarme. El prometió dejarme ir cuando quisiera y me hizo guardar su dirección y enviársela a quien más confianza le tuviera.

Se lo envié a mi editor y le dije que iba a conocer a un hombre, no le conté más. Mi estupidez era inmensa, sin embargo, tenía mis límites, así que pasé por alto decirle que me iba a convertir en la vaquita de un vaquero de pecho ancho y mostacho largo, que me iban a sacar la lechita de las tetas y... bueno, eso.

Mi editor se extrañó, me preguntó si estaba bien. Por lo visto, no es normal enviar a tu editor ese tipo de datos, se supone que lo tuve que hacer con un familiar, pero no le iba a decir a mis papás, ¿verdad? Capaz me iban a traer de los pelos y me metían al psiquiátrico donde descubrirían mi mayor secreto: que me gustaba escribir escenas eróticas con humanos y bestias que tenían ciertas modificaciones deliciosas en sus *cositas*. Mamá estuvo a punto de hacerlo cuando descubrió mi otro seudónimo en el que escribía relatos eróticos donde mujeres pequeñas y voluptuosas se metían con lagartos humanoides, por suerte, la convencí de que se convertían en humanos cada vez que los besaban y que la publicidad de las novelas era solo una estratagema para vender, que no había sexo entre especies, para nada.

Bueno, estaba distorsionando la verdad, pero ajá.

¡Pobre de mi madre! Se llevó un tremendo susto, y eso que no se enteró de lo peor: el harem inverso en el que la prota se mete con varios minotauros que terminan corriéndose en cada uno de sus orificios hasta que los ojos le quedan en blanco de tanto calcio.

Ignoré todas las miradas extrañas con las que me repasaron, con las que se fijaron en el movimiento de mis caderas, de mi melena castaña clara que ondeó con cada paso.

De no ser por mi estatura, sería una modelo *curvy*. Para mi desgracia, era muy pequeña, del tamaño de un nomo y sin esperanzas de crecer, a menos que quisiera hacerme esa cirugía donde se alargan las piernas en la que quedas desproporcionada y toda quebrada.

Acomodé las gafas oscuras sobre el puente de mi nariz respingada. El sol estaba bastante fuerte y entraba por las cristaleras que iban de piso a techo. Hubiese sido buena idea traer el sombrero de vaquera que compré en una feria, pero no quería verme ridícula, así que lo dejé en el departamento.

Era muy temprano, no obstante, el aeropuerto estaba movidito. Y eso que mi vuelo fue bastante tranquilo. El vaquero se encargó de la reserva, solo me preguntó cuánto tiempo necesitaba para poner «mis asuntos en orden». Uf, esas palabritas me pusieron la carne de gallina y casi cancelo todo.

Por suerte, ganó la imprudencia.

Claro está, el vaquero se refería a que era probable que solo fuese un mes o menos tiempo, a que

la prueba entre ambos podía no acabar bien, que me quisiera regresar o cualquier cosa, pero también cabía la posibilidad que me quedara a su lado, como su novilla. Si la química existía... ¡quién era yo para negarlo!

No quería pensar en ello, solo estaba jugando, ¿verdad?

En la salida, dentro del aeropuerto, me encontré con un hombre de mediana edad, unos centímetros más alto que yo, con un bigote prominente, vestido con una camisa de franela gruesa de cuadros, un pantalón de mezclilla, unas botas de cuero cafés, el cinturón del mismo material y color que tenía un cartelito pequeño con mi nombre en una letra impecable.

Me acerqué sin saber qué decir, los nervios y mi desconexión con los humanos de carne y hueso me hicieron tensar la espalda.

—¿Eres Julieta? —preguntó risueño y asentí—. Un placer, me llamo Gonzo y estoy aquí para llevarte con el patrón —indicó con un acento peculiar, cantadito, que alargaba algunas palabras.

Tragué saliva y me mordí la mejilla.

—Igualmente —respondí apresurada, sin darme cuenta de que mi respuesta no casaba con lo que dijo. Las mejillas se me incendiaron cuando su ceja se enarcó y, por los santos cielos, se compadeció de mi ineptitud social y sonrió amable.

Sus ojos me inspeccionaron por un segundo y se le frunció el entrecejo.

Don Gonzo se acercó inquieto.

—¿No quiere cubrirse un poquito? —inquirió por lo bajito, como si no deseara que nadie escuchase nuestra charla.

Ladeé la cabeza, mis cejas se juntaron y negué en un movimiento repentino.

—No, así estoy bien, descuide —respondí algo tensa, pese a que no pude exclamar el «¡Perdón!» con el que quería hacerle ver que su pregunta estaba de más.

Casi me pongo a moverle la cabeza y chasquearle los dedos, para enseñarle que el barrio me respaldaba, aunque técnicamente era de la ciudad y no había nadie que me fuese a detener los aretes si me quería poner a pelear por su interesante elección de palabras. Pero él no lo sabía, así que...

—¿Segura? —consultó y su gesto bonachón se intensificó.

—Sí, segura, me siento bien así —afirmé con decisión, pese a que me sentí violentada por su escrutinio y hasta la lengua se me desenvolvió con pericia para soltarle aquella respuesta cargada de veneno, bueno, eso planeaba, pero me costaba no sonar como una tímida cobaya.

¡Vaya cosa, qué desfachatez decirle a una chica en pleno siglo XXI cómo vestirse!

Don Gonzo asintió y me sonrió como si nada hubiese pasado. Su piel se arrugó en la comisura de sus ojos y di por zanjado el tema.

¡Mejor!

—Por favor, sígame. Dejé estacionado el coche a unos pasos —señaló con calma. Guardó el papel con mi nombre, bien doblado, en su pantalón y me guio hacia la salida.

Cuando las puertas se abrieron en automático, el aire helado me dio en la cara y me tensé desde la punta de los pies en los que solo calzaba unas delicadas sandalias, hasta la punta de la cabeza que se enfrió como paleta.

¡Mierda!

Las miradas y las palabras de don Gonzo vinieron a mí y comprendí lo que pasó.

¡Joder, era una tonta sin remedio!

Tragándome la necesidad de regresar al calor del aeropuerto y decirle al don que sí necesitaba una rebeca, como mínimo, me hice la fuerte, la dura, y seguí a don Gonzo hasta el estacionamiento.

Temblé con violencia, los dientes me castañearon, el vello se me erizó, y agradecí que el sostén

que llevaba tenía una buena copa, de lo contrario, le daría un espectáculo al pobre don Gonzo que se portó tan gentil que hasta me abrió la puerta del coche, de una camioneta doble cabina, sencilla, un poco vieja. No importaba, solo quería abrigarme en la calidez del interior del vehículo y dejar de tiritar como perro salchicha nervioso.

¡Por todos los cielos, estaba tan frío que hasta me costó contraer los dedos de los pies!

Se me iban a salir los mocos como candelas verdes. ¡Asquito!

Me iba a escarchar toda por querer ganar puntos con el vaquero al que me presentaría tiesa por lo congelada que llegaría.

¡Mierda, parecería una paleta de las que nadie quiere por sus exóticos sabores y se quedan guardadas en la nevera por años!

Don Gonzo metió la maleta atrás, dio vuelta al coche y entró con soltura. Envidié su camisa de franela gruesa. ¡Ese hombre sí que estaba bien preparado!

—El jefe me dijo que vive en la capital —mencionó al encender el coche.

Asentí porque no pude abrir los labios de lo amoratados que se me pusieron. Ni siquiera pude sacar la lengua para hidratármelos, y que no se me resquebrajaran con la baja temperatura.

¡Y se suponía que estábamos en primavera!

—Pensé que por aquellos lares eran más friolentos, pero veo que están hechos de otro material —comentó para hacer charla.

—Sí, ya ve —dije sin más, porque entre mi ineptitud social y el frío que ya me tenía a punto de volverme un tempano, no se me ocurrió qué más decir.

—Me alegra, porque aquí es bien frío. Ahora estamos en época de calorcito, pero en la madrugada siempre hela más, y no calienta hasta casi al mediodía, después, es un sudar y sudar. Además, este cacharro es tan viejo que no tiene calefacción. —Palmeó el tablero del coche y sonrió—. Es una buena bestia, de los rudos, ¿sabe?, pero ya no da como cuando estaba nuevo. Lo hubiese visto en su mejor momento —silbó fascinado.

Si bueno, ojalá estuviésemos en esa época porque se me iban a caer los pezones en cualquier instante.

Asentí como si supiera de qué estaba hablando y me encogí en el asiento.

Don Gonzo siguió hablando del coche, no me interesaba la conversación, solo quería abrigarme con algo, sin embargo, no quería ser grosera, así que dije cualquier cosa. Le conté que papá tenía uno parecido cuando era pequeña, no lo recordaba bien, sin embargo, durante ese largo año en el que tuvo el todoterreno que era de un solo asiento, que se extendía a lo ancho de la cabina, me hicieron ir en medio con las piernas encogidas y ladeadas para que papá pudiese cambiar las velocidades. El recuerdo me hizo temblar ante un escalofrío, fue eso o la ventisca que entró por la ventilación.

Mamá era delgada, pero papá era un hombre de constitución gruesa, como alegaba mi querida madre cada que lo defendía del ataque de mi tío, así que ir en una cabina tan pequeña, al lado de mi «fuerte» progenitor, me hizo apretarme en un espacio reducido y por eso quedé más pequeña, por su culpa no crecí. Ya decía yo que tuve que llegar al 1.7 m.

¡Joer, fue todo un lío!

Don Gonzo siguió y siguió hablando y traté de enfocar el hámster en sus palabras para distraerme. La piel me ardió, tuve que apretarme con fuerza para obtener algo de sosiego. No sé si él no se quiso dar cuenta o iba tan concentrado en la carretera que no me vio temblar como si tuviera un ataque de epilepsia.

Ese señor sí que estaba en lo que estaba.

Traté de ver el paisaje que me rodeaba. Cruzamos el pueblo principal al que llegamos tras menos

de media hora en la carretera. Era un pueblo pintoresco, con pequeñas tiendas, pocos comercios, nada muy grande o vistoso. Lo recorrimos en unos minutos y nos adentramos en otra carretera.

—Don Gonzo, ¿qué tan lejos queda la granja? —pregunté porque ya no soportaba el frío, poco a poco llegaría la gangrena y me quedaría toda morada y entonces sí me iban a mandar de nuevo a mi departamento porque ya no tendría remedio.

—¿Granja? —inquirió desconcertado, con la ceja alzada.

Giró la cara por un minuto y me miró como si no comprendiera.

—Sí, la granja del jefe —expliqué porque me dio la impresión de que no estábamos hablando de lo mismo.

¡Pues qué tan difícil era entender!

Chist, ¡si pronunciaba bien las palabras!

¡Bah, aquello parecía tener su truquito, pero no supe bien cuál!

Don Gonzo se rio por lo bajo, soltó una especie de bufido, negó con la cabeza y volvió la vista a la carretera.

—Es cierto que al jefe le gusta las vacas y los caballos, hasta parece que se cree vaquero. Le encanta tener algunos animales de granja, en especial sus preciadas vacas y caballos, pero yo no le llamaría granja...

—¿Entonces?

—Es un viñedo, señorita —respondió con alegría, pese a que no hubo rastro de burla en su tono, más bien, estaba divertido por mi enredo.

Se me deformó el gesto.

¿Un viñedo?

—Es más, desde aquí, todo esto le pertenece al patrón —apuntó con orgullo, señalando el cambio de terreno donde la vegetación salvaje daba paso a hileras e hileras de parras de uva, muchas y muchas, en una gran extensión que me fue difícil calcular y que hizo que mis neuronas se separaran y negaran con la cabeza para renunciar al trabajo.

El corazón se me detuvo y, por un momento, me olvidé del frío que caló hasta mis huesos, que me puso la piel más roja que la de un tomate cocido, me olvidé de mis dedos amoratados, de mis labios resacos, de todo. Mis ojos se quedaron fijos en los cultivos, en los hombres que ya estaban trabajando.

—Yo soy el capataz, la mano derecha del jefe —indicó con orgullo, con una sonrisa que dejó ver sus dientes blancos un poco encimados.

—¿El capataz?

—Ajá. A veces tengo que organizarme con las tareas, así como hoy que tuve que delegarle al buen Manuelín para que me supliera durante las horas en las que iba a estar fuera. ¡Todo por la damita del patrón!

¿La damita del patrón?

«¿Dónde coño te has ido a meter, Julieta Margarita Romeo?» —me pregunté con la cabeza como bombo, porque me quedó claro que el vaquero no me dijo varias cosas.

Y yo pensando que era un granjero que trabajaba duro bajo el sol. ¡Ja! Estaba bien equivocada.

CAPÍTULO 7

UNA VAQUITA AL DESCUBIERTO

Lo debí intuir cuando ni siquiera le pregunté el nombre. Es que tenía que ser una chica muy «achispada» para no saber lo mínimo antes de caerle en los brazos al macho, pero es que todo cuadraba en mi cabecita.

Era un juego, ¿verdad?

Pues claro, en mi mente todo se iba a detener en cualquier minuto, aunque también estaba el hecho de que con la charla que mantuvimos cuando me preguntó mis condiciones, no me enteré de nada y solo quedé cual estúpida por no tener un racionamiento promedio. No es que me mareara con un discurso muy estudiado, no, no necesitó tanto para que mi mente se perdiera en otras... vicisitudes con la forma de mi fruta favorita, porque sí, el chocolate viene del cacao, una fruta, así que cuenta como la ración diaria de fruta y verdura, y él la tenía marcada en todo el abdomen.

Al menos podía estar tranquila de que no me quería por ser una mujer excepcionalmente inteligente, eso ya era algo, digo, no era mucho, pero al menos podía tener una idea de lo que se escondía tras mi pulcra cabellera castaña.

Y eso que no era rubia, ¡Ja!

Me dije que era por mi curiosidad innata, que no era mi responsabilidad, que una chica podía perdonarse por olvidar preguntar los datos básicos cuando se queda viendo por horas y horas un vídeo de tres segundos que te hace salivar como si estuvieras frente a un filete Wellington. ¡Y vaya que el filete estaba jugosito!

No, no era mi culpa, era del vaquero por desconcentrarme con su grande y gruesa... chequera. Sí, porque los tres mil pavos casi estaban en mi bolsa y así podría pagar la nueva portada de mi novela en donde saldría un hombre mitad dragón que iba a quemar con su cuerpecito a la prota hasta que sus alas se batieran y la elevara a la luna.

Casi me reí al pensar en la imagen que quería ponerle a la portada. ¿Sería mucho si hacia realidad esa escena en la que la folla en el aire, con sus manos grandes en el culo de la prota, desnudos, apretándose hasta el amanecer? Quizá sí.

De cualquier manera, estaba haciendo todo por los libros, ¡eso era!

No era estúpida, no estaba más caliente que el planeta Venus que llega hasta los 450 grados centígrados, ¡no!, no era ninguna de esas cosas, era simple documentación. En una de esas cambiaba los roles para mi siguiente novela que sería entre una vaquita humanoide y un humano que quería su lechita. Una nunca sabe.

Don Gonzo giró a la izquierda para entrar a la propiedad en la que un portón gigante abría sus puertas a una carretera hecha de rocas rusticas muy ad hoc a la infraestructura de la casa que casi me desencaja la mandíbula.

A unos metros de la entrada de piedra, seguimos por el camino para encontrarnos con un gran terreno en el que las vacas y los caballos pastaban, justo al lado de lo que yo creí que era una granja,

frente a la que estaba el mismo coche de la foto del anuncio.

Mis cejas se alzaron y divisé el gran terreno. Por un segundo me olvidé del frío y me concentré en lo que podía ver.

Seguimos unos metros más profundo y don Gonzo se detuvo frente a una casa enorme de dos plantas. Muy del estilo colonial, con un arco grande que invitaba a entrar al pórtico donde había algunos sillones para holgazanear, y una gran puerta de madera tallada con una pequeña pantalla de cristal en el medio y la hacía ver más elegante. De paredes blancas, techos altos de tejas café, con formas cuadradas, firmes, masculinas y algunas plantas que decoraban el terreno para darle un toque más hogareño, porque no solo estaban en la tierra o en tiestos de barro, sino también los había colgados del techo para decorar los grandes arcos, así como en las ventanas que tenían las mismas formas.

Era una casa impresionante, de gente con mucho dinero.

Tragué saliva y don Gonzo se estacionó bastante cerca de la entrada. Se bajó con prisa y me fue a abrir la puerta. La impresión me mantuvo quieta y casi se me dispara el tic en el ojo, de no ser porque estaba congelada hubiese visto mi párpado retorcerse con furia.

«¡Mala idea!» —gritó el hámster en mi cerebro y se detuvo por completo de sus actividades y, así como mis neuronas, tiró la toalla.

¡Infeliz, me dejó a la deriva!

Me bajé del coche y caminé sin poder sostener la mandíbula en su lugar.

—Sígame, señorita, adentro va a estar más cómoda. Además, el patrón me dijo que lo esperara en el interior, que él viene en un momento —avisó y bajó mi maleta de la parte trasera.

El chillido de mi maleta siendo arrastrada sobre el suelo de piedra me regresó al mundo de los vivos y lo seguí dentro de la casa.

El suelo bicolor en blanco y negro en el que repiquetearon mis sandalias de tacón, me hicieron bajar los ojos y comprender que estaba cada vez más metida en el fango.

¡Por la loca tía Gertrudis, lo había arruinado a lo grande!

La boca se me desencajó cuando abrió la puerta de madera y cristal y el interior lujoso y moderno me recibió.

Don Gonzo entró arrastrando mi gran maleta, pese a que no dijo nada por el peso, supuse que por esa cosa de «la damita del patrón», porque dudé que en su sano juicio subiera mi maleta con tanto esfuerzo sin al menos maldecirme una vez.

¡La magia del dinero! Bendita magia...

Y yo sin purpurina para hacer un acto bonito.

En fin, nimiedades.

Me adentré con paso raudo. Temí dejar la peste de mi pobreza a través del tacto. Bien decían los buenos investigadores que uno de los principios de la criminología o criminalística —vaya usted a saber— es que, todo objeto que tenga contacto con otro deja un rastro, una huella o algo por el estilo, no era mucho para ver *Investigation Discovery*, carecía de ese instinto de supervivencia que hace que algunas féminas vean el *True crime* como si de un manual se tratase. No, yo prefería ver a dibujitos fornicando.

Quizá por eso estaba en aquel lugar en vez de estar cómodamente trabajando en mi departamentito. De haber visto el *True Crime* como manual de supervivencia, hubiese entendido que mis acciones podrían llevarme a aparecer como desaparecida en los periódicos. Bueno, no estaba segura de ello, la vida se trata de explorar y pegarse con las paredes, ya luego tendría tiempo para arrepentirme, ¿cierto?

Una vez dentro, don Gonzo dejó mi maleta al lado de un sofá grande y cómodo de color champaña y se giró para verme con esa sonrisa bonachona que arrugó sus ojos.

—La dejo, siéntase como en su casa. El patrón estará en unos minutos, así que póngase cómoda, señorita —indicó con tranquilidad.

Asentí y le agradecí el gesto, por suerte me salió una reacción natural, pese a que tenía unas irresistibles ganas de preguntarle sobre su «patrón».

¡Cuánta pasta ganaba ese tipo para tener tanta comodidad al alcance de sus deditos de vaquero!

Al final, iba a ser verdad que me estaba metiendo con el dueño de la mitad de Derbyshire. Con un poco de suerte, me trataría como a Lizzy en el epílogo de la película, una buena escena en lo que a mí respecta. Si todo iba bien, el dueño de esta casa enorme podría tener el color de ojos de Mr. Darcy. Eso sería interesante... ¿Sería mucho pedir que se pareciera al actor? Hm, se valía soñar, aunque me bastaba con los ojos. Me gustaban los ojos del color del cielo en los hombres, me hacían relamerme cual gatita en celo.

Me adelanté para ver la casa cuando don Gonzo me dejó sola y se despidió con un encogimiento de cabeza bastante peculiar. Quizá le faltaba el sombrero para bajar el ala como me imaginaba que haría un vaquero, granjero o lo que fueran los capataces de los viñedos.

Por dentro, la casa tenía un concepto abierto interrumpido solo por un poste de carga que bajaba desde el techo para separar la sala del comedor. A la izquierda, estaba una gran puerta cerrada que deduje debía llevar al estacionamiento o garaje, si me quería poner fina y sacar a relucir mis mejores palabras. Al lado, una gran cocina de acero inoxidable se encajaba con todo lo necesario para realizar grandes platillos, con ollas y sartenes colgadas en medio y, bajo estas, una isla/barra desayunadora de un material precioso que no sabía si era mármol, madera o por último granito. No tenía ni frijolera idea. La cocina estaba empotrada a un lado de la encimera, a un metro del lavabo, un lavabo grande que avergonzaría a mi ducha de lo enorme que estaba, con un grifo más moderno que mi ordenador. El frigorífico de dos puertas de última tecnología, de nuevo, mejor que mi ordenador, estaba al lado del lavabo, en un espacio muy conveniente para tener todo a la mano. Seguro podía escribir en esa cosa. Además, tenía todos los aditamentos requeridos, así como las especies necesarias para cocinar grandes platillos «gourmets».

La cocina se complementaba con los bancos altos para poder comer sin caminar ni un solo paso de la cocina.

Para desgracia del vaquero y mía, no sabía más que freírme unos huevos. Era muy floja y me daba pereza aprender sobre las artes culinarias, además, estaba agradecida de ser una inútil en la cocina, porque, si llegase a aprender... rodaría y terminaría saliendo en uno de esos programas para perder peso, y entonces, sí, el planeta se desestabilizaría y perderíamos nuestro sitio en la galaxia y caeríamos en el espacio hasta morir. Así de mucho engordaría y como no tenía fuerza de voluntad para cerrar la boca y mucho menos para hacer ejercicio...

¡No, no, la tierra estaría en peligro, por eso no aprendía a cocinar!

¡Bah!, debía a agradecerle algo a mi cartera vacía y a mi falta de aptitudes, solo así podía explicar que todavía tuviese cintura.

Recorrí la encimera con la mano, me gustó el tacto del material, era... reconfortante, estaba frío, sin embargo, por gracia divina, adentro no estaba como el polo norte y mi cuerpo se fue calentando, así que no sentí mucho la diferencia al palpar el material.

¡Bendita distracción!

Aunque los pezones no se me bajaron y se me irritaron con el cambio de temperatura...

Al lado de la cocina, se alzaban unas escaleras enormes que se perdían en el descansillo para

continuar sin que pudiese ver ni un solo centímetro del segundo piso.

Al lado derecho, frente a las gradas, había un gigante comedor de madera, con el tamaño para alimentar un ejército. Estaba decorado con sobriedad, con una inmensa lámpara hecha de cristales que colgaba en medio de la mesa y, en cuyos pequeños vidrios se reflejaba la luz que entraba por la ventana e iluminaba con mil pequeños arcoíris los muebles rudos y masculinos. Algunas sillas estaban pegadas a la pared y solo estaban puestas unas seis, según lo que conté, pese a que no podía dar por buenos mis cálculos porque me distraje cuando llegué al fondo de la pared y la chimenea encendida llamó mi atención.

¡Qué maravilla!

Frente a la sala, la chimenea chisporroteaba e iluminaba los muebles, todos de color champaña, solidos, como nubes esponjosas de lo suaves que parecían. Seguro podría pasar horas escribiendo sobre ellos sin que me doliese la espalda o las caderas, aunque con mis posturas «relajadas» nunca se sabía.

Arriba de la chimenea, un televisor enorme estaba empotrado a la pared de ladrillos rojizos de los que estaba hecha la estructura.

Se me antojó un lugar con mucho toque masculino, pese a que destilaba el calor de un hogar, en especial por esa chimenea que me llamaba y me pedía que me fuese a calentar las manos con su fuego antes de que la gangrena me cortara los dedos.

Iba a seguir el impulso cuando la puerta se abrió y el chasquido me hizo girar sin pensar. La acción fue tan natural que no me di cuenta de mi error hasta que lo tuve enfrente.

El corazón se me detuvo, la temperatura se me disparó hasta enrojecerme las mejillas, las piernas me temblaron y me cogí a la barra desayunadora.

¡Santo hombre de las nieves!

El gran macho en la puerta eclipsó el sol que entraba por el cristal tallado. Sabía que era alto, pero no dimensioné su porte. Era casi tan ancho y alto como la puerta. Era un gigante, un precioso gigante, un bello espécimen.

Hm, quizá podía ser mi «pie grande», mi vaquero de otra especie, una más grande que osa dominar a las hembras humanas de piel sensible que se enrojecen con el mínimo roce, yo podía ser la pobre humana secuestrada por el vaquero intergaláctico que solo se puede alimentar con su lechita.

¡Delicioso!

Me relamí como la degenerada que era y sentí su ardiente mirada, sus pupilas intensas que, al estar contra luz no alcancé a entrever con nitidez.

Su cuerpo se agrandó con su profunda respiración en la que me inspeccionó desde los pies a la cabeza y cuando exhaló... todo se descontroló. Caminó directo hacia donde estaba con pasos largos y masculinos que no me dieron tiempo para retroceder lo suficiente, en cambio, me quedé como estúpida al descubrir sus facciones.

Me pegué a la encimera y abrí bien los ojos. El corazón se me enloqueció, la garganta se me cerró, las rodillas se me juntaron y el calor abrazó mi sexo.

¡Santa madre del rosario!

Pero ¡qué hombre más...!

Y mis ojos lo recorrieron, esa vez, para quedarme con todos los detalles. Tenía el cabello oscuro, muy oscuro, improbablemente oscuro. La frente amplia y con una ligera arruga en el entrecejo que me habló de su carácter, su complicado carácter. Los ojos pequeños e intensos, en especial gracias a sus cejas pobladas casi rectas, pese a la curvatura hacia el final, y a su hueso prefrontal marcado,

como me gustaban los hombres: ceñudos, a decir verdad. Sus ojos eran fuego vivo, ardiente, y azul, muy azul, extremadamente azul, azul como... algo que fuese de ese mismo azul, quizá el cobalto, pero mi alma de escritora me dijo que el cobalto no era de ese mismo tono que me cortó en pedacitos con una sola de sus miraditas. Su nariz recta, delgada, adecuada para sus facciones masculinas, así como su boca de labios estrechos, de un color más oscuro que su piel bronceada y deliciosa. Con una barba espesa y oscura que contorneaba su delineada mandíbula cuadrada. Admiré su cuello en el que me perdí con la imagen del anuncio que justo se cortaba en esa parte de su anatomía tan sensual, capaz de terminar de derretir mi congelado cuerpo.

Tragué saliva cuando se plantó frente a mí y con su gesto serio me repasó como hice un minuto atrás, pese a que no me atreví a bajar los ojos por aquellos pectorales hinchados que estaban cubiertos por una camisa negra que llevaba perfectamente arremangada sobre los antebrazos llenos de venas inflamadas que quería sentir con la punta de los dedos.

Cubrió el espacio que nos separaba y me cogió de la barbilla con los dedos, me hizo levantar la cabeza y luego me giró hacia un lado y otro como si estuviese analizando el caballo que quería comprar.

—¡Oye! —reclamé y le quité la mano de un manotazo, reaccionando al fin, pese a que el corazón me latió tan fuerte que tuve miedo de que lo escuchara.

Su brusquedad me volvió a la tierra y espanté el rastro de estupidez con el que me dejó alelada por sus encantos masculinos.

¡Todo un detalle ser un troglodita de primera para despertarme del ensueño!

—¿Así saludas? —inquirí con el gesto compungido.

Chistó, rodó los ojos y negó como si no se lo creyera.

—Desnúdate, mi vaquita —ordenó sin más, volviendo los ojos a los míos que se abrieron cuando entendí su imperativo.

¡Pero qué coño!

No obstante, antes de que pudiese decir cualquier cosa, sus manos se fueron a mi camisa bonita, de las mejores que tenía y como el neandertal que era, tomó el escote cortado con láser, porque no tenía costuras, y me rasgó la camisa de arriba abajo, de un solo tajo.

—Espera, ¡qué haces! —grité y traté de apartar sus manos.

Fue más rápido de lo que creí y con su fuerza y magnitud me controló con demasiada facilidad, al punto de que me quitó la camisa hecha jirones en un abrir y cerrar de ojos y luego me apresó contra su cuerpo para que no pudiese moverme y se fue directo al cierre de mi sostén.

Gruñó cuando entendió que el sujetador tenía tres cierres en lugar de dos, y como el desesperado que era, me jaló toda y arruinó los broches del sostén con inquina.

—¡Qué haces! —repetí apurada, sin saber dónde mirar, cómo ponerme o qué hacer para detenerlo.

Mis manos trataron de quitar las suyas, de alejarlo, pero era imposible, en especial cuando me tomó desprevenida y me quitó las manos con simples movimientos que me imposibilitaron a seguir dando tumbos y zarpazos para defenderme.

Mi mente iba a mil por minuto, pero sus manos viajaban a la velocidad de la luz. Cuando menos me di cuenta, me cogió de las caderas, me subió a la encimera y sus manos grandotas y fuertes me jalaban el pantalón, reventaron el botón que salió volando y jodieron el cierre sin dejarme de tironear para que levantara el culo y me sacara por las piernas el pantaloncito que tanto me gustaba.

Resopló cuando arrojó mi ropa por todos lados, como un toro embravecido, pero iba muy listo si creía que me iba a dejar.

Me cubrí con un brazo y cuando se alzó tras quitarme los pantaloncillos, mi mano también lo hizo y le asesté un golpe en la mejilla con todas mis fuerzas que, como dijo el científico, sumaron cero, porque ni se movió.

—¡Qué te pasa, perverso! —rugí y me encogí en la encimera, cubriéndome los pechos, con la frente sudada de tanto forcejear para no ser privada de mi derecho a cubrirme.

¡Maldito neandertal!

Sus ojos se crisparon cuando subió a los míos y me miró con resquemor, uno que me paralizó.

—Dijiste que querías intentarlo, ¿verdad? Fuiste tú la que enviaste el mensaje en primer lugar —acotó con la voz más grave que alguna vez escuché.

Mis braguitas se mojaron y agradecí tenerlas todavía puestas, porque me abrió de piernas y jaló mis caderas para dejar mi trasero al borde de la encimera.

—Lo-lo di-dije —reconocí tartamuda y temblé por su cercanía, porque su aroma llegó a mis fosas nasales y me intoxicó con su fragancia masculina, a sudor, a hombre, a lo que siempre imaginé que olería uno de mis protagonistas.

¡Joder, Julieta, concéntrate!

El cerebro y la majadería me dejaron de funcionar y lo vi sin perderme ningún detalle de su seriedad y rudeza. Sobre la encimera, solo estaba unos centímetros por debajo de su cabeza, así de grandote era.

Repasó mi cara enrojecida por la furia, en especial mi puchero entre infantil y belicoso.

—La verdad, te hacía más alta... —comentó con una pizca de perspicacia que casi se convierte en una sonrisa, de no ser porque alzó la mano y me tocó la cara y le di otro manotazo.

Gruñó cual perrito que no muerde, aunque me dio la impresión de que ese no era un perrito, era un lobo rapaz que solo me estaba esperando en la casa de la abuelita para comerme enterita.

¡Perdóname, abuelita, por no ser más lista!

Se acercó, intimidante y me cogió las manos para ponérmelas detrás del culo, ni siquiera mi resistencia logró detenerlo, me cogió de las muñecas y me hizo arquearme para él.

—¿Sabes?, al principio quería una bonita sumisa que me dijera que sí a todo, que se desnudara y me alimentara como buena novilla, que fuese mansa como las vacas, pero ahora que te tengo para mí... —Su sonrisa ladeada y libertina me detuvo el corazón que viajó al sur de mi anatomía para prender en llamas mi vagina que pulsó para el neandertal que me dominó sin siquiera haberme dado su nombre.

Su sonrisa se amplió y tras tomarme bien con una mano, subió la otra para cogerme de la quijada y obligarme a alzar el rostro.

—Eres una novilla preciosa y rebelde, ¿verdad? —musitó con los ojos brillantes y un tonillo peligroso que calentó mi sangre que circuló a toda velocidad por mi cuerpo, avivando mis nervios.

Se relamió con presteza y me observó con hambre.

—Pero ¿sabes?, todas las bestias tienen un punto sensible que las doblega tarde o temprano, y descubrir el tuyo podría ser una delicia —susurró con la voz cargada de una lujuria oscura e intoxicante que se coló por mis oídos y se esparció por mi cuerpo como una niebla que te deja sin pensamientos y te convierte en un títere.

Se alejó unos centímetros, obligando a arquearme por completo para él, a abrir bien las piernas para que me viese desde su altura.

—Ahí están esas preciosuras de las cuales me encandilé...

Jadeó por lo bajo, tan ronco y masculino que el cuerpo me vibró y supe que ya había encontrado mi punto débil.

¡Qué los cielos me socorrieran!

Con una sonrisa maliciosa se volvió a acercar, bajó su boca a la mía. Me quedé mortalmente quieta cuando sacó la lengua y la pasó por sus dientes, frente a mi boca entreabierta, con sus ojos en los míos que se abrieron al creer que me iba a besar, que me tomaría en ese momento, SIN HABERME DICHO SU PUTO NOMBRE, pero no.

Sonrió como el ladino que era, me jaló de la cadera hasta dejarme contra su cuerpo y con impudicia, bajó hasta quedar a la altura de mi cuello que lamió desde la clavícula hasta la mandíbula.

No lo resistí. Jadeé, cerré los ojos y temblé para él.

—Creo que ya sé cuál es el punto débil de mi rebelde novilla —susurró tras besarme el cuello y cortarme la respiración.

Mi cuerpo se alzó con su boca, la cordura se evaporó de mi sistema y solo quise que siguiera en lo que estaba haciendo, y cuando no lo hizo, abrí los ojos y busqué los suyos.

Se había agachado para quedarse a la altura de mis pechos que vio con ojos golosos, en especial porque los tenía completamente erguidos, colmados y esponjosos gracias a la postura.

—Hola, hermosos, no saben lo mucho que me han provocado desde que mi novilla me mostró una foto de ustedes —canturreó con perversidad.

—¡Oye, espera, creo que primero...! —traté de decir algo para indicarle que al menos debíamos presentarnos, pero no me dejó, en su lugar, sus labios cayeron directo en mi pecho.

Cogió uno desde abajo con urgencia y sin que pudiese negarme o hacerle un legítimo reclamo, se fue directo a mi pezón que mordisqueó con extremo erotismo.

El gemido que salió de lo más profundo de mi libido rompió el espacio tiempo, así como la calma que nos mantenía en el plano terrenal, porque tras mi muestra de sometimiento, se tomó la tarea de hacerme ver cuál sería mi trabajo, y me comió como si no hubiese mañana.

Su boca succionó con fuerza, su lengua creó círculos alrededor del botón que activó por completo mi sistema circulatorio para elevar mi pequeño pico. Gruñó cuando me tuvo a su merced, cuando me moví contra sus músculos, cuando mis caderas lo buscaron. Empujó mi cuerpo contra su rostro y se volcó sobre mi pecho al punto que temí que no pudiese respirar cuando hundió su nariz en mi globo de carne que mancilló con energía y excitación, robándome cualquier rastro de lucidez.

Mil rayos eléctricos me atravesaron, las piernas me temblaron, me sentí frágil y subyugada a su necesidad que pronto tomó las riendas de su virilidad y comenzó a tratar de amamantarse de mi pecho con impulso, tirando de mi pezón, que solo arrastró todos mis nervios al centro de su boca en la que su saliva y calor me calmaron e incentivaron.

Gemí, supliqué y me retorcí, pese a que me tenía tan cogida de las muñecas que no logré más que enloquecerlo y hacer que me mordisqueara para acallarme y recrearse con mi atrevimiento.

Lamió y succionó con desesperación. Su cuerpo se alzó y sus caderas abrieron mis piernas para restregarse contra mi centro cual bestia salvaje, hallando sin problema mi punto más delicado que me hizo jadear y enloquecer con aquel primate que me estaba ordeñando.

Perdí la conexión con el mundo real y me debatí entre decirle que terminara con lo que había empezado y tratar de zafarme para meter las manos en su cabello y ahogarlo con mis masas de carne que se hincharon para él.

Succionó con violencia, en un acto carnal y desesperado, ávido de algo que estaba muy lejos de pasar.

Su mano soltó mi seno y me empujó contra la encimera para seguir en su descontrol que cada vez me estaba calentando más y más, al punto en el que tenía las bragas empapadas y el pulso por los cielos.

—¡Por favor, deja que...!

Pero no me permitió completar la oración, en su lugar, estiró mi pezón con los labios y, cuando lo soltó, un latigazo de placer me atravesó. Grité y me removí.

Se separó de mi cuerpo con una sonrisa pícaro que me robó el oxígeno y se relamió con cinismo, sabiendo el efecto que tuvo en mi pobre psique.

—Será divertido succionarte las tetas día, tarde y noche, verte usar mis camisas holgadas sin nada por debajo, más que las braguitas suaves que te he comprado, siempre esperándome como una buena novilla para que te ordeñe. Cuando logre al fin sacarte la leche de tus jodidas ubres, entonces te voy a follar sin descanso hasta criarte con mi simiente, y entonces sí, te voy a marcar para que todos sepan que me perteneces —canturreó excitado y luego sacó su lengua bífida para lamerme el pecho desde abajo y electrificar mi cuerpo con su calor y textura suave y áspera, todo al mismo tiempo.

Jadeé y me estremecí, mil nudos se formaron en mi vientre, hasta que la señal me llegó a la cabeza y entendí cada una de sus palabras.

Un minuto, ¿qué acababa de decir?

¿Qué coño era eso de marcarme?

CAPÍTULO 8

UNA VAQUITA AL TIRO

Aprovechando su excitación, con menos fuerza de la que me imaginé, me zafé de sus manos y puse las palmas contra su pecho para alejarlo de mí, pese a que solo logré que el calor de su piel me quemara las palmas y por un segundo me olvidase de lo que iba a decir.

Su ceja se alzó y aquel gesto me hizo sacudir la cabeza y volver al mundo de los vivos, de los inteligentes, más bien.

—¡Espera un momento, niño bonito! —exclamé y me hice hacia atrás porque estaba por caerme de la encimera, además que el calor entre nuestros cuerpos era sofocante.

—¿Niño bonito? —consultó con retintín con el ceño fruncido.

—Mira, ya obtuviste tu prueba gratis, ya me comiste una teta como tanto querías, incluso me dejaste toda roja —apunté tras verme de reojo la piel alrededor del pezón que quedó toda irritada gracias a su barba y a su boca ruda.

Sus ojos se fueron a mis senos y se perdió en ellos, el calor se le subió a la cabeza y casi pude ver los engranajes de su mente moviéndose para volver a acorralarme y tomarme otra vez.

Lo empujé aprovechando su desconcierto y me bajé de la encimera con un salto que casi lo hace saltar sobre mí.

—¡Un momento, vaquero! Joder, que solo piensas con la polla —lo regañé encabronada.

Se detuvo con mi exclamación y casi se ríe en mi cara.

¡Ja, vaya desfachatez!

Ahora sí necesitaba a alguien que me detuviera los aretes para poder darle una buena bofetada a ese gorila, a ese toro bravío que solo me veía como un par de tetas andante.

—Seguro tu mamá no te amamantó de niño, pero no soy ella, así que hablemos como adultos —argüí con la voz firme y hasta me sorprendí con mi control porque era difícil resistirse al rico manjar que dio un paso cuando traté de alejarme.

Alcé la mano para detener su acercamiento y me puse en posición de combate para correr de hacer falta. Me sentí un metro más pequeña que el vaquero, pero no iba a dudar en salir corriendo si se volvía a propasar.

Entorné los ojos, me miró y se volvió a reír por lo bajo, se irguió por completo y se apoyó contra la encimera de la cocina.

—Bien, dime qué es lo que quieres que te diga.

Carraspeé y traté de evadir esa necesidad de volverme a acercar y hacerlo hablar hasta que la humedad de mi coño bajara por mis muslos y aromatizara la casa, porque eso iba a pasar si seguía hablando con esa voz ronca de conquistador.

Era un majadero y bruto, pero estaba para mojar el pan y comerse hasta las migajas.

Me erguí y me di cuenta de mi error cuando sus ojos golosos se fijaron en mis pechos y se relamió de esa forma que me puso las piernas como gelatina.

—¡Deja de verme como un trozo de carne! —proferí y me cubrí las tetas con las manos, con toda la dignidad que podía, pese a que tuve que usar una mano en cada pecho para dejar la mayor cantidad de piel cubierta, lo que me hizo ver aún más extraña.

Sonrió y ladeó la cabeza. Lo estaba entreteniéndolo de lo lindo, no me cupo la menor duda, aun así, tenía que hablar y no dejarme llevar.

—Creo que calladito y lejos me caes mejor —susurré y me agité para seguir hablando y no permitir que abriese la boca—. No sé qué clase de filia tengas con las tetas, pero no puedes atacar a una chica así, de buenas a primeras, sin decir ni una palabra, destrozando su ropa que, por cierto, ¡era de mis favoritas!

—No tengo ninguna filia, solo quiero comerte las tetas y lo haré —dijo como toda explicación, pasando de largo de mi pobre ropa destrozada.

La mandíbula se me desencajó y traté de formular algo coherente, pero simplemente me dejó atontada con su frase.

—Ah, no, la filia la tienes, niño bonito, de eso no me queda la menor duda, de hecho, por algo pusiste el anuncio, ¿verdad? —apunté con énfasis, olvidándome un segundo de cubrirme los pechos para mover las manos cual loca, porque estaba muy, pero muy molesta.

¡Bufo, ya hasta creía que lo iba a dejar pasar así sin más!

Se cruzó de brazos y me miró divertido, pese a que sus pupilas se agrandaron y se entretuvo observando el rebote de mis pechos.

¡Joder!

Volví a cubrirme y lo miré mal.

—A eso me refiero. No puedes fingir que no tienes una filia si solo me ves como dos tetas andantes.

—No es así, te veo como una novilla que me voy a follar cuando se te llenen las ubres. Hasta entonces, voy a tratar de mantenerme a raya porque no sé si va a funcionar. Tengo un buen presentimiento, calculo que tus pechos están hechos con mucho tejido mamario en lugar de ser solo grasa —analizó con tono crítico.

Se acercó, sus brazos se soltaron y caminó directo hasta donde estaba para mirarme por todos lados, sin tocarme, pese a que se sintió peor porque me vio los costados y hasta me rodeó para admirar mi trasero y espalda.

—Admito que eres más pequeña y delgada de lo que supuse, además, tienes una espalda diminuta que te hará tener dolor cuando te crezcan las mamas y me des de tu leche, pero con uno o dos masajes a la semana estarás perfecta. Por supuesto, no puedo obviar que tienes un buen culo y unas caderas más que perfectas. Descuida, te voy a alimentar bien para que cojas más color y ya no se te vean las costillas, pero nada que en un mes no se solucione. Quitar cafeína, comida sana sin azúcares añadidas ni tonterías que seguro estás acostumbrada a comer... eso resolverá todo —comentó con calma.

—¡Oye! —bramé acomplejada y ofendida por su estudio.

Además, ¿qué acababa de decir de las azúcares añadidas? Eso no incluía a mi Coca, ¿verdad? Y lo de la cafeína mejor que no dijera nada.

Lo miré mal, pese a que no se sintió acusado por mi gran contraargumento. ¡Bah, ya iba a saber quién era Julieta Margarita Romeo!

—Es la verdad. —Alzó los hombros para restarle importancia, sin atender a la forma en la que lo fustigué con el látigo de mi mirada.

Bueno, no es que mis ojos redonditos y gentiles pudiesen transmitir el odio visceral que me

entumeció la boca en un mohín de disgusto.

—No eres doctor, eres un vaquero con un viñedo, con una obsesión extraña con los pechos y...

—Sí, soy doctor —me cortó.

Gemí irritada y apreté la mandíbula por un segundo para liberar un poco de estrés. Respiré hondo y lo miré molesta.

El vaquero sonrió otra vez, una sonrisa bonita que casi me desarma, por suerte estaba demasiada molesta para dejarme llevar por ese hoyuelo que apareció en su mejilla y sus ojos profundos que prometían comerme con delicia.

¡Mierda, Julieta, con-cén-tra-te!

—¡Ves!, eso es algo que debería saber antes de que me ataques con tus manos grandotas y tu boca golosa. No se supone que las relaciones deban de funcionar al revés. También hay otras cosas que deberíamos dejar en claro, vaquero.

Dejó salir el aire y llevó la cabeza hacia atrás. Se pasó la mano por el cabello que cayó sobre su frente cuando volvió a verme.

—Esto no es una relación, preciosa, no eres mi pareja, no eres mi novia, no eres ninguna de esas tonterías. Eres mi novilla, una novilla que voy a calentar día, tarde y noche, una novilla que, bonita, me va a esperar y va a acudir a mí cuando me quiera comer sus tetas, una novilla que, cuando llegue el momento, me abrirá sus piernitas y me dejara follarla porque, así como a mí, y si es que estás fija en que tengo un fetiche, lamento decirte que tú también lo tienes. Incluso puede que estés más loca, después de todo, como bien dijiste, no sabes nada de mí... —alegó y dio un paso adelante con cada palabra, hasta que mi trasero colisionó con el sofá—. Ni siquiera te interesó averiguarlo, ¿verdad? No hiciste ninguna pregunta, solo seguiste un tonto sueño en el que te follaba contra la pared y me comía tus ubres. Un sueño que me compartiste porque querías hacerlo realidad, ¿o me equivoco? —inquirió con la ceja alzada y sus manos cortándome el camino cuando me encerró al ponerlas al lado de mi cadera y cernirse sobre mí para verme a los ojos.

Me encogí.

Supe que su discursito de porquería tenía algo de verdad, pero igual, atacarme así...

Era tonta, casi tan tonta como una muñeca inflable, sin embargo, no era mi culpa, solo tenía un alma soñadora.

Rehuí sus ojos y me quedé un momento admirando el suelo bicolor.

—Haz la prueba, mi vaquita —propuso y me cogió de la mandíbula.

Nuestras pupilas conectaron y sentí una fuerte descarga eléctrica que casi me hace alzarme sobre los tacones y lanzarme a su cuello para besarlo y dejarle hacer todo lo que quisiera, por suerte, estaba paralizada por su masculinidad, así que, solo logré verlo de cerca, admirar sus iris azules, de un azul muy fuerte y profundo, tan profundo como el foso de las marianas.

—Inténtalo, deja que ese sueño, pese a ser infantil, te corrompa. Deja que tu cuerpo sea mío. Solo un mes —indicó con parsimonia—. Un mes en el que te convertirás en mi novilla dispuesta a cualquier cosa que te pida, a permitir que me coma tus tetas en el momento en el que se me dé la gana. Sé que la succión y el estímulo continuo tarde o temprano te harán lactar, tienes los pechos para ello, lo sé, ya los toqué y pesan lo justo para convertirte en mi vaquita lechera, solo es cuestión de que lo soportes por un mes, y luego ya no querrás irte.

—Pero tengo mi trabajo, mi casa, mis costumbres, soy una persona, no una vaca —refuté casi sin voz.

Mis neuronas volvieron de su corta vacación, sacudieron sus melenas largas y admiraron la escena con vergüenza.

—Por ahora, tu único trabajo es complacerme. Me importa una mierda lo que hagas en tu vida diaria, por este mes, eres mía y de nadie más.

El sexo se me tensó y sentí la humedad correr por mis muslos.

¡Coño, estaba empapada!

Ese problemilla de gustarme los gilipollas hizo que todo lo demás se oscureciera y solo sintiera esa estúpida necesidad de hacer todo lo que me pidiera.

Tragué saliva.

—Solo es un mes, preciosura, un mes en el que estarás bajo mis reglas.

—¿Reglas? Quieres que siga reglas como una niña —cuestioné con la ceja alzada.

Su mano me cogió de la nuca y su pulgar me acarició la mejilla, manteniéndome con la cabeza alzada. Sus ojos repasaron mi rostro y sonrió.

—No son muchas, solo unas cuantas para mi disfrute y el tuyo —se agachó para estar a pocos centímetros de mi boca, su aliento me picó en la nariz, olía a menta y a algo más que no estaba segura, pero creí que era mi crema, la crema con la que me humecté la piel esa madrugada—. Para comenzar, no debes salir de la casa, no quiero que los ojos de otros hombres vean lo que es mío. Aquí hay muchos machos todo el tiempo, demasiados para tu bienestar y tranquilidad, y no puedo asegurar que sean buenas personas, son buenos trabajadores, en más, desconozco quiénes son o qué hacen en su tiempo libre, y me importa muy poco, aun así, tu seguridad es fundamental, así que usa esa bonita cabecita y no hagas que tenga que sacarle los ojos a nadie por mirar lo que me pertenece.

Mis párpados se me abrieron con sus palabras, con su voz que se revistió con un tono oscuro y peligroso que me hizo poner las manos sobre el sillón para no caer de espaldas.

Sonrió encantado.

—Segundo, no necesitas más ropa que la que te voy a dar. Me gusta la idea de que tu dulce aroma de princesita se pegue a mi ropa, así que desde hoy solo usarás lo que te diga. Además, creo haber visto en tu foto que te gustan las braguitas un poco infantiles, ¿verdad? —preguntó con la ceja alzada.

Las mejillas se me coloraron y comprendí que no escondí demasiado bien mis bragas de Doraemon cuando me hice la foto enseñándole mi cuerpo en el traje de Eva.

—En lo personal, me gustan más otro tipo de telas, pero entre más veía esa ridícula parte de tu habitación en la que trataste de esconder tu desorden, más me convencí de que quería verte con esas cosas que ni siquiera son para tu tipo de cuerpo. —Ronroneó y bajó más la cabeza hasta que no pude respirar porque era inhalarlo a él—. Te he imaginado, ¿sabes? Lo he hecho una tras otra vez, por eso no me importó que no fueses sumisa desde el principio. Te he visto vistiéndote con esas braguitas con diseños estúpidos que ni siquiera les regalaría a los mendigos, pero a ti te las pondría para después destrozarlas y lamerte bien el coño.

Me eché para atrás de la impresión y tuve que apretar los muslos a medida que sus palabras se volvieron imágenes y la excitación me sobrepasó.

¡Eso de tener la imaginación muy vívida estaba siendo una maldición, joer!

Sonrió, una sonrisa arrebatadora que me detuvo el corazón y se acercó otro poco más, pese a que esa vez logré retroceder para no dejarme vencer por su proximidad.

—Quiero que durante este mes estés solo para mí, que cuando te llame, no importa lo que hagas, corras para que te pueda comer las tetas. Las quiero en mi boca, lo admito. Ya te probé y no puedo sacarte de mi paladar, no quiero hacerlo —señaló con la voz más ronca y volvió a estrechar los pocos centímetros que nos separaban, sin embargo, ya no pude huir—. Las quiero para mí, te quiero para mí —corrigió más entusiasmado, con la respiración entrecortada y las pupilas dilatadas, su cuerpo se hizo más grande y temí, pero por mi cordura.

¿Tenía que ser un depredador nato, como los que me gustaban en las novelas?

Gruñó y su mano en mi nuca me acarició la mejilla.

—Tenías razón en que tienes una piel excepcionalmente pálida, me encanta. Cuando te logre ordeñar, te voy a marcar con mi nombre en tu jugoso culo. No te preocupes, no te va a doler, conozco a alguien que te pondrá mi marca y...

—De nuevo, no soy una jodida vaca, soy humana, no me puedes marcar —salté molesta, pese a que mi voz no tuvo tanta fuerza y solo logró que sonriera otra vez.

Sus ojos buscaron los míos y con un movimiento rápido y animal, me lamió los labios. Temblé, juro que traté de no sentir aquel acto impúdico hasta los huesos, no obstante, fue tan agresivo y dominante que se me desconectó el cerebro y un pitido resonó en la cortada comunicación.

—¿Estás segura de que no quieres mi marca en tu piel, mi preciosa novilla? —inquirió con ironía.

Entrecerré los ojos y admiré su gesto por un segunda, ese gesto de suficiencia que me revolvió el estómago y que, a su vez, hizo palpar mi vagina.

¡Estaba tan mal!

Me relajé despacio, lo miré entre las pestañas para luego bajar las pupilas desde las suyas por su boca que se abrió e inhaló profundo, por su nuez de Adán que subió y cayó, por último, descendí a sus pectorales duros que apenas se veían a través de la tela de la camisa, pese al suave vello de su pecho que logré vislumbrar y que me dio ganas de tocar. Todo lo que podía ver era a él, a su cuerpo grande que me tenía acorralada, que me estaba mortificando con su cercanía.

—Hagamos una cosa, mi rebelde vaquita, te propongo un reto —habló antes de que pudiese elaborar una respuesta inteligente que lo dejara en su puesto.

—¿Un reto? —pregunté intrigada, volviendo a sus ojos.

Sonrió triunfal cuando mi atención estuvo por completo en él, ¡cómo si antes no fuese así!

—Sí. Si para cuando acabemos la prueba no quieres que te folle, que te abra las piernitas, te críe como la buena vaquita que deberías ser, te dejaré sin marcar y te recompensaré por el esfuerzo. Seré el caballero que quieres que sea y demás tonterías que tu cerebro te ha hecho pensar que necesitas para querer estar con alguien. Pero, si antes de terminar la prueba no te resistes a lo que te haga, si antes de que tus tetas produzcan dulce leche vienes a mí con el deseo de ser mía...

Bufé, asombrada con su petulancia.

—Si no te resistes a lo que quiera... entonces digamos que no solo te marcaré como quiero, sino que te rendirás por completo. Dejarás que te críe como debe hacer todo macho con su novilla —concluyó con las pupilas dilatadas, con el semblante tenso y excitado.

Tragué saliva, supe que estaba en problemas. Serios y complicados problemas, porque justo en ese momento, quise que me bajara las braguitas, me cogiera del culo y se metiera hasta lo más profundo de mi vagina. Tenía la piel erizada, los pezones puntiagudos, las bragas empapadas y la necesidad de ser poseída por aquel loco de ojos azules que me miraba como un buen trozo de carne.

¡Sálvame, tía Gertrudis!

Me estremecí desde los pies y jadeé de la emoción.

«¡Contrólate, Julieta!» —me grité, pero era inútil, estaba más allá de mis capacidades mentales resistir a su ataque.

Quizás era hora de ponerme en modo protagonista sumisa y dejar que me hiciera lo que quisiera, después de todo, ¿qué podía salir mal?

¡Bah!, muchas cosas.

Y eso que todavía no habíamos hablado de mi Coca y la cafeína.

Sacudí la cabeza y con una mano lo aparté un poquito, lo justo para volver a respirar sin

quedarme atontada con su aroma colmado de testosterona que ponían mis partes de chica en una complicada situación, en especial porque estaba segura de que, si se llevaba mis braguitas entre sus manos, el juego acabaría y tendría un serio problema para contenerme y no suplicar para que me follara ya y luego me hiciera lactar como quería.

¡Era débil con los trogloditas! Sin embargo, necesitaba poner los puntos sobre las *ies* y recuperar un poco el control antes de que todo se me saliera de las manos. ¿Podía con aquello? Claro que sí, por mis ovarios lo haría, aunque fuese solo para ganarle al neandertal que tenía enfrente.

—Primero, está bien, voy a jugar con tus reglas. Usaré tu ropa, haré casi todo lo que quieras —aseguré porque, pese a que me daba un poquito de miedo su intensidad, mi chichi se adueñó de una parte de mi cerebro, se firmó un trato entre ambas partes y no pude resistir a ser lengüeteada por el niño bonito hecho pie grande.

No era mi momento para ser la más lista del lugar, y como tal, lo tomé. Podía con las consecuencias de mi estupidez, se lo dejaría a la Julieta del futuro. Con un poco de suerte, la maldita me agradecería cuando retozara con el hombre de las nieves, con el vaquero lujurioso y me levantaría el pulgar para aceptar que lo hice bien.

De momento, no planeaba escaparme por la noche, caminar seis horas o más, volver al estúpido aeropuerto y volar en clase económica a mi pobre departamento.

¡Opciones, cariño, todo se trataba de opciones!

Además, tenía que pensar en mis pobres novelas.

Tragué saliva y volví a alejarlo para erguir la espalda, porque me tenía acorralada contra el sofá, y así no se podía hablar.

Carraspeé.

—Jugaré, lo haré. Me vestiré como quieras, da igual si es tu ropa o la mía. Y lo de las bragas...

—Me encogí de hombros sin verlo, en parte por vergüenza y otra porque las prefería a las tangas.

La que tenía puesta ya se la había comido mi culo y comenzaba a ser muy incómodo.

—Con respecto a lo de ir corriendo cada vez que quieras mis...

—*Tus* tetas —concluyó por mí cuando vio que me cubrí con las manos, abrazándome, pese a que ya me había visto desde hace un rato.

Asentí y las mejillas se me incendiaron con más fuerza.

—Soy escritora, ¿sabes?, me gusta escribir y... quiero tiempo para ello. Así que...

—Hazlo cuando no esté. De cualquier forma, no tienes por qué mover un dedo en esta casa. Eres mi novilla, las novillas no cocinan ni hacen otras cosas estúpidas que las haría una mujer en circunstancias parecidas —apuntó con retintín.

Mi cabeza se alzó y lo miré sin dar crédito.

—No te traje hasta aquí para ser la del servicio. Ya hay alguien que se encarga de hacer esas mierdas y lo hace tan rápido que ni cuenta me doy. Además, dudo que puedas con todo, ¿verdad? —inquirió divertido, volviendo a alzar esa ceja mezuquina.

Era probable que me hubiese analizado mucho más hondo de lo que calculé, no obstante, iba listo si creía que le iba a dar la razón o a renegar por ello.

Bufé.

—Bien, me quedo con mis ratos libres para escribir, así que no puedes interferir en ello —apunté con la voz alzada, para que supiera que no iba admitir replica alguna.

Inspiró hondo y volvió a asentir para que continuase.

—Mientras dure el mes de prueba haré lo que digas, me desnudaré para ti y podrás... Ya sabes... Pero una cosa sí te digo, lo de la marca no está en juego. No pienso dejarme marcar como una res.

No seré de tu propiedad ni cuando... ¿me crías? Que, a todo esto, ¿qué diablos significa eso?

Su sonrisa se amplió y negó con la cabeza. Se pasó la mano por el cabello y sin que pudiese preverlo, me jaló del brazo para pegarme a su torso caliente, firme y musculoso.

Mi mano se fue a su hombro para no caerme por la postura y mis pezones descubiertos se friccionaron con la suave tela de su camisa.

Bajó la cabeza hasta mi oído y me mordió con suavidad el lóbulo. Un escalofrío reconfortante y acuciante me atravesó y gemí.

—Que te «críe» significa que voy a tener sexo contigo, eyacularé en tu dulce y calentito coñito cuando te corras conmigo dentro, y luego saldrá un bebecito en tu vientre y te convertirás en mía porque, entonces sí, serás mi mujer, pese a que también serás mi novilla, mi vaquita lechera y la madre de mis crías, es decir, mis hijos —musitó con la voz suave, aterciopelada, vibrante e hipnotizadora, tan melódica que todo mi cuerpo reaccionó, que mis brazos se fueron a su cuello y me retorcí contra su torso, alzándome sobre la punta de mis pies y prendiéndome a su cuerpo que no tardó en acogerme para que estuviésemos tan juntos que ni el aire caliente ventiló entre nuestras pieles.

Gemí y gruñó como una bestia, como el animal que era.

Abrí los párpados y sus palabras resonaron en mi cerebro abotargado.

El hámster que hacía girar la rueda de mi cerebro me miró desde el interior, con los brazos cruzados y negó con la cabeza.

Y entonces lo entendí...

—¡Qué...!

Pero no me dio tiempo para terminar, en su lugar, me cogió con fuerza de la nuca y me llevó hasta sus labios para besarme con ansia, con tal hambre que mi mente se apagó para saturarse de energía y explotar cuando sus labios tomaron los míos y domó mi boca con su lengua diestra en un beso desesperado que me sacó el aliento.

Mi cuerpo reaccionó a su cercanía, a su calor, duro, en especial a esa parte de su anatomía que se pegó a mi vientre cuando me alzó con una mano en mi trasero y la otra en mi cuello, como si no pesase nada y me hizo rodearle con las piernas la cadera para frotarse contra mi sexo y comerme la boca con desesperación.

Apenas pude responder a su caricia cuando se separó, llevándose mi labio entre los suyos y luego liberándome en un pozo lleno de lujuria energizante que prendió la fogata de mi centro y me hizo respirar con dificultad.

Abrí los ojos y miré los suyos.

Sus manos me cogieron del trasero y me amasó las mejillas.

—Si no fuera porque no sé si vas a poder lactar, ya te habría arrancado esa ridícula braga que llevas y te hubiera empalado como ambos queremos —rugió con los ojos oscuros y la voz templada.

Su mandíbula se apretó cuando me moví sobre su eje y sus ojos se entornaron. No estaba enojado, estaba conteniéndose para no asaltarme en el suelo del pasillo entre la sala y la cocina.

—Nunca te desnudes por completo enfrente de mí si no quieres que me olvide de todo y te folle sin más remedio que convertirme en mía y marcarte, ¿entiendes? —siseó y su pecho subió y bajó con violencia.

Tragué el nudo que se me hizo en la garganta cuando entendí su amenaza fragante y asentí.

Inspiró hondo, me puso en el suelo con calma, me miró desde arriba, recorrió mis pechos que se movieron con cada larga respiración por la que metí aire por mi boca y sacudió la cabeza.

—Bien, ahora que ya sabemos de lo que se trata esto, déjame enseñarte tu habitación —dijo con la

voz más serena, pese a que sus músculos engrosados me hicieron notar que todavía estaba excitado, en especial cuando mis ojos recayeron en su bragueta abultada, un bulto tan grande que bajó por su pierna derecha y casi me hace atragantarme de la impresión.

¡Ruega por nosotros los pecadores!

¡Por mi tía loca y amargada Gertrudis, esa sí era una anaconda! Y no, no me iba a caber.

Cogió mi maleta y mi ropa del suelo, me tiró la ropa para que medio me cubriese y me guio hasta el piso superior sin decir ni una sola palabra, a decir verdad, yo tampoco estaba muy cuerda para ese momento, y dudé que fuese a soportar más contacto físico por ese instante. Visto lo visto, dudé que fuese a soportar un mes.

En definitiva, estaba en peligro de caer en sus macizas manos y dejarme marcar sin que pudiese oponer resistencia.

¿Cómo dijo que era el reto? Ah, sí... si me resistía a sus encantos de macho «empotrador» y básicamente no le pedía follarme durante el tiempo que durase nuestra fase de prueba, me iba a cortejar o algo así insinuó, de lo contrario... Si él ganaba... Si eso pasaba de verdad iba a terminar con una barriga a mi corta edad. No estaba segura si acababa ganando en alguno de los dos escenarios, pero al menos en uno de ellos podría conservar parte de mi libre albedrío, porque se supone que uno deba tener esa cosa, ¿verdad?

—¿Y qué pasa si eres tú el que no quiere esperar a que mis pechos lacten para dejarte entrar en mi paraíso? —inquirí juguetona, sabiendo que podía hacer mucho más para ganar no solo mi libre albedrío.

Se giró para verme, con la ceja enarcada y una mirada circunspecta que lo hizo ver todavía más desconcertado.

Cogió mi maleta y la arrastró unos pasos.

—¿Qué pasa si soy yo el que quiero follarte?

—¡Ajá! —exclamé con obvedad y me balanceé sobre mis pies, cubriéndome con una mano casi sin hacerlo, a propósito, por supuesto.

Sus ojos se achicaron y me repasó en un segundo.

—¿Qué propones, dulzura?

—Pienso que, si eso pasa, me cedas el control... —sugerí juguetona y di un paso adelante para poner mi mano libre sobre su pecho.

Se tensó y me miró desde su altura, sus ojos se entrecerraron tanto que se vieron completamente oscuros.

—¿Y qué vas a hacer si eso ocurre? —inquirió con la voz cortante y el semblante oscuro.

Mis dedos jugaron con la piel expuesta de su torso y contuvo la inhalación cuando, sin querer, me deshice de otro de sus botones para abrir la camisa y pasar la punta de los dedos por su piel suave, sus músculos fuertes y su vello delicado y terso con el que me estremecí.

Sonreí más grande al ver la forma en la que todo su semblante se ensanchó, en la que se preparó para atacarme.

—No lo sé, pero podría ser divertido. En lugar de convertirme en una vaquita, podría tener un toro listo para cumplir mis órdenes, para saciar mis deseos de chica buena y ya sabes... hacer otras cosas... No sé... Aunque no te aconsejaría dejarme al mando, soy muy creativa —amenacé y rematé con una mordidita en el labio inferior, un gesto entre dulce y pícaro que le hizo inhalar hondo y ver mi mohín con otro cariz.

Quizás era verdad que me tenía en su mano, que estaba coladita por el grandote hombre de las nieves capaz de derretir el polo norte, pero su necesidad sería contraproducente...

Este era un juego, ¿verdad? Y según lo que vi, mis dos armas estaban bien cargadas para desmoralizar su dureza y poner la baza a mi favor. Y si tenía suerte, me libraría de algunos paradigmas de su plan. La química entre nosotros no se podía negar, eso fue evidente, pero quería explorar un poco más, no quería ir al punto, no quería ser solo su muñeca, su novilla, quería más, y aquel vaquero de ojos azules podía convertirse en el hombre que siempre estuve buscando, un hombre que bien podría ser el protagonista de mi novela, de mi vida... Solo... tenía que ser tan inteligente para vencerlo en su propio juego y cambiar las reglas para mi beneficio.

Debía reconocerlo, lo deseaba, pero no quería solo otro folleto que terminara conmigo llorando por mis malas decisiones, no esa vez...

Claro, eso estaba por verse...

CAPÍTULO 9

UNA VAQUITA EN LAS BRASAS

Tras aquel enfrentamiento en el que aceptó mi prerrogativa con una sonrisa de soslayo, se apartó un paso.

—Te voy a enseñar tu habitación. Quisiera tener más tiempo para jugar un rato más, pero entenderás que hay que trabajar, así que podrás disponer de estas horas hasta el almuerzo para acomodarte, vestirte con mi ropa y hacer lo que quieras, claro, cuando regrese... —Sus ojos lascivos fueron a mis senos y su sonrisa se amplió.

Tragué saliva y el nudo en mi vientre me dijo que quizá, y solo quizá, resistir a la tentación sería más complicado de lo que preví.

¡Demonios, de ninguna manera iba a dejar que me ganara!

Dispuesta a divertirme, le hice una señal con la mano para que me guiara y bajé las manos para enseñarle a mis dos chicas bien preparadas para servirle a su bonita boquita.

Gruñó por lo bajo, pero no hizo otro movimiento, en su lugar, musitó un «sígueme» enfurruñado y me llevó hacia el segundo piso.

Me contoneé a su lado y realcé el movimiento en cada escalón que subí a sabiendas de que me estaba mirando de reojo. Por supuesto, me cubrí lo justo para no mostrar mis pechos por completo, en su lugar, decidí que mi escote sería suficiente para enloquecerlo.

Gruñó de nuevo cuando giramos hacia la derecha y una pequeña estancia con unos cuantos libreros nos recibió. Era una estancia/sala preciosa, íntima y acogedora, pese a que carecía de la chimenea de la planta inferior.

Pasamos por la primera puerta, su oficina, según dijo.

—Donde seguro te follaré —aseveró con displicencia, restándole importancia a la imagen que quería poner en mi cabeza—. Tengo un escritorio de madera de nogal perfecto para ponerte boca abajo y penetrarte por detrás hasta metértela toda, hasta que toque tu precioso útero y se te entrecrucen los ojos.

Carraspeé y apreté la ropa a mí cuerpo al recrear sus palabras e imaginarme desnuda, con una pierna en el suelo, la otra alzada y encogida por su mano derecha, mientras la izquierda me mantendría pegada a la madera y mis pechos se aplastarían contra el escritorio al mismo tiempo que su cadera arremetería con violencia contra mi sexo bien lubricado, al punto de que mi dulce elixir empaparía su entrepierna y cada movimiento sería un estallido de piel y húmeda.

Seguimos por el pasillo ancho y bien iluminado, una gran ventana al fondo hacía que el sol se colase a través de la cristalera y revotara en las paredes blancas.

Al encontrarnos con otra puerta doble, la señaló, casi sin detenerse.

—Esa es mi habitación. Ahí te voy a criar, pienso que es buen lugar para dejar toda mi crema en tu coñito, al menos la primera vez, digo, mi cama es la más grande de todas y podría poner tu cuerpo en mil posturas, además, he comprado muchos juguetes para divertirnos de mil maneras distintas.

Por supuesto, ese trato especial solo se lo podría aplicar a mi vaquita lechera. Las novillas se quedan en habitaciones separadas y no reciben ningún placer de la cintura para abajo, ¿verdad?

Me mordí el carrillo y traté de no agitarme ante esas ideas nocivas. Lo de tener una imaginación muy gráfica no siempre era agradable. Me imaginé en su cama grande, sonrojada, con la piel encendida en llamas, gimiendo, con el vaquero empujando dentro de mí, llegando a ese punto que nadie —de momento— había alcanzado, martirizándome con esas estocadas que me abrían para después arrastrarme hasta el abismo donde me corrompería por completo cuando sintiera su caliente polución.

¡Puf! Mis manos se volvieron dos puños firmes y traté de sacudir la idea.

—Por supuesto, mientras eso no ocurra, mientras la novilla quiera seguir en su papel de novilla, no me quedará más opción que cobrarme con sus preciosas tetas, con esos pezoncitos pequeños que planeo estirar para que lacten como es debido. Ya sabes, tienes los pezoncitos adecuados para la boca de un macho, pero no estaría mal meterme toda tu teta a la boca, o bueno, lo que pueda, porque tus ubres están bastante grandecitas, ni siquiera me caben en las manos. —Negó divertido y extendió su enorme mano frente a mí, más para, desde la poca distancia que nos separaba, medir su palma con mi pecho derecho—. Lo ves, no me cabe tu ubre en la mano, y será más grande cuando te crezcan con la lactancia... pero claro, mi boca es glotona, como bien dijiste. No sé, creo que mamá no me alimentó como es debido. —Se encogió de hombros, burlándose de mí y luego se detuvo frente a otra puerta.

Cerré los párpados por un instante y resistí el impulso de acoplarme a esa mano, de decirle que me comiera enterita, que su boquita sí tenía permiso para explorar mi cuerpo. Me mordí la lengua a tiempo para no soltar a la pervertida en mi cerebro que estaba molestando al hámster para que nos rindiéramos ante el vaquero médico.

Se plantó frente a la puerta grande, de madera, como las otras, con un intrincado diseño elegante. Abrió la puerta y sin decir nada, entró.

Lo seguí al interior y mis ojos se abrieron cuando vi la magnitud de la habitación. Era una habitación grande, lujosa, con todo nuevo y muy moderno. Una cama grande con dosel dominaba el ambiente, incluso cuando las grandes ventanas a sus lados tenían la intención de opacarla. El dosel era de madera oscura y muy lustrosa, así como la base de la cama recubierta de cómodos edredones rosados, de un suave, muy suave rosado, así como las tímidas y transparentes cortinas del dosel que estaban entornadas para dar cierto aire a «Las mil y una noche» o al menos esa impresión tuve. A los lados, dos mesitas de noche de buen tamaño, de la misma madera que la cama.

Al lado izquierdo de la puerta, había una gran televisión, así como una cómoda de buen tamaño. Empotrado a la pared de la derecha, había un armario de grandes dimensiones que tenía un espejo precioso, no solo porque la imagen nítida que regalaba le confería cierta elegancia, sino porque a lo largo del marco tenía un grabado en blanco que parecía cobrar vida propia con sus ondulaciones que se asemejaban a las ramas y a unas pequeñas hojas y flores silvestres. El tocador estaba del lado izquierdo, en una esquina, con su propio banco acolchado, en blanco, pese a que también hacía juego con la madera de la cama. Para terminar, al lado derecho, junto al armario, había una puerta entreabierta que oteé con curiosidad para descubrir un baño blanco con detalles rosados, un rosado muy sutil y delicado.

Nunca vi tanta belleza en una habitación, ¿y se suponía que me tenía que incomodar por no dormir a su lado...?

—Aquí es donde están las novillas, bueno, si todo sale bien, serás la primera y última —indicó sin mirarme.

Soltó mi maleta cerca de la cama y se fue directo hasta el armario.

En serio le gustaba, ¿verdad?

Tragué saliva con dificultad y me perdí en su ancha espalda.

—¿Sabes?, también podríamos hacerlo en esta habitación, me parece que el dosel da para jugar mucho, y con ese espejo... No sé, podría atarte con las manos en lo alto y comerte hasta que quedes seca, quizá alzarte la pierna sobre mi cadera para enterrarme más hondo, para friccionar cada parte de tu coñito mientras te hago mirarte en el espejo. Quizá podría venir por la noche, reclamar tu cuerpo y hacer que me ruegues para que te folle. No lo sé, supongo que me hace falta la creatividad que a ti te sobra... Aunque también puedo ponerme muy, pero muy creativo cuando uso mi boca, y qué decir cuando la lujuria me endurece y pierdo el control... No lo sé, a veces me dejo llevar, puedo ser muy brusco, y tampoco me gustaría marcarte la piel con las manos o con la boca, porque podría, soy un bruto, ¿no es así? —inquirió burlón.

Y la magia se acabó.

Inspiré hondo y traté de no pensar en sus palabras, pese a que, después de saber que era la primera chica a la que le proponía el trato me puse un poco sentimental y casi me olvido de todo para ir tras de él, abrazar su espalda y decirle que a mí también me gustaba mucho, pero que volviese a torturarme con esas imágenes que se implantaron en mi cerebro, me bajó un poco la calentura.

¡Meh, mejor así!

Me imaginé enredada en su telaraña, de haber seguido por ese camino, ya me tendría dominada, por suerte, era medio plasta y no me vio cuando sonreí.

Se giró con una camisa en la mano y unas bragas en la otra.

—Me parece que toca vestir a mi novilla —indicó con una media sonrisa y me recorrió con sus pupilas viciosas.

Lo miré mal por un segundo. ¿Así iba a ser la cosa? ¡Bien, los dos podíamos jugar!

Con la cabeza en alto, y el contoneo remarcado con el suave andar de mis piernas y caderas, me acerqué para quitarle la camisa de la mano y soltar mi ropa en su palma con un poquito de fuerza.

—Sostén mi arruinada ropa, niño bonito —ordené con retintín.

Sus ojos brillaron cuando mis pechos quedaron expuestos, me hice la tonta y extendí la camisa blanca que me dio, era una camisa de hombre, de botones, manga larga, perfectamente planchada y con un rico aroma a limpio que casi me hace suspirar porque tenía cierto registro que me recordó a su esencia varonil.

Extendí la prenda y como una profesional, me la puse sin prisa, a sabiendas de que me estaba mirando fijamente, que sus ojos se mantuvieron atentos a los movimientos de mi cuerpo.

¡Era todo un jamoncito serrano listo para saborear!

No me abroché la prenda, en su lugar, al ver que me quedaba muy larga de las mangas, me las arremangué primero, despacio, perfeccionando el dobléz en cada giro hasta que me quedó encima del codo, pese a que todavía me tragaba.

—¿Me la abotonas o me quieres ver el canalillo? —consulté mordaz y mezquina.

Se le tensó la mandíbula y nuestros ojos conectaron tras una rápida inspección a mis atributos.

Como el macho que era, soltó mi ropa en el suelo, y con solo la braguita en una mano, cortó el espacio que nos separaba y me cogió de la camisa con un poco de fuerza, lo que me hizo dar un paso al frente y luego retroceder porque lo tenía mortalmente cerca.

—Me parece que con unos cuantos botones estará bien —canturreó con una sonrisita maliciosa y me abotonó los tres de en medio—. Después de todo, así tendré más fácil acceso a tus hermosas tetas, podré sacarlas sin desvestirte, a la hora que quiera y como quiera... podría... no sé, tomar una

ahora que me estás provocando. —Dejé de respirar y sus dedos se movieron con inteligencia sobre mi cuerpo, rozando mis pechos con el dorso de la mano—. ¿Sabes?, se te transparentan deliciosamente los pezones, puedo ver tus areolas rosaditas y redonditas que me piden ser lamidas hasta que se crispen. Y, ¿qué decir de tus pezones bien erguidos que crean una exquisita sombra sobre la tela. Los tienes tan duros... —siseó y su pulgar se alargó hasta tocarme uno de mis botoncitos.

Jadeé, no pude evitar que el gemido femenino prorrumpiera entre mis labios y mi respiración honda elevara mis pechos.

Sonrió más grande.

—¿No crees que si solo dejo estos tres botones estarías más cómoda para poder darme tus pechos? —consultó con elocuencia y falsa inocencia.

Aun así, me la tragué y asentí como muñequita sin opinión, con las ganas que me dieron de decirle que podía darme un ejemplo sobre cómo sería poner en marcha tal estrategia, pese a que estaba tan alhelada que no salió palabra de mi boca.

Sonrió con malicia, se inclinó sobre mi cuerpo, con sus manos que desplazó hacia mi cintura y me hizo alzarme para que tuviese acceso a mi boca a solo unos centímetros de la suya, con sus ojos tan cerca que vi toda la gama de azules que pringaba sus iris.

—Podrías acortar tu sufrimiento, hermosura, podrías solo decir lo que quieres que te haga, rendirte antes de que toda la larga lucha de poderes que quieres instaurar te engulla y te quedes atrapada en una situación en la que tu orgullo te impida gozar de lo que necesitas —susurró con suavidad.

Me perdí en sus ojos, en su boca, en su aliento que hizo cosquillas en mi piel, en ese aroma mentolado, y el almizcle masculino que perfumaba su piel. Lo miré sin poder respirar, con las piernas débiles y el sexo calentito que, con sus ojos, alcanzó nuevas temperaturas.

Lo miré y lo miré hasta que mis dos neuronas hicieron conexión y negaron ante mi dejadez.

—Creo que, él que quiere terminar todo, eres tú. ¿Será que verme casi sin ropa te pone demasiado cachondo y no te puedes contener? Solo imagínate, podrías saborearme con tu boca, desde la mía hasta terminar entre mis piernas, entre mis muslos de miel, probar el almizcle que me cubre cuando alcanzo el cielo, podrías descubrir la tersura de mi sexo, podrías ver lo estrecho que lo tengo... Sí, lo tengo bien apretado, terso y depilado, tan delicado que tu dureza podría destrozarme, claro, si dices que eres un bruto cuando te excitas... podrías machacarme con tu virilidad, después de todo, soy pequeña y tú estás bien alto y grandote, ¿verdad? Apuesto que esa idea te enloquece, porque a mí también. Sin embargo, yo llevo mucho tiempo de celibato... —Dejé de sonreír, puse una mano sobre su pecho y me separé, ganando terreno—, mucho más tiempo del que te imaginas, vaquero. Entre estas piernas no ha habido macho desde hace mucho y, como tal, puedo esperar.

Su gesto se compungió y apretó, así como su mandíbula. Sus fosas nasales se expandieron, cerró los ojos, ladeó la cabeza para estirar el cuello y luego soltó la aprensión que cerró sus manos en dos puños contenidos y pálidos.

—Deberías ponerte las braguitas, mi novilla, luego haz lo que quieras con tu tiempo, aunque claro, vendré para almorzar contigo. Si quieres, puedes poner el horno con las instrucciones que dejó Magda en la cocina, si no, lo hago yo, no tengo líos con ello. Eso sí, me esperas bien tranquilita en el piso de abajo, te quiero vestida con lo que te he dado, solo con esos tres botones, porque serás mi delicioso postre y no sabes lo mucho que lo voy a disfrutar.

La tensión se difuminó de su semblante, se irguió cuan alto era y sonrió como el cretino que podía ser y tras tomar mi mano y soltar las braguitas blancas con un diseño aniñado, salió de la

habitación, guiñándome un ojo antes de cerrar la puerta y dejarme plantada sin que pudiese contener el suspiro caliente que me hizo tiritar ante tal espécimen.

Tenía la habilidad de enloquecerme...

El juego acababa de comenzar e iba a disfrutar de lo lindo con el vaquero, lo iba a disfrutar tanto, que de inmediato mil ideas cruzaron por mi cabecita, algunas a poner en práctica con mi toro bravío e indomable, y otras para mis novelas.

Por eso decía que todo esto lo hacía por el bien de mi carrera, lo demás era pura ganancia y estrategia, nada más.

¡Prioridades, eso era!

CAPÍTULO 10

UNA VAQUITA CALIENTITA

Tras su retirada, aguardé por unos minutos, con los ojos fijos en la puerta y la vaga esperanza de que regresara para terminar lo que comenzó.

¿Cómo era posible que estuviese tan caliente por un hombre que apenas conocí minutos atrás? Sí, seguro, hablamos por mensaje unos días, lo vi desnudo, bueno casi por completo, y él también me vio en mi traje de Eva, pero no sabía mucho sobre el vaquero.

Era cierto que, en ninguna de mis relaciones previas, me guie por la abstención, no obstante, jamás sentí tanta química con ninguno de mis exnovios, pese a que no podía considerar al «niño bonito» como una pareja. El potencial estaba a la vista, el problema es que no parecía dispuesto a consumir una relación romántica en la que los sentimientos estuviesen involucrados, solo quería... algo carnal.

De momento, estaba de acuerdo con ello. Una chica se podía permitir poner en práctica sus fantasías, hacer su trabajo de campo y dejar que un macizorro se coma sus tetas hasta que sus dos neuronas hagan cortocircuito y luego se fumen un buen cigarrillo.

Las malditas querían faena y yo también, el hámster tenía sus reservas y por mi animalito interno, esperaba que el hombre de las nieves no regresase, porque no estaba segura de soportar otro ataque de su inteligente y dominante cerebro, mucho menos de su cuerpo de dios griego que estaba para chuparse los dedos.

Esa dualidad... me hizo chistar.

Aguardé unos segundos más y al estar segura de que la puerta no se iba a abrir, me acerqué al espejo y me miré por primera vez desde que me puse su camisa, curiosa y expectante. Me quedaba grande, me tragaba de los hombros, pero mis pechos parecían abrir la tela sin abotonar hasta aferrarse en mis cumbres que, como dijo, se transparentaban.

Tragué saliva.

A contraluz podía ver mi cintura, parecía más pequeña de lo que recordaba.

Inspiré hondo y puse una mano en lo alto del espejo, bueno, lo más alto que llegaba y me acerqué para verme la piel sonrojada de las mejillas, así como mis ojos verdes que brillaron con especial claridad. Mis labios estaban hinchados y no pude precisar si fue por su culpa o por mordirme tanto.

Pese a lo holgado de la camisa, al ser de hombre, en las caderas se empequeñecía y las mías estiraban la tela unos centímetros, lo justo para que se abriesen y dejaran ver mis braguitas más sensuales, unas braguitas rojas, un rojo oscuro, con una tira de encaje en las piernas y trasero.

¡Por la madre Teresa! Parecía una chica de esas que salían en los calendarios, una chica súper sexy que te imaginas con un hombre rudo, grande, de esos que no se contienen.

Me mordí el labio con malicia.

Al parecer, no solo me veía como una de esas modelos, sino que podía tener al buenorro dueño

de un viñedo para que se ocupara de mis necesidades... femeninas.

Con una sonrisa ladina, pasé la mano libre por mi cuerpo, desde el cuello, por los pechos que se incentivaron, mis pezones se irguieron con delicia ante la caricia, bajé por la cintura, me apreté el vientre, cuando llegué a la cadera jalé por encima de la camisa la pequeña braga que estaba empapada.

De haber visto el vaquero cómo me tenía de mojadita, seguro no se hubiese ido tan deprisa sin quedarse con el aroma que brotó de entre mis piernas cuando deslicé la braga por mi cadera y el pubis quedó al aire.

Me gustó la Julieta sensual, así que me guiñé un ojo y le sonreí a mi reflejo, coqueteé con esa preciosa mujer cuyas pupilas se dilataron cuando me terminé de bajar las braguitas que se enrollaron en mis muslos y luego cayeron al suelo.

Inspiré hondo y la posición de mis piernas juntas me impidió ver mi sexo rozagante que punzó.

—¡Julieta, Julieta! Como sigas excitándote con pequeñeces, perderás la partida —me regañé con tristeza y desesperanza.

¡Bah!, quizás el celibato no jugaría a mi favor. Bueno, tal vez tendría que hallar otra manera para ganarle al vaquero, así me hacía con el dominio del juego y bueno, uno nunca puede predecir lo que va a pasar cuando una mujer tiene el control.

Una sonrisita pueril adornó mis facciones y luego cogí las nuevas braguitas para encajar mi cuerpo de adulta en aquella prenda infantil que, por suerte, estiró para acoplarse a mis curvas.

—¡Ahora sí estoy preparada, vaquero! —exclamé al atusarme el cabello y darme un breve repaso en el que le di el visto bueno a mi nuevo atuendo.

* * *

Una vez espanté el espíritu combativo que rondó por mi mente como un fantasma maquiavélico, me apliqué a desempacar mis cosas, en especial el portátil, la cabeza me hirvió rogando por derramar en la página en blanco la idea que se me acababa de ocurrir. Era un borrador, nada fijo, nada claro. Una historia corta entre un hombre de un planeta en el que la raza humanoide era una mezcla entre diversas plantas y un humano, con la piel verde suave, con los músculos fuertes, unos seres altos, masculinos y buenorros, ¡cómo no!, cuya especie estaba en peligro de extinción y querían encontrar una raza a la que fuesen compatibles, ya que la evolución los privó del sexo femenino gracias a que las hembras no soportaban que los machos fuesen más altos y crearan mil sombras que no solo les impedía crecer a las féminas y hacer la fotosíntesis, sino que con cada parto morían más y más y las pocas mujeres que quedaron, con el tiempo, desaparecieron. Los hombres plantas, o los Derstins, como decidí nombrarlos, eran dominantes, hombres territoriales que necesitaban a hembras sumisas y dispuestas a dejarse dominar por sus brazos fuertes, mujeres que resistieran la *inoculación* de sus mil ramas, bueno, de una de sus ramas, no iba a poner que una mujer fuese penetrada por mil ramitas verdes cuyas puntas se mueven en la cavidad femenina hasta encontrar el punto exacto para hacer que la hembra se corra y entonces sí, inocularla con su almíbar para dejar su vientre listo para la enorme polla del hombre planta, con una ramita bastaba.

Los Derstins tendrían una historia trágica que los endureció, por supuesto, al ser hombres planta, por debajo de los metamorfos de distintas especies de planetas circundantes, eran considerados menos fuertes por no ser carnívoros, y por tal razón, años atrás, se vieron sometidos por la tiranía de los hombres hienas del planeta vecino, lo que hizo que durante muchos años sirvieran a otra raza y se endurecieran bajo la fría opresión de aquellos que se querían hacer con sus tierras fértiles, llenas de minerales de incalculable valor. Por eso se convirtieron en fuertes machos guerreros que, a través de su conexión con la tierra podían crear y desarmar diversas trampas y armas, además de que tenían los medios para ser los perfectos espías al utilizar la red de conexión entre la tierra y sus propios *Blurys*, que serían como su cola, aunque más bien eran una extensión de su columna que servía para conectarse a la tierra, para inocular a las damas, entre otras funciones que mantenían con sumo secreto resguardados para evadir el sometimiento de otras razas.

Como en casi todos los libros de *Sci-fi* romántico, la chica llegaría al planeta buscando algo más. En el borrador se me ocurrió que su nave, tras un desperfecto que la dejó a la deriva, arribaría en el único planeta «disponible» en la galaxia. Según el registro de la flota espacial humana, el planeta de los Derstins no estaría clasificado como un planeta con vida y mucho menos beligerante, así que, confiada, la protagonista se estrellaba a unos kilómetros de la zona habitada por una colonia de Derstins.

Por supuesto, el calor al entrar a la atmosfera del nuevo planeta con una nave casi arruinada, la hizo desnudarse hasta quedar solo vestida con sus braguitas. El traje espacial no era cómodo para el ambiente tropical, y nuestra prota necesitaba de un respiro.

En la escena, sale de la nave y se desmorona a unos pasos, en busca de agua y sombra, la sombra que tanto necesitaba para cubrirse de los fuertes rayos solares que calientan su piel morena hasta teñirla y dejar que una suave capa de sudor la haga brillar.

Antes de acabar el capítulo, narrado en tercera persona, un hombre grande, musculoso, solo vestido con un taparrabos con forma de hoja, se acerca a nuestra prota y la ve desde arriba. Ve a la suave y delicada humana de curvas exuberantes que está desmayada sobre la tierra y lo sabe... quiere

inocularla. Su polla grande y su rama verde y viva que sale de su espalda se crispa ante la suavidad de aquella piel morena, tersa, que se le antoja deliciosa.

La chica se remueve y jadea bajo el cobijo de la sombra que enfría su cuerpo, sin saber que es un hombre y no un árbol como al principio piensa al ver sus piernas gruesas, firmes y verdes.

Su torso se expande, sus pezones se endurecen con una suave brisa que la refresca cuando es alzada por el Derstins que, con ojos golosos, observa las delicadas facciones de la criatura que ha llegado a su planeta para quedarse como su pareja.

Tenía que buscarle un nombre a aquello, lo de «pareja» sonaba vacío y no iba a funcionar. A las lectoras y a mí —en especial a mí—, me gustaba la idea de establecer algo más que solo una pareja convencional de la vida real, la idea de exponer una relación en la que se vislumbrara un vínculo entre las dos almas que se deseaban tanto, que no les importara nada más a su alrededor, mucho menos durante el sexo, una pareja que fluyera en una conexión Inter dimensional que les hiciera alcanzar las estrellas, que fuese más allá de un orgasmo vacío, más que una arrolladora pasión que les hiciera sentir el deseo de unirse al otro en cuerpo y alma. Quería que lo que entre ellos surgiría, fuese tan fuerte para romper cualquier prejuicio, que la lujuria se desbordara de sus cuerpos.

Claro que quería mucho más que una simple caricia, que un simple roce, que una simple sensación, y aquello debía tener un nombre, un nombre que los uniera, que le hiciera entender al lector que había una sensación de correspondencia que nada ni nadie podría anular.

Mis dedos se movieron sobre el teclado. Llevaba tres capítulos escritos. En el primero, daba un poco de contexto, en especial de la tribu Derstins en la que la última hembra había muerto tras un parto aparatoso en el que el bebé logró nacer. El líder de la tribu, de los pocos que no pudo tener pareja, se encontraba en una junta con los dirigentes. Las voces se alzaban para pedir la palabra, los hombres, jóvenes y viejos, se enzarzaron en una lucha de poder para establecer, por encima de los demás, su autoridad y así exponer sus ideas. Tenían que armar un plan para hacerse con mujeres y así evitar la extinción. Minutos antes de la muerte de la pobre Derstins, se pensaba que podrían poblar la tribu a través de inocularla entre todos, al final, su pareja no estaba conectada a ella, simplemente fue un acuerdo, no tenían el vínculo, por lo tanto, podían tomarla, podía convertirse en la mujer de la tribu y engendrar un hijo para cada casa.

Lo del harem inverso no siempre funcionaba, pero requería una medida extrema para repoblar a los pobres Derstins sin que eso significara olvidar ese lazo que se formaría entre los protas, porque al final, sería una lucha para conseguir a nuestra pobre protagonista, una exploradora de categoría seis de la flota intergaláctica humana, que se encargaban de enviar nueva información sobre lugares desconocidos para rellenar la base de datos de las diferentes galaxias con el fin de colonizar nuevos planetas, en su mayoría vacíos, ya que la tierra estaba entrando en sus últimos días de vida.

En el capítulo dos, los protas se encontrarían, ella se estrellaría en el planeta, se desnudaría y saldría de la nave para tratar de hidratarse, de encontrar algo que le sirviera, pese a que el verdor de los innumerables árboles, las lianas y la flora en general la aturdieron bajo las inclemencias de los rayos solares.

En el tercer capítulo, se despertaría desnuda, en una cama hecha de cómodas hojas, ramas y un verdor mágico que le robaría el aliento, en especial por esa suave pulsera hecha de ramas verdes y flores hermosas, rosadas y purpuras, que decorarían su brazo, sin saber que ese sería el pacto de unión de los Derstins, porque el prota la reclamó ante todos sin si quiera oír una sola palabra de mi pobre heroína.

Me estiré feliz, con los dedos adoloridos, las caderas entumecidas y la piel sonrojada.

Imaginarme al tremendo Derstins me hizo pensar en el hombre de las nieves que me había traído

para comerme los pechos. Por alguna razón, mi personaje resultaba muy parecido al «niño bonito».

¡Ahora ya serían dos con el Conde!

No lo iba a admitir, mucho menos cuando mi protagonista tenía la piel verde y los ojos del color de las esmeraldas, pero... sí, se parecían un poco, solo un poco, nada grave, era más en ese tono demandante, territorial e imperativo que ocupaba para dirigirse a todos y en ese andar arrogante que no acepta una negativa, que toma todas las decisiones, pese a todas las objeciones de la pobre protagonista, a la que no dejaría ni vestirse porque ella era suya, y como tal, él estaba para encargarse de todas sus necesidades.

Mis fetiches salieron a relucir con aquel libro que apenas estaba en pañales, pero es que me era muy difícil no pensar en el deseo insano y corrosivo que un hombre tendría en ese punto para anhelar tanto a una mujer al punto de sacar a flote un lado oscuro y sensual. Quería que el protagonista deseara mantener al lado a su pareja, no dejar que nadie la viera, la tocara o, si quiera, la oliera. Aquel interés que repelía la infidelidad se me hacía tremendamente erótico. Quería alguien igual de territorial, me gustaba aquello. Quería gustarle tanto a un hombre... que enloqueciera y se olvidara de ser un caballero y se convirtiera en una figura protectora y dominante que me mojara los muslos con una de sus férreas miradas.

Suspiré y guardé la última actualización del documento. Me quité los lentes y los envié directo a la mesita, con el dolor punzante en el puente de la nariz.

—Supongo que no me disgustará verte escribir si suspiras tanto, en especial si te ves como bibliotecaria sexy —musitó el «niño bonito».

Di un respingo porque no sabía que me estaba viendo, ni siquiera sentí cuando abrió la puerta y se quedó recostado contra la moqueta como si no tuviese nada mejor que hacer, con las manos entrecruzadas sobre sus pectorales hinchados, al punto de que el botón rogó para no salir despedido.

Tragué con dificultad y cerré la portátil con más fuerza de la requerida, me paniqueé, no quería que supiera qué estaba escribiendo, aquella historia en la que, pese a cambiar ciertos detalles del físico de los protagonistas, era evidente que éramos nosotros, el Derstins no podía ser otro que el gruñón que me miró con la ceja enarcada y recorrió mi cuerpo encogido sobre la cama.

—Si así te ves cuando trabajas... —prosiguió petulante.

Me repasó desde las piernas desnudas, enrolladas, una sobre la otra, dejándole ver las braguitas blancas con dibujitos de nubes que me hizo ponerme, algo que agradecí porque eran cómodas, suaves, de buen algodón que traspiraba. Subió por mi abdomen cubierto y mis pechos apretados gracias a la posición de mis manos, enseñando más escote del que debería.

Se irguió y desenrolló las manos para metérselas en sus pantalones, guiando mi vista hasta su protuberante erección.

Dejé de respirar y un escalofrío se extendió por mi cuerpo cuando se acercó a la cama con pasos cortos.

—¿Qué escribías, hermosura?, ¿qué historia mantenían tus dedos presos de tanta pasión, y tu carita con esa expresión lasciva que casi me hace atacarte? —inquirió y quitó la portátil de su paso.

En un acto mecánico, me eché para atrás, desenrollando las piernas, algo que aprovechó para jalarme de los tobillos y llevarme hasta su cuerpo que se cernió sobre mí.

Su sonrisa se ensanchó.

Mi respiración se volvió truculenta, mis ojos se perdieron en el azul de sus iris y tragué cuando llegué a sus labios que humectó con la punta de su lengua.

—Si reviso tu portátil, ¿qué historia interesante encontraría?

Suspiré entrecortado y mis manos empuñaron la sábana, como si eso liberase la tensión sexual

que me tenía pegada a la cama, en vertical a su cuerpo.

¡Santa virgen del perpetuo socorro!

Ronroneó y me quitó un mechón de cabello.

—¿Cuánto quieres por tus pensamientos, mi hermosa novilla? Podría pagar un precio justo, quizá te dejaría tener una de esas cosas que quieres...

Parpadeé confundida.

—¿Cosas que quiero...?

—Sí, dijiste que ni siquiera sabes mi nombre, ¿verdad? Podría dártelo a cambio de un precio justo. Un intercambio de favores —indicó con el tono sombrío, así como sus ojos que se oscurecieron.

Su mano libre, con la que no se estaba sosteniendo, me acarició la mejilla y luego dibujó el contorno de mi labio.

¡Por la santa macarena!

El impulso eléctrico que envió desde su dedo hasta mi sexo espoleó cada parte de mi sensible cuerpo.

Dejarle o no dejarle ganar, he ahí el problema y vaya problema.

Tragué saliva.

¡Mierda, por qué tenía que ser tan jodidamente seductor y estar tan cachondo!

«Solo quiero mojar la punta del pan, santo niño de atocha. Solo la puntita, con la puntita me conformo para hacer la danza de la lluvia, el baile del vientre y dejar que las cataratas del Niágara se abran paso entre mis piernas».

¡Coño, que solo era la puntita!

Sonrió más grande, esa sonrisa moja-bragas y luego bajó por mi cuerpo, mordisqueó mi mandíbula con tal sutileza que me estremecí, luego descendió hasta mis pechos casi expuestos y, sin quitarme la camisa, me lamió el pezón derecho con ardor.

Me retorcí, mi sexo se cerró en un profundo espasmo y, sin querer, mi mano se fue a su cabello para jalarle la melena oscura.

¡Delicioso!

Cerré los párpados y esperé a que siguiera, pero no lo hizo. Abrí los ojos y lo miré desde mi posición. Con delicadeza, tomó mi muñeca y me hizo soltarle. Para después erguirse sobre sus pies, tan elegante como podía ser el vaquero y me miró desde su altura con burla.

¡Maldito hijo de la changa de su madre que no le enseñó a no dejar a una dama en medio de un orgasmo mental!

Se me frunció el entrecejo y el calor se me bajó de un plumazo.

—Juegas pesado, ¿verdad? —inquirí enojada, me alcé sosteniéndome de los codos, para no romperme el cuello gracias a su altura.

Se encogió de hombros y volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Además, no deberías estar espionando a los demás, no se supone que puedo usar mi tiempo libre y...

—No estás en tu tiempo libre, hermosura. Esa es la cuestión. Se suponía que hace media hora tuviste que haber bajado, para esperarme como una buena novilla. Debiste aguardar para que comiéramos juntos y luego me devorara tus tetas, para así comenzar a incentivar la producción de leche, pero, por lo visto, parece que se te olvidó nuestro pacto... Tal vez también debería olvidarme de todo y ya sabes, quizá podríamos acelerar la situación y hacer que bebas algo para que pronto me alimentes como tanto quiero y, bueno, con eso ya estaríamos a mano.

Me atraganté y negué con la cabeza, sorprendida por el giro que le dio a su palabrería.

—No, no. A ver, se me fue el tiempo, nada más. No he incumplido a propósito. Además —me levanté de un salto, en el que lo hice retroceder un paso—, se supone que duraría un mes, ¿verdad?

Se rascó la barbilla y me repasó.

—¿Realmente puedes con un mes? Estás segura de que podrás estar día, tarde y noche aguardando para que te ordeñe como la buena novilla que deberías ser. Por mí, podría acortar el proceso, soy médico, sé cómo hacer que tus tetas produzcan lo que necesito, lo que ambos deseamos...

—Ah, no, yo no he pedido cambiar las reglas del juego —apunté apurada, porque las imágenes de su boca succionando mis tetas volvieron para atacarme, en especial porque, si lograba su cometido, el siguiente paso sería ser criada por el hombre de las nieves.

Entrecerró los ojos y volvió a sonreír, divertido.

—¿Tienes miedo?

—¡Miedo, NO! Por supuesto que no tengo miedo —negué con efusividad y se me salió un «gallito».

Casi se ríe, se contuvo para no burlarse en mi cara, pese a que su gesto presumido lo hizo por él, aunque, debí admitir que se veía tremendamente atractivo con la arrogancia haciendo alarde de su masculinidad.

¡Joer, por eso no podía estar al lado de un gilipollas, porque se me doblaban las piernas y se me caían las bragas!

Agradecí que la pretina de las braguitas infantiles resistiera al impulso de mi cuerpo por quererle poner en cuatro, desnuda y dejarse preñar por el toro.

¡Cálmate, Julieta, no pienses con la entrepierna!

—Sí, tienes miedo, lo veo clarísimo en tu expresión, pese al deseo que modifica tu cuerpo que pide rendirse. Apuesto que, si presiono el botón correcto, no solo te convertirías en sumisa, sino que me rogarás para que me lacte de tus tetas.

El hámster en mi cerebro trató de despertar a mis neuronas, pero las muy estúpidas estaban bien dormidas tras los capítulos que escribí. Una alarma se encendió tras mis ojos que indicó que había falla en el funcionamiento cognitivo.

«¡Mierda, Julieta, concéntrate por una vez!»

Cortó el espacio que había entre nuestros cuerpos y con el dorso de sus manos me tocó la cintura y subió hasta contornear mi pecho, lo que me sacó el aliento contenido en estremecimientos continuos que me hicieron suspirar. Subió por mi cuello hasta llegar a mi mandíbula que cogió entre sus dedos para alzar más mi cabeza, porque, sin tacones, estaba muy por debajo de sus ojos.

—Apuesto que quieres decir que sí. Ya te dije, no te dejes llevar por tu ego, lindura, en su lugar, deja que sea yo quien te lleve al éxtasis —ronroneó como gatito, aunque aquel era todo un depredador, el rey de la selva, un león dispuesto a enseñarme los colmillos ante la mínima provocación.

Y yo solo era un tonto hámster que quería mostrarle mi colita esponjadita para que me lamiera por completo con su lengua larga y mojada.

El hámster se rindió, cogió los platillos del mono y se los reventó en la cabeza a las neuronas para que se levantasen y al fin me corriese el cerebro.

Mil ideas pasaron por mi mente, mil alternativas en las que me vi siendo dominada por el vaquero una y otra vez. Un mes era bastante tiempo si íbamos a convivir a cada momento. El corazón me martilló dentro del pecho, el vientre bajo se tensó y le negó al cerebro en un claro

mensaje: ¡no íbamos a aguantar, se acercaban mis días más susceptibles y no, ya quisiera que fuera la menstruación, no, al contrario, era la ovulación.

¿Podría someterme durante un mes entero a que me estuviese comiendo los pechos día, tarde y noche, con esos ojos azules que me arrebatan el oxígeno y me hacían temblar como perro salchicha en pleno invierno?

¡Estaba perdida!

CAPÍTULO 11

U N A V A Q U I T A T E N T A D A

Me sonrió como el cretino que era, deslizó el pulgar por mi labio y dejé salir todo el oxígeno que tenía en los pulmones cuando me prendí de su mirada extremadamente azul que revolvió todo mi interior.

Las mariposas en mi vientre se incendiaron y, como polillas, querían ir tras el incandescente calor que emanaba de su centro.

¡Malditas mariposas!

—Supongo que tendré que aguardar el mes, aunque, teniendo en cuenta que eso me da más tiempo para tomar tu cuerpo de mil formas distintas... —Encogió los hombros y un brillo perverso titiló en sus pupilas oscuras.

Respiré hondo, pese a que estaba muy lejos de sentirme aliviada, al contrario, la mortificación caló en mis venas cuando se acercó y rozó mis labios en una especie de beso que me aturdió de lo delicado y caliente que fue.

Nunca me besaron de esa manera, nunca me permití ver de cerca a un hombre cuando me besaba. Ni siquiera pude entornar los párpados, en su lugar miré su rostro masculino, la forma en la que sus pupilas se dirigieron a mi boca, para luego dejarme con la miel en la punta de la lengua.

Mil alertas de tsunami se encendieron, pero el agua no retrocedió, no podía hacerlo con su cuerpo alejándose.

Se irguió y me miró divertido, pese a que el deseo que brotó de su cuerpo fue tangible, en especial porque su bragueta estaba por estallar.

—Creo que es hora de comer y luego... Mi postre —musitó con una oscuridad latente que casi me hace desmayarme cuando el socavón en mi vientre dio mil vueltas y derruyó mi racionamiento.

¿Un mes, dijo? Uf, así como iba ni el minuto aguantaría.

Sin decir nada, cogió mi mano, se la llevó a los labios donde depositó un suave y exquisito beso que me puso el vello como escarpia y luego me jaló para que lo siguiera hacia el piso inferior.

Un mes así... ¡Debí aceptar su propuesta, al menos así tendría más posibilidades!

Pero no... Mis neuronas tenían tan pocas conexiones neuronales que les fue imposible entender las implicaciones de alargar nuestra estadía en aquella casa, con aquel vaquero que me iba a mantener siempre deseando más.

Bajé por las escaleras detrás suyo, pese a que se giró para ver cómo me deslizaba a través de los escalones. Sus ojos se fueron directo a mis pechos que se agitaron con el descenso. Inhaló profundo y estuvo a punto de detenerse, mil pensamientos pasaron por sus pupilas y luego siguió.

Cuando llegamos al piso inferior, la comida estaba servida en la mesa, todo perfectamente ubicado.

Se me olvidó el incendio en el vientre bajo, se me cayó cualquier prejuicio que tuviese contra el vaquero y lo cierto es que me costó entrever su carácter, predecir su personalidad. Por sus formas

bruscas, esperaba que me dijera que cocinara, que pusiera la mesa, que ordenara y luego me diese una nalgada para pedir una cerveza, pero no fue así. En su lugar, me esperó con la comida caliente, emplatada con finura e incluso sacó la silla de la mesa para que me sentara.

Por supuesto que aprovechó para tocarme cuando me senté, cuando sus manos repasaron mis brazos y me pellizcó un pezón.

—Quiero que comas bien, mi novilla, nada de comida basura. Quiero ver que tu cuerpo se llene, así tendré más de dónde agarrar cuando al fin te empotre. Además, eso ayudará cuando me amamantes —musitó contra mi oreja y amasó mi pecho por unos segundos antes de erguirse y sentarse en la cabeza de la mesa, a mi lado.

No esperó más formalismos, solo acomodó la servilleta de tela sobre su regazo y comenzó a comer.

Verlo ingerir un gran pedazo de carne me hipnotizó. Partió el filete con destreza, sin hacer chirriar los cubiertos con la porcelana del plato y, cuando se la llevó a la boca, masticó con elegancia y masculinidad, con los labios cerrados. Una pequeña capa de salsa quedó pegada a sus comisuras y, cuando se los lamió, una punzada erótica me hizo desear ser comida con tanta exquisites por su boca.

Tragué saliva y cuando alzó los ojos desvié la mirada, acalorada y sonrojada.

Me ardieron las mejillas como nunca lo hicieron. Jamás esperé que fuese tan placentero verlo comer un sencillo platillo. No tenía sentido, al mismo tiempo, envidié a la vaca que se ofreció para tan delicioso destino.

Por suerte, fue una locura momentánea, y el hambre que anidaba en mi interior se despertó cuando mis ojos se fueron a la comida. No había probado bocado desde el día anterior, aunque eso era normal en mí, mi estómago reclamó cuando el olor de la comida danzó a través de mis fosas nasales.

Me faltaba mi dulce veneno azucarado, pero tendría que hacer el esfuerzo, ya luego vería como traficar mi comida insana para que el hombre de las nieves no me privara de mis complejos gustos.

Me relamí como la carnívora que era y le hiqué los dientes a la comida, olvidándome momentáneamente del macho que me observó cuando comí entre gemidos y estremecimientos porque, a decir verdad, aquel platillo estaba tan bueno, que casi tengo un orgasmo.

Claro estaba, aquello no adjuró nada bueno, puesto que incentivé tanto al vaquero con mis jadeos, que no tardó en vengarse por mantenerlo con una gran erección que no podía calmar entre mis piernas.

¡Maldito pacto!

* * *

—¡Delicioso! —exclamé cuando me acabé el último bocado y al fin pude regodearme en la silla. Su mirada intensa me hizo girar para buscar de dónde provenía esa sensación de resquemor electrizante que caldeó mi piel. Sus ojos azules, muy oscuros, me observaron con un brillo particular que me hizo tragar saliva.

—Me toca mi postre, hermosura, así que... Ven acá —ordenó sin esperar a que procesara lo que acababa de decir.

Me mordí el carrillo y asentí.

No pude reaccionar con más astucia, los capítulos escritos sacaron al hámster de la rueda y mis pobres neuronas no estaban por la labor de trabajar tras tener el estómago lleno, demandando sangre, así que solo me levanté cuando tomó mi mano, sin ponerse de pie, porque estábamos al lado. Me hizo pararme enfrente suyo.

¡Maldito mal del puerco que me nubló el juicio!

Lo miré desde arriba, sin perder detalle de su gesto impertérrito que demandó mi atención con sus pupilas fijas en las mías, que bajaron por mi cuerpo, por mis pechos que se inflaron con la aspiración honda.

Arrastró la silla hacia atrás y me guio para que me acercara hasta que puso sus dos manos sobre mi cadera y me hizo ponerme a horcajadas sobre sus muslos corpulentos.

—No sé si... —pero ni siquiera pude objetar nada coherente, mi cabeza se quedó en blanco.

El vaquero no apartó la mirada cuando me senté sobre sus piernas y me desplazó justo en la posición correcta para que nuestros sexos quedasen uno sobre el otro, con la diferencia de que no se estaban tocando.

Sin hablar, porque parecía más serio que la primera vez que me tocó, llevó mis manos hacia sus hombros. Me tomó de la cintura, arrastró las manos hacia arriba. Me abrió un solo botón de la camisa, lo justo para apartar la tela blanca y descubrir mis pechos.

—Tienes las tetas más jodidamente excitantes que he visto —musitó por lo bajo, con la mirada fija en mis pechos grandes y colmados que subieron y bajaron con cada profusa respiración.

Me mareé ante tanta masculinidad, ante su contención, porque no me atacó como en la mañana, al contrario, se tomó su tiempo para destaparme, para pasar las manos por mis globos de carne y amasarme con cuidado. Lo hizo despacio, torturó mis senos con delicados roces, sus dedos bailaron alrededor de la areola despertando mis pezones por completo, para luego ser pellizcados con sus dedos. Fueron pellizcos sin fuerza, pero con tanta lascivia de por medio, que temí mojar su bragueta.

La electricidad fluyó desde mis senos hasta mi necesitado sexo. Gemí y me estremecí. Apreté su camisa entre las manos, pero no lo apuré.

Sus índices dibujaron mis picos, se entretuvieron jugando con el botón rosado que se irguió hasta su máximo esplendor. Sus ojos quemaron mi piel, pese a que lo vi todo..., cada cambio de respiración, cuando su boca se entreabrió, cuando se humectó con la punta de la lengua los tiernos y masculinos labios, cuando sus pectorales y bíceps se ensancharon y cada músculo de su cuerpo reclamó mi cercanía.

Subió una mano con aspereza, arrastrando mi piel con su tacto, la llevó desde mi pecho que apreté, hasta mi cuello en la que se enroscó para maniatar me y posar sus ojos en los míos.

—No sé si voy a soportar un mes sin tenerte, pero supongo que valdrá la pena ver tus ojos ardiendo en llamas cada vez que te toque. Vamos, mi pequeña novilla, deja que te torture solo un

poco más —apostilló antes de bajar la boca a mis pechos y comenzar a succionar con extremo erotismo, despacio, con pequeños lametones que calmaron las ansias de mi vientre por un segundo, antes de incendiarse en una hoguera.

Gimoteé y dejé caer la cabeza. Sus manos se afianzaron de mi cadera, bajó mi cuerpo lo más que pudo, pese a que nuestros sexos no se conocieron gracias a los reposabrazos de la silla que me impidieron abrir más los muslos para que nos tocásemos. En su lugar, me puso en el punto correcto para lamer mis pechos, para comérselos con fruición.

Succionó mis tetas con un entusiasmo desconocido, con una devoción que se juntó con su hambre, que me hizo pasar las manos a su cabeza y enredar los dedos con su sedoso cabello.

Lamió, chupó y mordisqueó mis pezones sin descanso, hasta que la respiración me faltó, hasta que el vigor de su lengua arrugó mis botones. Grité, temblé y me aferré a su cabeza.

Bastó un solo roce de su dureza para enviarme a la luna, solo bajé por un breve segundo las caderas para sentirlo y estallé con su boca haciendo milagros en mis pechos.

Un gruñido lobuno emergió de sus labios y se atascó en mi carne. Ese fue el pitido de salida para que su animal volviese al ataque y me comiera con bravura, que me lamiera y mordisqueara con más aprensión, enviando mil latigazos a mi sexo que se caldeó y electrificó hasta estallar en una supernova gigante con la que temblé, lloriqueé, me pegué a su cabeza y me estremecí con cada nueva succión.

Cuando supo que ya no podía más, tras varios tortuosos minutos de lamidas más distendidas, se alejó, dejándome que cayera laxa sobre su hombro, que me tomara el atrevimiento de desconectar mi cerebro, con las reminiscencias del orgasmo controlando mi cuerpo que tembló cada vez más suave.

—Así es, mi preciosa novilla, quédate conmigo, deja que te regale mil orgasmos, que tu cuerpo explote con mi boca y me pertenezcas... Tarde o temprano podrás sentir más, solo dilo y pasará... —incitó con un tono oscuro y dominante, un tono sugestivo en el que pude entrever la realidad de sus acciones.

Más relajada que él, porque los dos orgasmos, pese a ser sutiles, fueron demoledores, moví las rodillas y logré sentarme sobre su entrepierna, empapándolo por completo.

Gimió hondo y varonil.

Me alejé de su cuello y lo miré confiada, volviendo a sacar, aunque fuese, una pizca de atrevimiento.

Sus pupilas se agrandaron al máximo, sus manos en mi cadera me apretaron y sus dedos se incrustaron en mi piel, al punto de ser exquisitamente doloroso.

Agité las caderas para rozar su longitud.

—Apuesto a que quieres que claudique ahora mismo, que me desnude por completo para ti... —indiqué perspicaz sin dejar de moverme.

Su boca se entreabrió, su ceño se frunció, pero no dijo nada, no supe si fue por la sorpresa o porque quería que terminara con su sufrimiento.

Sonreí como una minina en celo y me acerqué para lamerle los labios en una muestra de lo que podía hacer cuando me ponía el «tiro» tan sencillo.

—¿Lo quieres, mi vaquero? —inquirí y me moví con más brío.

La fricción era enloquecedora, pese a la ropa, lo pude sentir, duro, grande, colmado.

Gruñó, sus inhalaciones cada vez más cortas y escabrosas.

—¡Vamos, niño bonito! Dime, ¿lo quieres? ¿Quieres que tu novilla te lleve al cielo, que te haga derramarte en tus pantalones? —consulté sin medirme, con una oscilación constante en la que mojé sus vaqueros por completo y gemí entre temblores energizantes.

Sus ojos fueron a mis pechos que se balancearon con cada revote, con cada vaivén de caderas.

Tembló de impotencia y se mordió el labio con violencia, al punto que pensé que se estaba haciendo daño.

—Solo quiero tu nombre y lo haré, incluso... —suspiré ante la idea que cruzó por mi mente y me hizo tragar—... incluso puedo sacarlo y dejar que sientas mis braguitas de nubes empapadas... Solo quiero tu nombre, ¿sí? —supliqué fuera de mi papel, embriagada con las sensaciones, con su mirada, con sus dedos que se encajaron en mi cadera y comenzaron a moverme con más violencia, a tratar de penetrarme sin poder hacerlo.

Cerró los párpados por un instante y, cuando los volvió abrir, solo alcanzó a asentir.

Enloquecida con su semblante sofocado y masculino, con la mandíbula apretada, las fosas nasales ampliándose con cada brusca inhalación, bajé la mano desde su hombro, toqué su pectoral, acaricié su pezón, que lo hizo tiritar ante el rayo que atravesó su espina dorsal. Seguí el camino por su vientre y luego me detuve, pese a que, de alguna manera, su cuerpo siguió moviéndose pese a su corto alcance para frotar mi rajita. Desabotoné los vaqueros, bajé el cierre y metí la mano.

Jadeé con fuerza cuando mi palma se inundó con su calor, cuando lo sentí grande, enorme y duro. Lo tomé, lo rodeé por un segundo y ambos gemimos al unísono.

Mis caderas se detuvieron, sin embargo, las palpitaciones estrecharon mi centro, deseando sentirlo en lo profundo del vientre.

¡Fue ambrosía pura!

Me relajé y lo saqué de su funda suave, lo desarropé con cuidado y retrocedí lo justo para poder recolocarme.

—Dilo —supliqué y solté su polla para ubicarme sobre esta y descender lo justo para que sintiera mi calor.

Sus ojos se fueron a los míos, sus manos viajaron a mi trasero y me bajó hasta que su tronco me abrió los pliegues. Gemí y gruñó, tan varonil que hasta me detuvo el corazón.

Me mordí el labio con fuerza y lo admiré suplicante.

—¡Maldita sea, no me mires así! Solo... muévete —siseó la orden, con los dientes apretados y una mirada furibunda.

Asentí sin oponerme y mis caderas se sacudieron con vida propia, prendada de sus pupilas oscuras, de sus manos que amasaron mi culo, que me abrieron desde atrás para que su calor se uniera al mío, para que la humedad de su punta encajara con la mía.

Gemí una vez tras otra, sin poder pensar, sin poder imaginar otra forma de acariciarlo, de sentirlo, solo una... una que no importaba cuánto se esforzara por calentarme, no pensaba darle sin nada a cambio...

El vaivén de mis caderas se hizo más acentuado, sus gruñidos me enloquecieron y comencé a presionar más, hasta que sus bramidos arrebolaron mis tímpanos y no pude seguir sin verme afectada.

Los temblores aumentaron, el tsunami golpeó las costas, el agua retrocedió para crear una gran ola y... ya no me pude mover, solo me tensé desde los dedos encogidos, hasta el vientre que fue arrasado por la ola gigante.

Lo abracé sin poder reprimirme, con oscilaciones que le sacaron gruñidos continuos hasta que me pegó más a su cuerpo y sentí sus estremecimientos acompañar los míos y correrse sobre mis braguitas empapadas, mezclando nuestros aromas en una deliciosa fragancia.

—Cedrick, me llamo Cedrick —respondió entre jadeos, abrazándome con la misma necesidad que corrió por mis venas.

CAPÍTULO 12

UNA VAQUITA INDOMABLE

Me eché sobre la cama, con la respiración superflua, la piel todavía caliente y un poco húmeda a causa de la ligera capa de sudor que me cubrió durante nuestro primer/segundo encuentro. Fue... irreal.

Joer, si no lo estuviese viviendo, ya me habría pensado que sería solo una idea loca para una novela guarrilla de esas que se leen con una sola mano y están plagadas de escenas eróticas al por mayor. Por supuesto, aquellas novelas que eran más relatos que novelas y tenían su puntillo. No estaban hechas para dar un mensaje grandilocuente sobre algún problema social, político o económico actual, no, aquellos libros estaban hechos para hacer lo contrario, para relajar al lector, calentar sus venas y sufrir los desperfectos de una narrativa vívida y envolvente que te hace querer ser los protagonistas.

Yo quería ser una de esas protagonistas que atan de mil maneras, que azotan con una deliciosa necesidad y luego se corren hasta que se les mojan los pies.

No sé de dónde se sacaban algunos autores tantas cosas que podían pasar durante un encuentro sexual y, por mucho que yo escribiera tales escenas dentro de mis libros más guarrillos, no me podía poner tan creativa con todas mis novelas. Sin embargo, la que estaba viviendo... Puf, pie grande me iba a enloquecer.

Tras darme su nombre, que se me antojó muy masculino y que deletreé sobre su oído en apenas un hilo de voz, Cedrick me hizo levantarme, pese a mis piernas de gelatina, gracias a los tres orgasmos con los que empapé las braguitas, me hizo ponerme de pie, al mismo tiempo que él lo hacía, sin quitar sus grandes manos de mi cintura.

Sus ojos sobre mi boca, sus pupilas dilatadas y su respiración tumultuosa. No me dejó ver su erección menguante. Antes de bajar los ojos de su rostro cincelado, se guardó la polla.

—Dame las braguitas —ordenó sin apartar los ojos de mis labios entreabiertos.

—¿Qué? —inquirí confundida porque no entendí por completo su petición.

Mi mente seguía obnubilada a causa de la fricción previa, y cuando me pidió las bragas, solo pensé en su caliente espesor que goteó entre mis muslos.

—Ciérrate la camisa y bájate las bragas —repitió con más claridad.

Parpadeé sin comprender cuando sus ojos subieron a los míos, demandantes y desesperados al ver que no me movía.

Como pude, guiada por su rigidez que no admitía replicas mundanas, le hice caso. Bajé las manos de sus hombros duros y redondos, las deslicé por su torso firme y bien esculpido, ganándome un suspiro entrecortado por su parte y una mirada a mis tetas todavía expuestas.

Tragué saliva, nerviosa y me guardé los pechos al reacomodar la camisa. Me sentí más expuesta de lo que estuve un segundo atrás. Aun así, seguí con su petición y me abotoné la camisa hasta el último botón, para luego meter las manos por la cadera y bajar la delicada tela de las bragas. Lo hice

despacio, casi sin moverme, sin apartar la mirada de la suya, hasta que me cogí de su hombro para agacharme y así poder sacarme la ropa interior.

Se tensó como las cuerdas de un violín, su mirada me siguió a través de cada movimiento.

Me alcé cuando terminé de sacarme las braguitas, las desenrollé, las doblé y se las entregué tras tomar su mano y ponerlas, mojadas, sobre su palma.

Su mandíbula se atesó y sus ojos hirvieron con la intensidad de mil soles.

Me relamí los labios y reprimí el gemido victorioso con el que quise acercarme, tomar su cuello y bajar su cabeza para poder besar sus labios que se compungieron cuando bajó las pupilas a su mano empuñada.

—Quizá deberías lavarlas. Las dejaste hechas un desperdicio —advertí antes de alzarme sobre mis pies descalzos para darle un suave beso en la barbilla.

Me escurrí de su lado y con total elegancia, como toda la seductora que no era y, meneando mi colita cual pantera, subí las escaleras. Sus ojos me siguieron, tuve que juntar las piernas para que no mirase mi coñito, aunque en definitiva me miró el trasero expuesto, el gruñido ronco lo delató.

Reí por lo bajo y me revolví en la cama, excitada por cómo lo dejé.

—Cedrick —repetí su nombre, paladeando cada una de sus letras, la forma fuerte en la que envolvió mi lengua.

¿Y si usaba sus reglas para jugar a mi favor? Quizá podría convencerlo de muchas cosas, hacer que de vez en vez aquello se repitiera, que su cuerpo convulsionara con el mío, que su aroma se impregnara en mi piel.

Me lo pensé por unos minutos, me enrollé con la sábana, sintiéndome como toda una emperatriz, con solo una camisa blanca, que me quedaba ajustada de las caderas, cubriendo mi desnudez voluptuosa.

Mis dedos se enroscaron en la sábana y jadeé por lo bajo, aún excitada.

Tras un instante en el que me regodeé con el «astuto» plan que pondría en marcha, me levanté de la cama, cogí unas nuevas braguitas del armario y fui directo al baño para refrescarme y ponerme la nueva ropa interior.

* * *

Para mi suerte o desgracia, ya no pude escribir más, tampoco tuve tiempo para pensar mucho en el vaquero, en Cedrick, no por decisión propia, sino porque mi editor me envió el capítulo con las correcciones necesarias.

Se suponía que tendría que estar terminando la novela de mi precioso Conde, pero es que no quería seguir, estaba un poco, y solo un poco, abrumada con el nudo y desenlace de la novela.

Mi Conde se portó como un estúpido con mi protagonista, la rechazó frente a todos por ser una simple sirvienta y echó por tierra sus sentimientos, como si no deberían existir. Aquella situación me tenía enojada con mis propias letras. ¿Cómo era posible que fuese tan estúpido? Todas las mujeres, o al menos una buena parte, queríamos anteponer el romance y el amor ante todo y todos, y ahí estaba yo, escribiendo sobre un gilipollas que no podía desvelar su amorío con la pobre protagonista solo porque era un Conde.

Lo que quería hacer era colgarlo de los huevos y dejarlo así para que le fluyera el oxígeno hasta la cabeza en lugar de quedarse atascado en su polla que, por muy larga, dura y gruesa que la tuviera, solo le estaba impidiendo comportarse como el caballero que creé en el primer capítulo y que luego cobró vida propia y ya no pude decidir por él.

El maldito se reveló y ya no lo podía controlar, quería huir de su deber como hombre y dejar de lado a mi pobre protagonista.

Anastasia estaba destrozada, sabiendo que ningún otro hombre podría amarla luego de haber sido usada y humillada por su patrón que se burló de ella frente a sus compañeros de andanza, con los que estaba bebiendo tras el «feliz» casamiento de su hermana a la que prometió sin que ella supiese quién sería su esposo, una trama que tenía reservada para mi siguiente novela.

Se suponía que anastasia no debía estar cerca cuando alguien, un hombre al que ella no vio, le preguntó al Conde si estaba «retozando» con alguna dama, que había visto a la criada, o sea a anastasia, observándolo desde lo lejos. El Conde, restándole importancia, respondió de que no tenía ninguna amante, que tenía «mujeres» y que la criada era solo una de esas preciosuras que le dejaba abrirle las piernas, la más santurrón de todas. Para colmo, ese mismo «amigo» le propuso un préstamo para que le dejara tener una noche con la «bonita» criada, que le había gustado su boquita pequeña.

Tras aquel desafortunado comentario, con el alma en el suelo, mi pobre Anastasia se fue corriendo, con los ojos inundados en lágrimas, sin ver la tensión en el cuerpo del Conde, aunque, para el caso, como me pasó, no hubiese cambiado nada.

No quería seguirlo, no quería alargar el sufrimiento de Anastasia, solo quería que encontrase la paz, hasta me planteé sacar el comodín del amigo de la infancia que vuelve de una gran batalla y la reclama como su mujer. Sí, lo pensé, porque el Conde ya no me estaba gustando. ¡Era un cretino, un infeliz, un cobarde!

Así que, como no podía decirle qué hacer al maldito Conde, procrastiné un rato antes de hacer las correcciones, paseé por la casa, admiré la infraestructura y el mobiliario como si entendiese de arquitectura, diseño de interiores o demás nimiedades.

¡Bah, era tan ignorante como un niño creyendo en los unicornios!, aunque al menos ellos estaban justificados, lo mío era diferente.

Me acerqué a una de las ventanas y me quedé prendada de la imagen que hizo latir mi corazón y perturbó las mariposas de mi estómago.

Al otro lado de la casa, en la parte trasera, al lado contrario de donde se encontraban los viñedos, Cedrick estaba con sus vacas y caballos. Sus manos grandes y diestras se movían sobre la gran cabeza de una vaca peluda de color café, muy bonita. Desconocí la raza del animal, no obstante, me deleité con los movimientos pausados y masculinos con los que Cedrick la contempló y mimó, con una sonrisa relajada y masculina que me hizo suspirar al vislumbrar algo más que su lascivia.

Además, llevaba puesto un sombrero que terminaba de completar su *look* de vaquero sexy, un vaquero que hizo rugir mi sexo ante la necesidad de llenarse con su longaniza. Mis labios inferiores se relamieron con aquella imagen.

Y me pregunté algo que hasta ese momento no pasó por mi cabeza: ¿podría controlar al protagonista de mi propia novela?

Él era como un toro bravío, cada vez que se presentó frente a mí, lo único que vio fue mi cuerpo, mis curvas eran el paño rojo frente a sus ojos, pero no estaba segura si de verdad queríamos lo mismo.

Sacudí la cabeza, dejé aquel cuadro almacenado en mis retinas y volví al trabajo.

La noche llegó antes de lo que esperaba. Estaba sobre la cama, sentada, con las piernas cruzadas donde tenía reposado el portátil.

Mi ceño se profundizó cuando leí una nota de mi editor justo en la escena donde el Conde despreciaba a Anastasia.

«No puedes poner esto, tus lectoras odiarían ver al personaje principal siendo un *hijoputa* que no acepta sus sentimientos, pero que, sobre todo, no defiende a Anastasia. Cambia esta escena o no pongas nada si vas a dejar que la historia se te salga de las manos».

Su acotación me sacó un gruñido y me troné los nudillos con violencia.

Necesitaba mi jodía dosis de cafeína y chocolate para afrontar la bofetada de guante blanco que me dio el editor.

—Asumo que preguntar por tu mal carácter no me traerá nada bueno... —apuntó el vaquero parado en la entrada de la habitación, con los brazos cruzados sobre sus pectorales macizos y su espalda recostada contra la puerta.

Alcé la mirada con premura y mis ojos se abrieron al admirarlo. Me mordí el labio cuando la punzada que su imagen provocó casi me hace jadear. Estaba cambiado y vestido con ropa más desenfadada. Llevaba puesto un pantalón de chándal gris oscuro y una camisa negra que resaltaba todas las pronunciaciones y vértices de sus músculos.

Inspiré hondo y toda la energía negativa se diluyó de mi cuerpo como por arte de magia.

¡Bendita testosterona capaz de calmar a una hembra!

—Eso tenlo por seguro —afirmé tras repasarlo en menos de un segundo en el que no quise fijarme en su paquete marcado, como dios manda, y solo guardé el documento ya editado, casi al 100 % y luego apagué el portátil—. Y, dígame, amo Cedrick, ¿qué lo trae por estos lares? —inquirí con la voz distorsionada por el fingido estoicismo con el que quise poner distancia.

Bufó burlón, pero no se movió, más que para mirar hacia el espejo por un segundo.

—La cena... Sabes que hay que comer tres veces al día, ¿cierto? —advirtió divertido, con los ojos chispeantes, sin quitar esa sonrisa socarrona que comenzaba a comprender.

Me aparté el cabello de la cara, entrecerré los ojos y examiné su andar relajado. Quizá haberlo masturbado por la tarde fue una mala idea y me puse en una clara desventaja.

—Lo siento, es que de donde vengo no se conoce tal cosa... —respondí con acritud, trastocada por el enojo ocasionado por el comentario de mi editor.

Sí, Eddy, mi editor, tenía razón, si la novela tenía ciertas cosas, lo más probable es que el personaje masculino terminase siendo odiado por las lectoras, pero... pero...

Y juro que traté de pensar en una buena excusa para refutar su afirmación.

Inspiré hondo y miré a Cedrick, que tenía la ceja alzada y me miraba divertido.

—Ven, sígueme, seguro que con unos buenos pedazos de tocino y unos huevos rancheros te quedas más relajada —apuntó mordaz y entretenido, para, acto seguido, girar sobre sus talones e irse de la habitación.

El estómago me gruñó cuando la imagen de un buen plato de huevos rancheros y tocino, del bueno, del que no podía pagar, se implantó en mi cerebro y segregué saliva.

¡Tocino!

Aquella palabra mágica me hizo levantarme de la cama en medio segundo y correr escaleras abajo hasta llegar a la planta baja, donde el delicioso aroma de la comida me hizo levitar. Cerré los párpados, mis pies se deslizaron por el suelo bicolor, ni el frío del material me envió a la tierra, por el contrario, disfruté de la sensación de estar descalza y gemí cuando la grasienta panceta del cerdito me hizo relamerme.

¡Qué delicia!

Me encantaban los cerditos, pobrecitos, pero eran tan succulentos que me costaba resistirme a sus encantos.

Me encaminé hacia la cocina. Cedrick estaba cocinando, así que me senté en uno de los taburetes y admiré al espécimen masculino que, sin remilgos, se puso el mandil negro para hacer la comida.

—¿Te ayudo? —consulté un poco coladita por el movimiento de sus bíceps.

Se giró para darme una rápida miradita y negó.

—No, no es necesario, me las apaño mejor solo. Además, algo me dice que no eres muy buena en la cocina —indicó mordaz, con una sonrisa sensual, nada majadera, que hizo latir mi corazón.

—Y estarías en lo correcto —asentí—. No sé cocinar bien, lo cierto es que nunca sigo recetas y quizá por eso algunas cosas me quedan saladas o, peor, desabridas. También me desespero, quiero decir, tengo algo más que hacer que ver un buen chuletón hacerse en su salsa y grasita, el problema es que se me olvida y... —Me encogí de hombros y me amodorré sobre el asiento, empequeñeciéndome.

Afinqué los codos en la encimera y lo contemplé, moviéndose en la cocina con soltura.

—Ya... me lo imaginé. Pareces estar muy apegada a tu trabajo —indicó sin dobles tintes, sin retocar el timbre masculino de su voz.

Sonreí.

Quizás su charla fuera como la caricia suave que le dio a la vaca esa tarde, pero estaba dispuesta a aceptar la pausa, al final, tendríamos que convivir de alguna manera.

Asentí.

Y comencé a hablarle sobre mi más grande pasión, sobre lo mucho que me gustaba escribir, leer y todo el proceso que pasaba con cada novela, que siempre parecía tener algo diferente.

No era una mujer muy inteligente ni diestra, la verdad es que era una más del montón, pero cuando estaba detrás del ordenador, con un chocolate en la boca y mil palabras por escribir, todo fluía en mi cerebro. Los errores que cometía en el día a día se veían reducidos a la mínima expresión y todo cobraba sentido a través de mis dedos que tecleaban con prisa hasta arruinar el teclado, hasta que me dolían los dedos, hasta que los antebrazos me palpitaban y toda mi sangre corría por mi cuerpo con una energía revitalizadora que me era difícil explicarle a quien vivía su día a día sin la pasión que yo necesitaba para respirar, misma que hallaba al crear mil historias.

Se giró alguna vez para escucharme, para hacer alguna acotación, incluso quiso saber mi seudónimo, algo que, por vergüenza, no le dije. No quería que leyera mis novelas y descubriera en sus páginas algunas cosas que eran muy personales, como las escenas repetidas de ciertas posiciones, que más tenían que ver con mis gustos que con los de los protagonistas, porque era difícil de ocultar que, tras las personalidades de mis personajes, existía yo y la historia que creé alrededor de ellos. Sí, eran ellos, tenían su propio *modus operandi* que les hacía tener su propio carisma, personalidad y actuar, ni siquiera hablábamos igual, incluso cuando mi chispeante humor estaba decaído o me faltaba vigor para ser ingeniosa, mis personajes hablaban muy diferente a cómo me expresaba.

Era... como crear sus mentes de pequeños y luego soltarlos. Siempre tendrían una parte de mí, pero era... distinto.

Le hablé de todo, no pude callarme y me entusiasmé cuando trajo la comida y siguió preguntándome cosas acerca de mi escritura.

Quise hacer también mis preguntas, sin embargo, cuando hice la primera, casi me paró con una respuesta corta y poco estudiada para seguir hablando de mi trabajo.

Fue evidente que quería mantenerse alejado de la conversación, sin embargo, no quise tomármelo personal. No es fácil para todos abrirse con una persona que apenas conoces, incluso si la has visto casi desnuda y te ha rozado tus partes privadas con las suyas.

—Entonces lo tuyo es escribir sobre, ¿cómo dijiste...? —inquirió tratando de recordar mis palabras, con las cejas fruncidas y la boca en un mohín confuso.

—Sobre parejas que se dan como cajón que no cierra —indiqué con retintín, con sapiencia y un asentimiento de cabeza digno de la realeza.

Cedrick se rascó la nuca y me miró sin comprenderlo.

—¿Has intentado cerrar un cajón atascado? —consulté al entender que no me seguía.

Afirmó con un leve movimiento.

—Pues eso. Mis protagonistas fornican... duro... —concluí un poco insegura.

—¿Entonces te gusta el sexo salvaje?

Sus ojos se abrieron y en ellos vi el brillo agudo que hacía un rato no presenciaba.

—Mis personajes no tienen que ver conmigo, no de la forma en la que esperas —me defendí, pese a que había algo de cierto en mi afirmación, no era del todo correcto, porque sí que guardaban ciertas aficiones de su creadora, al menos las necesarias para usarlas en mi contra de llegar a requerirse.

Sonrió y soltó el aliento en un medio resoplido burlón.

—Es verdad. —Alcé las manos—. Además, siguiendo esa lógica, también escribo novelas en las que la fragilidad y sutileza de las caricias hace del momento algo más emotivo y menos, ya sabes, erótico.

—Y..., ¿qué es lo más ardiente que has escrito? —consultó con sus ojos volviéndose más brillantes y oscuros, las dos cosas al mismo tiempo, en especial cuando me repasó.

Estaba con un codo sobre la encimera, con el cuerpo ladeado para verlo. Acabábamos de terminar de comer y la charla se me hizo tan amena, que solo quise corresponder al poner toda mi atención en él, incluso cuando eso implicó que cruzara las piernas y las alargara hasta topar con las suyas bien cubiertas.

Sus pupilas se fijaron en mis muslos apretados, en la camisa que solo tenía abotonada con los tres botones a la altura del abdomen y le dejaba ver, gracias a la postura, todo mi escote.

Contuve la respiración y me relamí.

—Bueno, eso es un poco difícil de responder —traté de seguir con la conversación, aunque para

ese momento, mi corazón se agitó tanto que, ¡cómo no!, me costó pensar.

Mi hámster se tomó un daiquirí y ya estaba bastante entusiasmado con el rumbo de la charla, además del hecho de que ya no pensaba subirse en la rueda para enviar la electricidad a las neuronas que se negaron a trabajar un segundo más y estaban de huelga en ese instante.

Tragué saliva.

—No debería ser difícil responder. Seguro tienes una escena favorita, algo que te gustaría replicar, quizá... Puede que algo que nunca hayas hecho, pero que te mueres de ganas de poner en práctica. No sé, tal vez una escena que surgió de lo más profundo de tu deseo, algo que hizo cosquillear tu sexo y humedeció las braguitas.

Apreté más las piernas, mi respiración se volvió superficial y me mordí el labio inferior. Sus ojos incendiaron mi piel, sentí cada parte de su cuerpo cuando se giró lo suficiente para atraparme con su mano si tan siquiera se alargaba.

Sonrió, una sonrisa apenas perceptible, que ni siquiera llegó a sus ojos, pero que detuvo mis pulsaciones.

¿Iba a hacerlo?

—Dime, hermosura, ¿cuál es esa escena que te calentó, que te hizo suspirar e irguió tus deliciosos pezones?

—¿A-acaso pien-piensas hacerla realidad? —inquirí tartamuda, tratando de hacerme la chistosa porque quería quitarle un poco de peso al asunto.

«¡Por mi horrenda tía Gertrudis, que diga que sí!» —pensé, inquieta, imaginando que el guapo vaquero cumplía cada una de mis fantasías.

Hasta me vi atada desde los pies, con los pechos apretados con cuerdas rojas para proyectarlos, para luego lamerme enterita y que manipulara las cuerdas hasta abrirme de piernas y sin mucha previa, meterse en mi interior y follarme con violencia. Aquella idea no venía en ninguno de mis libros, pero desde que dijo que le encantaban mis tetas no dejaba de pensar en cómo sería si me las apretara hasta exponerlas a su lasciva boca.

¡Por todos los ángeles caídos que habitaban el infierno!, ese era un pensamiento demasiado caliente y peligroso.

Ladeó la cabeza y sus pupilas viajaron por mi cuerpo. Una de sus manos acarició mi rodilla, una caricia sutil y delicada en la que apenas parecía tocarme, pese a que el corazón me latió en la garganta y los pezones se me endurecieron.

—Podría, claro, pero no sería ahora, a menos que me rogaras para que termine con el mes de prueba, pero... ya sabes lo que ocurriría.

Me tensé cuando subió la mano con cada una de sus palabras. Apreté más los muslos y lo miré sin poder decir palabra alguna.

Era tonta, un poco estúpida, tal vez, sin embargo, era lo suficientemente astuta para saber que todo lo que hizo esa noche fue para llegar a ese momento.

Y pese a que mi pobre hámster estaba intoxicado con su charla, con sus manos, con sus ojos que ardieron en un precioso azul, no iba a dejarme llevar tan fácilmente.

—Si tan desesperado estás, hazlo tú —lo reté, a sabiendas de que no iba a dar su brazo a torcer.

¡Joder!, después de aquel enfrentamiento iba a necesitar una buena dosis de azúcar convertida en una rica chocolatina o me iba a bajar mis altos niveles de azúcar, y eso sí no lo podía permitir.

Sonrió y se levantó de la silla, retrocediendo lo suficiente para no tocarme, para no rozar mis piernas desnudas con sus muslos fuertes.

Temblé cuando se alejó, cuando rodeó la encimera y sacó algo del frigorífico que revolvió con

una cuchara alta y alargada.

Lo puso frente a mí tras revolver el líquido de dudoso color y espesor.

—Bébelo, te ayudará a lactar —indicó con el tono sugerente.

Intercambié entre ver el vaso largo y sus ojos que se ensombrecieron con la lujuria remarcada en sus pupilas. Se veía tan tranquilo, que pensé que quizás esa noche no habría nada, aun así, no significaba que quería beber cualquier cosa solo para complacerlo.

Me retorcí inquieta.

Aquella agua sucia no tenía buena pinta. Además, no sabía qué era y eso me puso nerviosa.

—Si te lo bebes como una niña buena, tal vez pueda recompensarte de alguna forma.

Mis ojos se alzaron de inmediato y lo miré sin dar crédito a sus palabras. Tenía que ser una broma o tener un truco bajo la manga, no me fie del vaquero, algo se tenía entre las manos.

—¿Y eso qué es? —inquirí con los ojos entrecerrados, seria, o al menos traté de serlo, puesto que me tenía un poco mosqueada con aquel líquido que parecía radiactivo.

Rodeó de nuevo la encimera y se acercó a mí, acorralándome con su cuerpo, con sus manos puestas sobre el frío material. Bajó su rostro y me miró fijo.

—Podría hacer que te corras una tras otra vez...

—¿Sin penetración? —inquirí inocente, porque sus pupilas oscuras me enloquecieron y la tierra giró y giró.

¡Mierda, cómo podía ser tan sexy cuando se lo proponía!

Me puse a mil en cero segundos solo con escuchar su voz más sensual, esa que se introdujo en mis tímpanos y cosquilló en mis partes de chica.

Fue evidente que tenía un serio problema si creía que podía resistir un mes, ¡UN MES!

¿En qué estaba pensando?

Tragué saliva y desenrosqué las piernas, temiendo tocar su cuerpo que estaba cernido sobre el mío.

—Sin penetración... —concordó—. No lo haría ahora, perdería la gracia, pero cuando más lo necesites...

¡Por todos los santos del cielo, si lo necesitaba en ese momento!

Imágenes de su mano cogiéndome del cuello para hacerme bajar de la silla, darme vuelta y ponerme con la cara contra la encimera, para después bajar o despedazarme las bragas y así, sin previas meterse en mi coñito, acudieron a mi mente y mi rostro que se calentó con fuerza.

¡Qué cojones, estaba perdida si seguía por ese camino!

Si alguien me escuchaba, tenía que ser salvada de aquel vaquero que me acorraló en el sentido literal y metafórico.

—Vamos, mi novilla, bebe tu medicina para que pronto me des de comer, para que en menos de lo que creas, seas mía sin que tengas que perder la cordura. Lo veo, lo quieres, quieres que te muestre lo que soy capaz de hacer, ¿verdad? —apuntó con la voz suave, tan grave y masculina que me sacó un gemido.

Mis ojos se desenfocaron en sus labios y luego subieron a los suyos, tan azules como el fuego más caliente, como la llama que prendió en mi vientre y quiso esparcir por todo mi ser.

No, no iba a resistir, eso estaba muy, pero muy claro.

CAPÍTULO 13

UNA VAQUITA EN APRIETOS

Se aproximó tan peligrosamente cerca que su torso se apretó contra mis pechos por un segundo en el que alcanzó la bebida virulenta que en cualquier momento herviría y me reventaría en la cara. La puso frente a mí.

—Bébela —ordenó con la voz cargada de autoridad y erotismo, uno que se enroscó en mi vientre y me puso el vello como escarpia.

¡Santa madre de la macarena!, cómo era capaz de hablar de aquella manera.

Por suerte, apreté los muslos para que no se me cayeran las braguitas.

Miré sus ojos por un segundo y luego me deslicé de su boca directo hasta el vaso largo. Tragué saliva y lo cogí con una mano temblorosa.

¡Iba a morir! Aunque si moría entre sus manos o en medio de un orgasmo estaba dispuesta a perdonárselo, al menos lo suficiente para venir del inframundo a comerle la boca y quizá algo más...

Sus ojos brillaron y sentí una punzada directa en mi coñito húmedo.

—¿Si me tomo todo, me darás lo que prometiste? —inquirí para confirmar, necesitaba que me dijera una vez más que me iba hacer tener un orgasmo, de lo contrario, no iba a valer la pena tragarme esa sustancia que parecía tener un mal color y de la viscosidad mejor ni hablaba.

Parecía un mejunje radiactivo del cual iba a salir una calavera como en las caricaturas.

Entrecerró los párpados y sus manos me cogieron de la cadera para apretarse contra mi abdomen y dejarme sentir su erección grande, dura, muy dura y majestuosa.

Gemí por lo bajo. No pretendía solapar su dominio y dejar que me manipulara de esa forma tan fragante, pero solo era una chica que necesitaba a un buen vaquero para que me recolocara los chacras y abriese mi tercer ojo, nada más, no tenía la culpa.

—Te prometo que, si lo bebes, cuando sea el momento indicado, te daré lo que necesites —susurró con ese tono sensual y prohibido que parecía el canto de una sirena, porque me doblegó casi al instante, y de no ser por sus manos sobre mis caderas, hubiese caído de rodillas.

En perspectiva, de haberme dejado llevar por mis piernas de Bambi recién nacido, quizás aquella lucha hubiese concluido antes de tiempo, conmigo metiéndome su dureza a la boca como tanto se me antojó hacer.

Me relamí y asentí. Cogí aire porque no quería averiguar a qué olía y, sin siquiera ver el vaso, lo llevé a mis labios y bebí hasta la última gota, sin apartar los ojos de los suyos, pese a que se me arrugó el entrecejo al sentir la textura repugnante de la mezcla.

¡Vaya mierda más horrible!

Jadeé cuando tragué el último sorbo y un gruñido lobuno se escapó de sus labios.

Con violencia apartó los platos con una mano casi sin soltarme y luego me elevó para sentarme sobre el frío material y, sin previas, sin que pudiese prever sus movimientos, se dejó caer sobre mis labios en un beso voraz que me robó el aliento.

Una de sus manos me quitó el vaso y la otra me amasó el pecho derecho por encima de la camisa. Gemí y le respondí el beso, embriagándome con sus labios que sabían a tocino.

¡Exquisito!

Me jaló de la camisa, me abrió bien de piernas para tenerme más cerca, se dejó llevar por su instinto de depredador y no pude hacer más que probar su lengua, dejarlo explorar mi boca y jadear con cada sensación que despertó.

Mis manos se fueron a su nuca, enredé los dedos en su cabello oscuro, arañé su piel morena y me apreté contra su torso con necesidad.

El hormigueo en mi centro se prendió en llamas, la energía fluyó desde nuestros labios hasta mi centro de placer. Mi carne se erizó, mis pezones se irguieron y cuando me los apretó contra su torso jadeé y solté sus labios ante el fuego que espoleó mis botones.

Quería... quería que me follara, no quería más besos, más caricias, pero no me lo iba a dar, y yo no quería pedirselo hasta que supiera que eso podía llevar a algo verdadero, algo menos sexual, algo más romántico.

Su boca bajó, me lamió el cuello y succionó mi piel para marcarme. Mi corazón palpitó con fuerza, mi respiración se descompasó, el deseo caldeó todas las venas de mi cuerpo y solo lo sentí a él, a sus labios voraces, a su lengua rapaz, a sus dientes que cosquillearon en mi piel.

Descendió y lamió por encima de la camisa mis pezones, los estiró con sus dientes y empapó la suave tela blanca para después torturarme por unos minutos hasta que le arañé la espalda y me arqueé para él.

La mente se me obnubiló, abrí los párpados solo para ver cómo me abría la camisa y sacaba mis senos para apreciarlos por un momento y luego hacerse con ellos.

Una de sus manos se encargó de igualar el trato con su boca sobre mis tetas. Me atacó sin molestarse en buscar mis ojos, no.

Su boca lamió mi pecho desde abajo. Fustigó mi perla rosada con su lengua cuando la pasó con intensidad por toda la areola, despertando cada parte de mi ser.

Gemí y me revolví, pese a que su otra mano en mi trasero no me dejó moverme.

Lamió y lamió hasta que mis braguitas quedaron empapadas, hasta que los latidos resonaron en mi vagina y mis oídos se taparon.

Apenas podía respirar cuando comenzó a succionar, cuando su mano pellizcó mi otro pecho y me sacó todo el aire del cuerpo en un suspiro entrecortado.

Una palabra salió de mis labios, no supe bien qué, estaba tan aturdida que no entendí si lo llamé o pedí algo más. Su rugido violento y el incremento en la succión no fue un buen indicador.

Lo despeiné, me arqueé para que tomase todo lo que quisiera de mi cuerpo, y cuando cambió de pecho, me dejé arrastrar por su boca, por sus labios masculinos y su lengua que supo cómo tocarme, cuál nervio incentivar y cómo devorarme hasta que todo mi cableado eléctrico se sobrecalentó y lo apreté contra mi torso.

No lo resistí. Tenía las tetas sensibles, ni siquiera duré tanto tiempo como por la tarde, en su lugar, mi sexo se apretó, tembló, mis piernas se tensaron, mis dedos se enroscaron en su cabello, y me quedé boqueando por oxígeno por unos segundos en los que el calor en mi vientre explotó y vibré hasta el último de sus lametazos.

Estaba perdida...

* * *

Quisiera admitir que recuerdo cómo llegué a la habitación tras desplomarme después del orgasmo en el que su boca me succionó los pechos. Ni siquiera estaba segura de qué manera lograba alzarme al cielo si solo me estaba comiendo las tetas. Antes me lo hicieron, quiero decir, mis exnovios no eran tan diestros, ni por joder, sin embargo, se sentía... rico y ya. ¡Bah!, me gustaba que me comieran las tetas como a muchas damas, pero disfrutaba más con la penetración, con el roce constante en el clitoris, y ahí estaba yo, entre sus manos, derritiéndome para que me ordeñara las ubres cual vaca ansiosa.

Quizá la magia no residía en la acción como tal, sino en el resultado buscado. Ambos queríamos lo mismo. Me gustase o no, me parecía demasiado erótico que quisiera alimentarse de mis pechos. No estaba segura de si era un fetiche recién descubierto, o se debía a que me calentaba al complacer a mis parejas. En ambos casos, quería que lo hiciera, lo soñé durante los días previos, sin descanso, y no ayudó a que me viese algunos vídeos «educativos» al respecto.

Lo gracioso es que había muchos japoneses en la práctica... Curiosidades de la vida. ¿Qué tenía esa gente con los pechos grandes? Además de con otras «prácticas» extrañas que dejaban mucho que desear. Quizá los occidentales estábamos más cuerdos, pese a que justo me fui a encontrar con un vaquero que disfrutaba de esos fetiches...

En cualquier caso, volví a la cama, sin la camisa, solo con las braguitas puestas, aunque tuve una vaga imagen en mi mente de que me cargó en brazos, me subió a la cama, me desvistió con sumo cuidado, me tocó los pechos y gemí palabras ininteligibles, para luego ser cubierta por una sábana suave y... creí que se quedó conmigo, que me puso contra su pecho, no obstante, aquel cuadro no encajó con la forma en la que Cedrick se había mostrado.

Desperté con el sol maltratándome los ojos con su resplandor. Las mañanas en ese lado del país eran demasiado luminosas, algo violento para mis despertares más lánguidos en los que me gustaba aguardar a que el ajeteo diurno menguara para darle la bienvenida a otro maldito día.

Remoloneé en la cama, me revolví con las sábanas hasta quedar hecha un burrito y recordé que tenía que sacar mis chocolates de la maleta. El día anterior lo olvidé, pero tenía que hacerlo antes que se derritieran. ¡Sería un desperdicio catastrófico!

Por mis chocolates estaba dispuesta a hacer el titánico esfuerzo de levantar mi culo de la cama y salir de las mullidas sábanas.

Gemí por lo bajo y me senté con dificultad, me froté los ojos y traté de abrir los párpados, de acostumbrar mis bonitas pupilas a la luz del sol.

En cuanto logré enfocar la vista, un gemido de terror se escapó de mis labios y rápido me cubrí las tetas con la sábana.

Cedrick estaba en el marco de la puerta, con las cejas alzadas, una mano en el bolsillo y en la otra un vaso largo, como el del día anterior.

—¡Oye! —grité enfurruñada, molesta con la invasión a mi privacidad.

¿Y si quería rascarme el culo o eructar?, ¿acaso no tenía los mínimos de privacidad?

Me envolví con el edredón y lo miré mal, con el ceño fruncido y la boca en una fina línea.

¡Por eso no se debe confiar una con los guapos!

Su sonrisa se amplió y se adentró a la habitación tras cerrar la puerta.

—¿Sabes?, te mueves mucho cuando estás dormida —indicó risueño y se sentó al borde de la cama, cerca de donde estaba hecha un montoncito de extremidades envueltas en la sábana.

Gruñí cual gato silvestre que no está acostumbrado a las personas, menos a esa hora de la mañana.

—Dormiste mucho, la verdad, esperaba que estuvieras despierta temprano, después de todo, ayer caíste en coma luego de tener un delicioso orgasmo mientras te succionaba las tetas. Mentiría si no te dijera que me encanta que seas tan sensible, pero también me asombra que te hayas dormido con tanta facilidad tras el orgasmo —apuntó entre divertido y mordaz, con una pizca de excitación que me hizo apretar los muslos.

—No fue mi intensión, casi nunca me pasa —me defendí con la voz en un hilo, un puchero en la boca y mis ojos en otro lado, no estaba dispuesta a verlo.

Asintió, por el rabillo del ojo capté la mirada taciturna que lo hizo sonreír un instante después.

—Además, si he dormido mucho es porque ayer no lo hice, casi no dormí y, tras comer y lo que pasó...

Me mordí el labio y mis ojos repasaron el piso.

—No interesa, solo bébelo —le restó importancia al tiempo que me pasó el vaso con el mismo líquido de la noche anterior.

Se me compungió el gesto y se me revolió el estómago.

—No pienso tomarlo otra vez, así que aparta esa cosa de mi nariz antes de que regurgite —vociferé y me arrastré lejos del líquido radiactivo que susurraba una palabra: muerte.

Se giró y me miró con la ceja alzada y una sonrisa deslumbrante en los labios que me hizo detenerme y dejar de apretar tanto las sábanas con las que me estaba cubriendo.

—Pareces una niña chiquita que huye del medicamento.

—Pero es que sabe horrible —refuté y arrugué la nariz cuando me lo puso enfrente.

Resopló y negó con la cabeza, casi sin esfuerzo, cogió una de mis manos y me puso el vaso para que lo tomase.

—Bébelo. Ese fue el trato, y si no lo tragas todos los días, no avanzaremos nunca. No lactarás y no podrás amamantarme —explicó con retintín.

—Ese no fue el trato —apunté con la voz aniñada y el gesto pueril, porque estaba segura de que dijo que solo sería el vaso del día anterior.

Arqueó una ceja,ladeó la cabeza y me repasó por un instante.

—¿De verdad vas a jugar con esa carta? —indagó algo aburrido.

El tic en mi párpado regresó cuando lo vi siendo indiferente, cuando su semblante se modificó y lo hizo ver como el cretino que era. Casi se me olvidaba que era un gilipollas, por mucho que me gustaran, no significara que les dijera que sí a todo, bueno, algo de ello había, pero...

—¡Vamos, no seas una nenita y bébetelo todo! Al final, no sabe ni huele a nada y así podré comerte las tetas otra vez —apuntó irritado y me agarró de la manta como si me la fuera a quitar de un momento a otro.

La respiración se me cortó.

¿Tan temprano?, pero si ni me había duchado, todavía tenía sus babas del día anterior, y ni que decir de mi *look* matutino, o mi aliento rancio. ¡No estaba hablando en serio, ¿verdad?!

Afiancé mi mano libre a la cobija y lo miré fijo.

—Me lo tomo, pero antes necesito acicalarme un poco —propuse temiendo que mi aspecto de recién despertada me hiciera ver peor y se diera cuenta que no era tan guapa como imaginó.

Sí, la vanidad me pudo, una chica se podía dar el lujo de fingir ser hermosa siempre, pero eso no era verdad, y no quería que lo notara tan pronto.

Sus ojos se entornaron y luego asintió.

—Bébetelo primero —consintió con el semblante rígido.

Asentí y me lo llevé a la boca con rapidez, esperando a que, por milagro divino, no se hubiese acercado lo suficiente para darse cuenta de que no olía a rosas.

Tras tragármelo con el gesto desfigurado, me di cuenta de que, en efecto, no tenía sabor alguno, no obstante, tenía una textura tan espantosa que se me revolvió todo por dentro.

Me levanté con prisa, deseando enjuagarme la boca, pero antes de que pudiese avanzar, me cortó el paso y se puso frente a mí, cual alto era, y entonces, la vi. Vi la camisa blanca que llevaba el día anterior, incluso tenía una manchita pequeña de mi labial en el cuello, y estaba recogida de las mangas, pese a que la había desdoblado un poco, gracias a que sus brazos eran más largos.

—¿Qué haces? —pregunté por lo bajito.

Tragué saliva y me humecté los labios con la punta de la lengua.

Sus ojos se oscurecieron y jaló la manta para descubrir mi desnudez.

—Quiero verte —gruñó.

—¡Oye! —exclamé entre asustada e irritada.

Forcejamos un momento, hasta que se acercó, tanto, que hasta tuve que alzar la cabeza y me cogió de la mandíbula para que me fijara en él y, con una destreza propia de un controlador, me apartó la sábana.

Lo miré mal, esperando que mis rayos internos lo fulminaran, cuando solo logré que sonriera cual majadero y me pinzara un pezón con descaro.

—¡Oye! —repetí y lo empujé, adolorida porque me dolió su pellizco.

Me cubrí los pechos y con toda la dignidad que conservaba, me fui al cuarto de baño. Escuché su risa baja y profunda cuando salí cual pavo real de la habitación.

¡Engreído!

Cerré con llave y, tras peinarme un poco, me vi en el espejo. Frente a mí tenía a una joven con la piel irritada, las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Sí, tenía el mismo aspecto rebelde de todas las mañanas, y sí, mi aliento olía espantoso, sin embargo, había cierta luz en mi piel, cierto aspecto saludable y bonito que me hizo sentir sexy.

Cuando me destapé los pechos, un grito de horror caló en lo más profundo de mi ser. Los tenía lastimados, la piel alrededor del pezón estaba enrojecida, además, mi cuello y escote estaban plagados de sugilaciones rojizas y violetas, algunas de un tono más suave que otras.

Frustrada y enojada, me vi toda la piel, me inspeccioné el cuello, el escote, los pechos, desde abajo hasta arriba, llenos de pequeños morados, y mis pezones irritados al punto en el que me dolió tocármelos.

—¡Qué cojones! —farfullé con la mandíbula apretada.

No me podía creer que en un solo día me hubiese hecho tanto... ¿daño?, no, no era la palabra correcta, no se sentía así, pero...

¡Ahg!

Bufé y sin ánimos de querer ver a detalle cada uno de sus «cariñitos», me acicalé con rapidez, con la idea en mente de salir y reclamarle por sus modos.

¡Por la virgen del socorro, no se contuvo ni un poco!, ni porque le dije que me podía sonrojar con facilidad, bueno, eso, le di una advertencia, le dije que fuese más suave, ¿verdad?, ¿verdad?

Busqué en mis recuerdos algo que pudiese ayudar a mi enfrentamiento, que pudiese contar para que se diese cuenta de que le advertí, no obstante, no encontré nada. ¡Maldita memoria!

Sacudí la cabeza y escupí el enjuague.

Me hice una coleta alta y salí del baño con furia, convertida en una persona, una persona

iracunda.

Estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas y estilizadas en sus vaqueros oscuros. En cuanto me vio salir y azotar la puerta, me repasó con ojos golosos.

Lo encaré de inmediato, no iba a dejar que bajara mi ira con su cara de niño bonito, de ninguna manera.

—¿Ya viste lo que me hiciste? —inquirí furiosa, con las aletas de la nariz hinchándose con cada inhalación tumultuosa y las manos alzando mis pechos para que observara lo que sus «cariñitos» provocaron.

Sonrió con ganas y me repasó las tetas con descaro para luego subir a mis ojos que ardieron llenos de frustración y enojo.

—Lo veo...

—Así, sin más. No te vas a disculpar por dejarme hecha un mapa de tonos morados, rojos y rosados. Además, tengo las tetas sensibles, ¿sabes?, me duele tocármelas y los pezones me queman —aullé con desesperación, en especial cuando me pasé el pulgar por el pezón y di un respingo de dolor.

Compungí el gesto y sus manos en mis caderas me hicieron acercarme.

Abrió las piernas y me hizo bajar con tranquilidad. Me senté a horcajadas sobre él y lo miré con un puchero.

Fui débil, lo reconozco, pero es que fue tan sutil, tan comedido, tan... excitante, que no pude evitar seguir su orden velada.

—El dolor no es por lo que hice —explicó con calma y me quitó un mechón de cabello corto que se salió de la coleta.

Me perdí en sus ojos azules y resplandecientes, en su sonrisa masculina y en sus manos que me apresaron las nalgas y me movieron sobre su dureza.

—¿No podrías ser más delicado? —consulté con un tonito más infantil, y pasé las manos por su cuello para sostenerme y bajar las caderas hasta que nuestros sexos se encontraron.

Gruñó por lo bajo y cerró los párpados por un segundo.

—Pero quiero algo a cambio...

—¿El qué? —me apresuré a inquirir y gemí cuando metió las manos bajo las braguitas y me tocó las nalgas con sensualidad.

¡Qué manera de distraerme!

¡Qué habilidad! Si es que era todo un semental dominante, de eso no me cupo la menor duda, así como también era un manipulador de pobres escritoras que solo querían hacer su trabajo de campo, que solo se estaban documentando para su próxima historia sobre el hombre de las nieves que se encuentra con una vaquita humanoide y le ordeña las ubres repletas de rica leche.

Yo solo digo... él era el aprovechado.

Gemí cuando me movió sobre su eje y sentí la dureza de su bragueta incentivando mi clítoris que no tardó en mojarse deliciosamente.

—¿Qué quieres a cambio? —volví a preguntar cuando se quedó callado y sus ojos flamearon al mirarme, al devorarme con aquellos halos azules en los que me quería sumergir.

—Tu nombre, quiero tu nombre —exigió con tirantez, con los dientes apretados, así como la mandíbula, que solo logró que los músculos de su cuello se resaltaran.

Gemí y me dejé caer sobre su hombro, demasiado caliente para recordar cómo diablos me llamaba.

¡Joder!

—Julieta —susurré contra su cuello, que besé con delicadeza, lo que le provocó un rugido masculino.

Detuvo mis caderas y me hizo alzar la cabeza con su mano sobre mi mentón. Me miró con ardor, con un ardor diferente.

—Com-ple-to... —siseó poniendo énfasis en cada sílaba.

Suspiré cuando volvió su mano a mi trasero y me movió con frenesí.

¿Pero qué tenía en contra de que me funcionara el cerebro?

Jadeé y traté de decirlo, sin embargo, me salió solo otro gimoteo y cerré los ojos.

En lugar de detenerse para que mis neuronas se pusieran en marcha, bajó su cabeza a mis pechos y me lamio con delicadeza. Me comió las tetas con tal suavidad, que, lejos de irritarme la piel, me calmó con su lengua, con sus labios, con sus succiones en las que sentí que me estaba provocando más de lo que me podría imaginar, porque, así como a él, me gustaba rudo, sin embargo, sentir el calor de su boca, la humedad de su saliva, la devoción de sus caricias... me enloqueció y pronto me moví sobre su dureza.

Sin que me lo pidiera, bajé la mano e hice lo mismo del día anterior. No lo resistí, fue un impulso llevado por la lujuria de su boca comedida, de sus succiones deliciosas que electrizaron mi sinapsis y ya no pude contener la necesidad de sentirlo.

Gruñó cuando mi mano envolvió su erección dura, completamente dura, palpitante y húmeda.

Sin que pudiese preverlo, me alzó solo para después girar sobre nuestros cuerpos y pegar mi espalda a la cama. No me soltó los pechos en ningún momento, al contrario, se afianzó a mi cintura y me arqueó la espalda. Se movió para abrirse paso entre mis piernas y rozar mi sexo con su caliente tronco que se empapó con mis fluidos.

Me paladeó por un rato más, succionó con delicia mis pechos, llenando de espasmos mi vientre, cubriendo cada nervio de mi piel con estática. Gemí, lloriqueé y mi pulso se elevó cuando subió su boca por mi escote, por mi cuello, hasta llegar a mis labios que devoró con calma en un beso energizante al que se le unió el vaivén de sus caderas que se frotaron contra mi cúmulo de nervios y exploté en una catarsis de sensaciones.

Se tensó, pese a ello, no se corrió, al contrario, siguió besándome con desesperación, aumentando las arremetidas de su miembro que no tardó en empujar contra mi canal cubierto por las braguitas, como si supiera dónde quería entrar.

Me desesperé y le arañé la espalda, le arrugué la camisa y me olí en su piel. Su aroma y el mío se juntaron. Me embriagué con esa acuciante sensación en la que ya no pude respirar más que su fragancia y... Me apretó contra su cuerpo, gruñó, me mordió el labio y nos corrimos al mismo instante en el que sentí su polución empapando las braguitas de arcoíris. Nos abrazamos con cada espasmo, hasta que no pudimos besarnos y necesitamos coger aire para no morir en medio del mareo que nos cubrió.

Suspiró sobre mi oreja, sin soltarme ni un solo momento.

—Julieta Margarita Romeo... Ese es mi nombre completo, pero, por favor, no me digas Margarita, prefiero Julieta —respondí casi sin voz, con la respiración truculenta y sin querer soltarlo.

Su risa baja hizo cosquillas en mi oreja y se removió para abrazarme con fuerza, al punto que tuve que enrollar las piernas alrededor de sus caderas.

—Está bien, Julieta. Yo solo quiero... hacer esto día, tarde y noche. Solo quiero sentirte, comerme tus tetas, sentir tu coño estremecerse, tu cuerpo convulsionar en un orgasmo tras otro.

—Besó mi cuello y lamio mi oreja.

Gemí y temblé, su calor se mezcló con el mío.

Sí, yo también lo quería. Que el cielo se abriese si salía algo diferente de mi boca.

—Prometo ser más sensible. ¡Seguro!, me va a costar, sin embargo, al menos voy a intentarlo.
Solo que...

—¿Qué? —inquirí cuando no terminó lo que iba a decir.

—No importa... —musitó con un ronroneo sofocado en el que se acomodó más entre mis piernas y me sacó un gemido.

Sí, joder, no importaba una mierda.

CAPÍTULO 14

U N A V A Q U I T A A T O N T A D A

Me estiré cual perro viejo con la cadera dislocada que apenas levanta la pata para mear en el sillón favorito de su dueño.

Llevaba varias horas escribiendo en el portátil, despacio, para que la porquería no se trabara y se reiniciara como tenía por costumbre hacer. Las lumbares me tronaron y gemí de placer. Por primera vez en la vida, extrañé mi espantoso escritorio que no tenía el tamaño correcto para mi corto torso.

¡Pobre cosita fea! Era solo un pedazo de madera y, frente a él, una silla en la que tampoco podía poner los pies sin cortarme la circulación, no obstante, ¡cómo lo extrañaba!

Dos semanas. Ese era mi límite para comenzar a odiar la gigante cama con dosel femenino en la que estaba sentada, con el portátil en las piernas.

Cedrick me dio permiso de usar su escritorio unos días atrás cuando me vio moviéndome de un lado a otro sobre la cama, me contorsioné en posiciones de lo más extravagantes para poder seguir escribiendo, sin embargo, me daba mucho corte invadir su espacio privado.

Casi no usaba la oficina que tenía dentro de la casa. El día que me propuso usar su espacio, me llevó a conocerlo y aprovechó para dejar impregnado mi aroma en la madera de su escritorio. Estuvo a punto de abrirme de piernas y comerme el coño por encima de las bragas, por fortuna, se detuvo cuando llegó a mi vientre bajo y volvió a subir hacia mis pechos. Una suerte, porque no iba a detenerlo.

La misma Gertrudis se pudo aparecer en ese momento y solo la hubiese ignorado, aun cuando su rostro con esa verruga de peculiar forma y color se me hubiese puesto enfrente.

Esas más de dos semanas junto al vaquero fueron... increíbles, sensuales y, pese a que por momentos me dejaba toda cubierta de deliciosas sugilaciones, en especial en el escote y los pechos, por norma su boca era... apasionada. Esa boquita...

De momento, por soso que sonase, no habíamos hecho más que besarnos, rozarnos. Su «entrenamiento» incluía una buena comida de tetas que me mareaba, sin embargo, no pasábamos de aquello, algo que era frustrante y acuciante al mismo tiempo. No, no siempre me devoraba con tanto ímpetu como el primer día, a veces iba despacio, me succionaba los pezones como todo un experto y los orgasmos no siempre sucedieron, pese a que siempre me mojé como una gatita en celo.

Era... increíble todo lo que había pasado en esos días que, a veces, se me antojaron cortos y, otras veces, largos. El tiempo a su lado pasó de una manera diferente. Me acostumbré a levantarme con su boca sobre mi cuello, con su cuerpo sobre el mío, con sus manos repasando mis curvas.

Le pedí que no me besara por las mañanas, me daba mucho corte que lo hiciera y probara mi aliento mañanero, pero me encantaba sentirlo tan ansioso por degustar mi piel. Por la tarde, al regresar después del trabajo, comíamos juntos, cuando la señora Magda, que hacía el desayuno y el almuerzo, se iba y luego me desabotonaba la camisa y probaba mis pechos cada vez más llenos.

Me gustaba que me buscara más que a la misma comida, que se desesperara por tener mis

botones duros en su lengua diestra que tan bien sabía mover.

En el almuerzo no nos frotábamos, no tenía tiempo para ello, así que a veces solo lo hacía para estimularme. Era un trabajo complicado, pero estaba dispuesta a dejar que lo realizara las veces que fuese necesario por el bien de la causa.

Por la noche era cuando más nos desatábamos, cuando nuestra libido se disparaba y no se medía. No pensaba en nada más que en hacerme estallar, pese a que ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer, lo que significaba que nos limitábamos a rozarnos por encima de la ropa, de mis braguitas, para ser exacta.

Estaba segura de que, como yo, sabía que, si íbamos más lejos que un frotamiento por encima de la ropa cual adolescentes, aquello nos llevaría, irremediablemente, a tener sexo, sexo del más excitante, del provocador, del que te quema desde adentro y te vuelve un volcán, del que te incinera las ideas y te estremece hasta que te quedas sin aliento.

Lo sabía, en cuanto su boca se posara en mi sexo, acabaría el juego, uno de los dos se derrumbaría. Lo mismo sucedería si me hincaba entre sus piernas para saborear su dureza. Ni siquiera me atrevía a verlo y cuando se lo sacaba de los pantalones trataba de no tocarlo más de la cuenta, por mucho que quisiera sentir sus venas palpar, su tronco llenarse con el líquido preseminal o saber si su capullo era tan suave como se veía en la fotografía y el vídeo.

Era tal mi miedo a sucumbir, que no me atreví a revisar aquellas imágenes que durante días memoricé. Antes de decir esas palabras que quemaban mi lengua, que rebotaban en mi cerebro y que me torturaban cada vez que lo tenía cerca, quería estar segura de que aquello iba a llevar a algo real.

No quería ser una de sus vacas. No de verdad. Podía ofrecerle mis pechos sin pensar, podía tomar mi cuerpo, no era la razón por la cual me detenía, era porque estaba segura de que, una vez firmara su acuerdo en el que se comprometía a «criarme», terminaría por sellar mi destino. Me gustaba, me gustaba mucho su insolencia, su carácter agrio y mandón, me encantaba su vitalidad, su masculinidad, que fuese tan dominante antes, durante y después del sexo. Me gustaba mucho más de lo que yo le gustaba a él, y eso me detenía.

No quería que me viese como una bestia que domar para luego follar, mucho menos solo porque mis pechos le pusieron en cuanto los vio. No quería que me redujera, que no sintiera, aunque fuese, una pizca de lo que comencé a sentir por él. De lo que me hizo sentir con cada nuevo reto en el que el otro cedió a la pasión, esos descansos llenos de lascivia en los que le hice regresarme mi derecho a comer comida chatarra, a disfrutar de mi Coca bien helada.

Al lado de cada succión, lamida, mordisco y beso, también hubo charlas distendidas. A Cedrick no se le daba bien hablar sobre sí mismo, evadía las preguntas con soltura y se dedicaba a responder lo justo, no obstante, parecía genuinamente interesado en mí, en lo que decía, en las tonterías que le contaba de mi vida universitaria, incluso me preguntó por mis padres. Le conté cosas privadas, le dejé leer un capítulo de mi novela, algo que me generó mucha ansiedad y casi me hace tener un paro cardíaco cuando me dijo que la romántica no le gustaba, pero que, sin duda alguna disfrutó con la escena erótica donde el Conde se reconcilió con Anastasia.

No quería hacerme ilusiones, sin embargo, era solo una chica pidiendo ser amada, bueno no... Pese a ello, sí quería que me reconociera como mujer, una mujer real, no la idea que tenía de su fantasía.

Me troné los dedos y admiré la página en blanco frente a mis ojos, el cursor parpadeante que pedía seguir llenando de letras el documento.

Esas más de dos semanas no solo sirvieron para que las tetas me crecieran que, valga decir, las tenía muy llenas, no es que me hubiesen crecido a lo loco, pero las tenía como infladas, incluso las

venas se me marcaban más que antes y mis pezones estaban muy sensibles, y ni hablar de las areolas que, en lugar de oscurecerse, se aclararon, al lado de ese inquietante hecho, el tiempo junto al vaquero me dio un nuevo aire con la escritura.

No podía dejar de escribir, me dolían las manos, los antebrazos, la espalda y, en ocasiones, hasta la cabeza. Los deliciosos chocolates se me acabaron a los días de llegar al viñedo, aunque no pude pedirle más a Cedrick, un día apareció con una bolsa llena de mil chocolates de diferentes sabores, solo entró a la habitación, me dijo que se me iban a picar los dientes si seguía ingiriendo tanta azúcar, renegó por lo bajo con un bufido molesto y se fue, sin decir más. Aquello me enterneció y me hizo sonreír.

Corría grave peligro a su lado, sin duda alguna.

Había terminado la novela del Conde. Corregí primero la escena «conflictiva» según mi editor, y cuando la tuve más o menos decente, sin la parte en la que despreciaba a Anastasia, la envié y la aceptó, así pude seguir. Ella le huyó durante un tiempo, el suficiente para que su indiferencia le taladrara y le hiciera ver que sentía algo por ella, no obstante, era muy obstinado, así que no se acercó. Esos capítulos seguían al Conde para que el crecimiento del personaje fuese tangible y... Pues no cambió el desgraciado hasta que el amigo de la infancia de Anastasia apareció en escenas y vio la forma en la que se acercaba a su «criada».

Sí, terminé ocupando la estrategia de los celos para hacerlo claudicar, era necesario, a veces a los personajes, como a las personas, se les tiene que jalar la oreja para que entren en razón.

Por supuesto, montó en cólera, arrastró a Anastasia lejos de su amigo, sin importar que todos los vieses y la cargó sobre sus hombros como el neandertal que era. ¡Qué los modales de la aristocracia no impidan que tu energúmeno de primera monte un numerito!

Por supuesto, en cuanto la tuvo en su cuarto no le dejó decir ni una sola palabra y la besó con violencia, con necesidad. ¡Ah, cómo disfruté de esa escena!, en especial cuando Anastasia lo empujó y, pese a que sabía que era un error, lo abofeteó con dureza. Las lágrimas empañaron sus ojos y casi salió de la habitación, hasta que, derrotado, tomó su mano y le imploró que no lo dejara.

Verlo tan susceptible le impidió moverse y lo dejó hablar. Lo demás era historia. La reconciliación entre ellos me puso el vello en punta y casi salgo de la habitación para buscar a mi hombre de las nieves, por suerte no lo hice.

En cuanto a mis alienígenas «veganos», esa historia estaba en la mejor parte. Habían pasado los días, la pobre humana se había ambientado a los Derstins. El líder, Ka'al, le tejió vestidos con sus hojas para adornarla, pese a que los primeros días no la quiso dejar salir y ella tuvo que defenderse. Hasta que le mordió su «colita» —su *blurs*— no comprendió que estaba dispuesta a todo para salir, y entonces tuvo que ceder.

Tenía todo calculado. Al principio ni siquiera se lograban comunicar ya que, como era lógico, en Derstins no hablaban ninguna lengua parecida a la humana, sin embargo, todos los miembros de la flota intergaláctica tenían un dispositivo de comunicación implantado en el cerebro que les hacía aprender cualquier idioma con mucha rapidez, sin necesitar de mediadores que explicaran el significado de las palabras, servía de una especie de traductor sin que fuese tal.

En cuanto Dayna logró convencer a Ka'al para que la dejase salir, descubrió que todos los Derstins la miraban de la misma forma que el líder, pese a que no se acercaban. El líder del clan, el alfa de la manada, sin que ella supiera, la reclamó, por eso tenía puesto su brazalete.

Ka'al no estaba dispuesto a compartirla, un aspecto dominante que me recordó a cierto vaquero. Por supuesto, había quien no quería aceptar aquella unión de la que solo se beneficiara el líder. Incluso con el combate con el que Ka'al la reclamó, los machos se aglomeraban esperando para

atrapar a la pobre Dayna.

Hasta estar inoculada, Ka'al no podía hacer alusión al pacto entre los Derstins para reclamarla por completo. Ahí es donde metí a otro personaje, un Derstins más relajado, caballeroso y gentil que comenzó a enseñarle la vida en la colonia a Dayna. La llevó con los pequeños «cachorros» para que conociera a los recién nacidos y a las hembras Doften —una raza que servía a los Derstins a cambio de los nutrientes que estos les proporcionaban—. Los Doften parecían árboles secos, con sus cuerpos recubiertos por la corteza marchita que, entre mayores se hacían, más secos se volvían. Eran mucho más pequeños que los Derstins y su nivel de inteligencia era inferior al de un humano promedio, sin embargo, les servían y eran quienes cuidaban de los pequeños, los pocos que había en la comunidad, cuyas madres murieron al parir.

Entre las charlas tranquilas con Cirsus, el Derstins «tranquilo», le reveló la razón por la cual los demás se quedaban al margen, pese a que siempre la mantenían en la mira.

—*Te ha reclamado como su Lursenst* —indicó Cirsus.

Dayna no comprendió aquella palabra, el codificador no pudo hallar su equivalente en español y Cirsus tuvo que desglosarla para que comprendiera lo que quería decir. Cuando adivinó que no solo significaba pareja, sino más bien aludía a la palabra «propiedad», la furia la encendió y salió con pasos pesados y largos directo a reclamarle al líder.

La oscuridad se apoderaba del día, las estrellas azules y naranjas brillaban en el cielo repleto de un manto de árboles y hojas de ricas tonalidades verdosas que, en su momento, la deslumbraron, pero que, en ese instante, con la adrenalina taponando sus oídos, no hizo más que ensombrecer su semblante.

Estaba molesta. ¡Cómo se atrevía a reclamarla como su propiedad! Era una persona con derechos, una mujer, sí, y pese a que fue evidente que en ese lugar las hembras no poseían derechos ni ninguna garantía mínima para ser tomadas en cuenta como seres pares a ellos, Dayna no estaba dispuesta a ser la sumisa que se esperaba que fuera.

¡Qué se suponía que hiciera! ¿Acaso esperaban que se abriese de piernas y ya?

Me quedé justo en el instante en el que lo encaró, en el que, en la pequeña cabaña en la que vivía con Ka'al lo arrinconó con decisión y furia y le gritó dos verdades a la cara.

«¡Eso, chical!» —quise decirle, pero más me valía escribir bien en lugar de ponerme a asentir y aplaudirle a mi personaje.

Por supuesto, había llegado al nudo de la novela. Ka'al, en lugar de hacerse cargo la besaría, le robaría el aliento y la calentaría de formas que Dayna nunca sintió. No era inexperta, pero con aquellas manos grandes, verdes y dominantes exploraría el ardor en sus entrañas, se derretiría con sus caricias, con la forma en la que la arrinconaría y...

Todavía me faltaba por escribir la forma en la que él la llevaría al cielo más blanco y puro, hasta que se olvidara de su lucha, hasta que dejase de pensar y no supiera lo que él le estaba haciendo. Sí, la inocularía sin decírselo, pero al no comprender lo que su «colita» estaba haciendo en su tersa vagina, Dayna solo disfrutaría, se desharía en las manos de Ka'al, le pediría más, hasta que su miembro terminara de hacer el trabajo.

Me mordí el labio inferior y comencé a escribir la escena, encandilada con las imágenes que se vinieron a mi cerebro.

Cuando estaba caliente, cuando mis pulsaciones se elevaban, podía escribir mil escenas eróticas que me hacían apretar los muslos.

Para mi desgracia, esa noche no tuve ningún orgasmo. No podía culpar a Cedrick por ello. Estaba pasando por mucho estrés. Por la tarde se anunció en el pueblo la llegada de una plaga, los

cultivos peligraban, y hasta donde entendí, aquello podía acabar con las uvas antes de llegar el momento de cortarlas. Para colmo, no había llovido todavía en esa zona alta del país y la situación no pronosticaba nada bueno.

La comunidad entera se movilizó, y Cedrick no se quedó atrás, incluso no llegó a almorzar. Comí sola, fue la primera vez que no lo tuve abriéndome la camisa.

Y, por la noche, la situación no mejoró. Estaba... distraído. Apenas probó bocado. Verlo tan desanimado me hizo doler el pecho y no pude más que levantarme de la silla, tomarle la mano y llevarlo a la sala. Sus ojos en los míos no registraron lo que quería hacer.

Lo senté sobre el sofá e hice lo propio a su lado. Sus ojos buscaron los míos tratando de comprender lo que quería hacer.

No estaba segura si me iba a aceptar, mucho menos si era lo correcto, puesto que iría un poco más allá del morbo.

Con dulzura, mientras el corazón me palpitaba en la garganta y los nervios rastrillaban en mi pecho, lo hice recostarse en mis piernas.

—Tranquilo, solo relájate —susurré con la voz suave y aterciopelada.

Por suerte, se dejó hacer y no hizo el amago de burlarse de mis caricias delicadas, al contrario, un gemido masculino salió de sus labios entreabiertos cuando posó su cabeza en mis muslos, y se dejó hacer por mis manos.

Le masajee las sienes, la cabeza, le peiné el cabello y cuando cerró los ojos, me abrí un solo botón de la camisa.

Gruñó al sentir mis senos desnudos y no tardó en lamerme, en besarme, fue... sutil, nada violento y pasional, más bien, hubo una especie de conexión que le hizo probarme con una necesidad diferente.

No me corrí, me mojé, me calenté con fuerza, y me mordí el labio para no rogar por más, cuando lo cierto es que quería que pasara algo diferente.

Quise bajar la mano, tocar sus pectorales hinchados, sus abdominales cincelados, y luego acariciar su dureza. No lo hice, temí que aquel descanso en el que le dejé sentir algo más que mis pezones, fuese solo una ilusión en el que su cansancio sirviera de catalizador para que malinterpretara sus intenciones.

Sacudí la cabeza y me fijé en la página a la mitad.

Después de aquel momento íntimo en el que lo sentí como mi pareja y el fuego me rodeó al punto de que quise pedirle que lo hiciera, una llamada cortó nuestro vínculo.

Lo agradecí.

No me despedí, estaba avergonzada, así que subí para seguir escribiendo, deseé que las historias que querían salir por mis dedos me consumieran, que la lujuria arrasara con todo.

Estaba caliente.

¡Por la madre Teresa de Calcuta!, estaba hirviendo cuando subí a mi habitación para seguir con Ka'al y Dayna.

* * *

Me reacomodé sobre la cama.

Los senos me pesaron, la espalda me dolió, tenía los muslos empapados cuando dejé de escribir, cuando Ka'al eyaculó dentro del coñito de Dayna y la elevó al cielo, la hizo alzarse y apretarlo desde adentro.

Escuché el gruñido del Derstins como si estuviese en mi oído, sentí sus manos en mi cuerpo, sin embargo, no era Ka'al, era Cedrick. En mi imaginación, aquella escena picante que acababa de escribir no era entre Dayna y Ka'al, era entre Cedrick y yo. Y él acababa de correrse dentro de mi vientre, marcándome, llenándome, impregnando mi cuerpo con su esencia efervescente.

Me mareé, lo reconozco.

Dejé que mi imaginación volara, que la camisa me estorbara. Ese día apenas lo había sentido y mi cuerpo resentía su lejanía, la falta de su tacto.

Me costó respirar. Me relamí los labios, la boca se me secó, el corazón me palpitó con más fuerza.

Guardé el documento y apagué la portátil.

Me quité los lentes sin dejar de pensar en sus palabras donde me aseguró que me veía sensual cuando los llevaba puestos. El vientre me hormigueó y la energía crepitó en mi interior.

Me mordí el labio y vi la puerta cerrada de mi habitación. Estaba sola, y lo estaría durante toda la noche. La inmensidad del cuarto me acogió y me vi siendo doblegada por Cedrick, por sus manos, por su boca, por su gran... fortaleza. Estaba segura de que, de proponérselo, me sometería hasta hacerme rogar para que me penetrara, chillaría si se lo propusiera.

Mis dientes se hundieron con más fuerza en mi labio inferior. El sexo me punzó con tanta violencia que un escalofrío me atravesó desde los pies e hizo que cada zona prohibida de mi cuerpo se encendiera.

Inspiré hondo, pero no detecté su aroma. La camisa que todavía llevaba puesta carecía de su esencia masculina, solo olía a mí.

Frustrada por el calor que me engulló, dejé la portátil sobre la mesita de noche, me estiré para apagar el interruptor de la lámpara y me acomodé en la cama.

Por suerte, tenía buena imaginación, podía recordar muy bien su longitud en su máximo esplendor, incluso pude traer a mi memoria su calor, la dureza de sus músculos en tensión, el aroma de su piel.

Cerré los ojos, abrí los muslos lo suficiente para colar una mano entre estos. Estaba mojada, quizá lo estaba desde que lo dejé ponerse sobre mis piernas.

Me relamí con la esperanza de menguar el fuego que me consumió desde adentro, pero solo logré exacerbar la necesidad que hormigueó en mi centro.

Desabotoné un botón de la camisa, solo uno, tal y como Cedrick hacía. A mi vaquero le gustaba verme desnuda y cubierta, todo al mismo tiempo...

Una de mis manos se fue a mis tetas, que amasé y pellizqué. Apreté mis globos de carne con urgencia, al mismo tiempo que mi otra mano curioseó entre mis piernas y me toqué sobre las braguitas imaginándome que era su polla dura, grande. No, no era lo mismo, no obstante, desde que llegué a su casa mi lascivia era tan visible que no podía pasar ni un día sin sentirlo. Privarme por primera vez en más de dos semanas de su tacto y temperatura, estaba descontrolando todas mis hormonas, era eso o lo que me daba para lactar.

Mi dedo medio se empapó con la lubricación, mis labios inferiores estaban hinchados, así como mi pequeño botón que rogó para ser aleccionado por la dureza del contacto.

Gemí y me estremecí, pensando en lo que sentiría cuando todo mi cuerpo se prendiera en llamas cuando al fin sucumbiera a los encantos del vaquero.

Pincé el pezón y lo estiré entre jadeos.

—Supongo que es momento de saldar mi deuda —musitó Cedrick.

Abrí los ojos con premura. Mi cuerpo se hizo mil nudos y el calor bajó hasta mis pies, como si segundos atrás no estuviese construyendo una bola de fuego en mi centro.

Tragué saliva al verlo, con una mano sobre la puerta abierta y la otra dentro del bolsillo de sus pantalones que señaló su bragueta abultada.

Jadeé, no pude retener que mis ojos lo recorrieran, que salivara cuando reparé en su deseo.

Lo miré, miré sus ojos azules, me deleité con sus pupilas dilatadas y, volví a pellizcarme, a jalar mis perlas rosadas.

No quería parar, no quería detenerme cuando estaba frente al público correcto, cuando quería que viese cómo me daba placer.

Cedrick tampoco me retuvo, en su lugar, sus ojos me espolearon, me repasó desde las piernas que abrí para que captara la húmeda que ya empapaba las braguitas de conejitos blancos.

Gruñó y se adentró a la habitación. Cerró la puerta a su espalda y gemí más fuerte para que me escuchara.

Toqué mi clitoris, creé círculos concéntricos con mi cadera que se movió con vida propia.

Mis párpados se entrecerraron, el deseo me dominó por completo.

Se detuvo a los pies de la cama, y antes de que le rogara para que me comiera como siempre hacía, sus manos jalaban su camisa y se la quitó por encima de la cabeza.

Me paralicé, mis ojos se abrieron y la tierra dejó de girar cuando sus músculos tensos y bien definidos se expusieron ante mis ojos golosos.

Antes de que pudiese asimilar la magnitud y belleza de su cuerpo, tiró la camisa a cualquier lugar y, en lugar de detenerse, se desabrochó el pantalón, bajó el cierre y se los sacó sin dificultad, con ropa interior incluida.

El pánico y el ardor reptaron por mi cuerpo que estuvo a nada de hacerme estallar el corazón. Mis latidos eran la batería de una canción de heavy metal.

—¿Q-qué ha-haces? —logré articular, pese a que se me secó la boca y sentí cada molécula, cada partícula que circuló entre nuestros cuerpos, conectándonos de alguna manera cuántica difícil de comprender para mi cerebro achicharrado por el calor que despertó en cada parte de mi ser.

No pude bajar la mirada para recorrer el camino que me llevaría a la perdición.

Sonrió con malicia y repasó mi cuerpo como el lobo feroz que era. Se humectó los labios con la punta de la lengua, sus manos se alzaron para cogerse del dosel, sus músculos se estiraron y sus bíceps se engrosaron.

Tragué saliva con dificultad y contuve la necesidad de explorar los montes y valles de su anatomía.

¡Bendita anatomía!

—Voy a pagar mi deuda, ¿lo recuerdas? Te lo dije... Cuando más lo necesitaras... —indicó sin terminar la frase, con ese tono de voz tan oscuro que prometía implosionar mis tímpanos cuando los latidos de mi corazón retumbaron en mi cuerpo.

Bajó los brazos y en un movimiento fluido y felino se subió a la cama y anduvo sobre mi cuerpo como una pantera rabiosamente sensual.

Cuando llegó a mi cara, sonrió con chulería.

—Deja que pague mi deuda, Julieta, mi bonita vaquita —musitó con exigencia salvaje antes de que todo se derruyera en mi interior y perdiera a mis neuronas sin ofrecer batalla.

Como dije, estaba perdida.

CAPÍTULO 15

UNA VAQUITA DOBLEGADA

Una de sus manos recorrió mis piernas, me abrió para meterse entre estas y, sin apartar nuestras miradas, acarició mi muslo, mi cadera, mi cintura y subió hasta la camisa para desabotonar los únicos dos botones que le impedían apreciar mi desnudez.

No pude respirar con naturalidad, me costó meter aire a los pulmones, pese a que su aroma masculino se introdujo en mi sistema y me pervirtió con su esencia profana.

¿Cómo era posible que oliese tan bien?

Me mordí el labio.

Cedrick sonrió, ladino, sabiendo que tenía todas las de ganar.

Abrió la camisa y me tocó los pechos con delicadeza. Me apretó las tetas, las alzó, pinzó los pezones como hice minutos atrás, para luego bajar la cabeza y besarme el cuello.

Gemí, no pude reprimir la estática que recubrió mi piel, las estelas de fuego que dejó tras sus besos cortos y húmedos que subieron hasta llegar a mis labios.

No me besó, hizo el ademán, se acercó para rozarme los labios, para luego retroceder lo justo. Bajó su torso y frotó sus pectorales duros, cálidos y masculinos con la punta de mis picos.

—¡Por favor! —rogué desesperada, con los párpados apenas abiertos y la necesidad rezumbando en mis partes sensibles.

Estaba por morir ahogada en la vorágine de humo y fuego que me torturaba y me incitaba a sucumbir ante aquel diablillo de ojos azules.

—No te apresures, mi novilla, tengo que hacerlo bien para pagar mi deuda, de lo contrario... no serviría de nada, ¿entiendes? —explicó con la voz ronca, suave, melódica.

No, no entendí, pero asentí como un muñequito, como un animalillo que solo quiere su zanahoria para llenar sus entrañas.

Cedrick era mi zanahoria, una zanahoria envenenada por el deseo, un deseo que corroyó mi mente. El hámster estaba a la deriva, lejos de la rueda que enviaba electricidad a las neuronas.

Ya nada se podía hacer.

Me mordí el carrillo y volví a asentir para estar de acuerdo con sus palabras. Me cortó el aliento cuando se inclinó y me lamió los labios, en un gesto animal que hizo que mi corazón palpitase al sur de mi anatomía.

Sin decir ni una sola palabra, con una sonrisa lobuna que eclipsó todo alrededor, se hincó entre mis piernas, las cuales cogió y maniató para juntarlas y, sin esfuerzo alguno, sacarme las braguitas por las piernas.

—¡Cedrick! —gemí encandilada y asustada.

El corazón me martilló con violencia dentro de las costillas, la lengua se me anudó y solo alcancé a gemir, a deshacerme entre sus manos cuando me abrió de piernas y se cernió sobre mi cuerpo.

Su boca no tardó en llegar a la mía, en enloquecerme con un beso devastador, hambriento en el

que ambos nos enredamos deseando sentir el cuerpo desnudo del otro.

No pude más, traté de mantener las manos alejadas porque no estaba segura de cómo detenerme una vez tocara su piel caliente sin nada que la cubriese, pero en ese instante olvidé todo y solo me dejé llevar por mi instinto, por mi lascivia. Mis manos se fueron a su cuello, mis piernas se aferraron con las rodillas a su cadera y me abrí para que se encajara en mi húmedo sexo que lo reclamó, que le exigió completar el círculo que dibujamos con aquellos mensajes que me parecieron lejanos.

Lo besé, me restregué contra sus pectorales. Mis pezones erguidos se enterraron en su piel suave, en sus músculos duros que me apretaron los pechos con urgencia.

Nos movimos como dos bestias intoxicadas por las hormonas.

No lo pensamos, solo nos unimos sin hacerlo.

Su dureza alcanzó mis labios vaginales calientes y mojados que se abrieron para recibir su tronco que se frotó con pujanza a través de mi rajita.

Gemí, me removí, con la respiración ondulante, arqueada para pegarme por completo a su figura masculina. Una de sus manos se fue a mi espalda y llevó mi vientre al suyo.

La desesperación por volvernos uno nos impidió soltar los labios del otro más que para respirar, para soltar jadeos entrecortados, bramidos y gemidos que solo lograron convertir la escena en un acto carnal que nos sobrepasó.

Lo necesitaba, necesitaba su polla dura, grande y fuerte enterrada en mi canal tembloroso que se cerraba y abría deseando tenerlo dentro, masajearlo hasta llevarlo a la locura.

Me separé de sus labios con la cabeza nublada por el placer.

Sentirlo tan primitivo, deseándome con tanto fervor, me desconectó de la realidad por un segundo, no obstante, la alarma se encendió en mi psique y logré contener el impulso de pedirle que nos olvidáramos de todo y que me tomase como le diera la gana.

—Dímelo —supliqué sin dejar de mover las caderas, de rozarme contra su protuberancia que parecía querer abrimme en canal en cualquier momento.

Quería que lo hiciera.

¡Por todos los jinetes del apocalipsis!, estaba dispuesta a que me follara y se corriera en mi interior tal y como lo hacían mis héroes en las novelas.

Quería aquel ensueño, quería aquella sentencia que nos uniría según sus propios designios, pero antes, tenía que saber qué significaba para él.

—¿Qué? —inquirió sin entender, con el gesto desfigurado, el ceño fruncido, la boca entreabierta por donde respiraba, pese a que no dejó de friccionarse con el cúmulo de nervios que envió energía desde nuestro vínculo hasta cada parte de mi ser.

Estaba en ese punto, a un paso del abismo, a una sola palabra suya de sucumbir.

Lo miré con deseo, con anhelo, con ardor.

Tragué el nudo con dificultad y mi mano se fue a su rostro.

—Dilo, di que quieres más que solo mi cuerpo y te daré todo —indiqué entre jadeos febriles, mientras que mis ojos le dijeron todo lo que no pude agregar a aquella petición que sabía que podía impulsarme a la cima o dejarme caer al mismo infierno, un infierno que no quería conocer.

Sus ojos registraron mi rostro, la impaciencia en mi semblante que no recurría a fuerzas de índole sexual, sino a un sentir romántico. Y... se detuvo.

Sus párpados se abrieron al entenderlo y todo se paralizó cuando vi el segundo en el que me soltó para dejar caer la condena sobre mis sentimientos.

Cerré la boca y me mordí los labios. El corazón se me quebró en ese instante en el que se alejó, solo unos centímetros, los suficientes para dejarme saber cuál era su posición.

Dejé salir el aire que estaba reteniendo, aflojé cada músculo de mi cuerpo. El calor se esfumó. Sin que opusiese resistencia, lo aparté de mi cuerpo.

Bufé por lo bajo, irritada con mis decisiones. Fui una estúpida, y como tal me lo recriminé. No sé qué estaba buscando con aquella confesión, con la petición más absurda que alguna vez hice, ni siquiera pude recriminárselo, ¿cómo hacerlo cuando yo solita llegué a su granja o lo que fuese?

Me enojé con las estupideces que me llevaron a ese momento, con encandilarme con un vaquero que ni siquiera me hubiese dicho su nombre de no habérselo sacado mientras se frotaba contra las braguitas húmedas que cubrían mi sexo.

«Ojalá nunca hubiese venido» —pensé con amargura, porque sí, ese era el mayor problema.

Jamás debí cruzar el país para conocerlo, ¿para qué? ¿Solo para terminar entusiasmándome con un hombre que me veía más como a un animal que como a un ser humano con sentimientos?

Negué con la cabeza y me levanté de la cama, me fui directo al armario y saqué mi maleta, la abrí con prisa, con movimientos precisos y rápidos.

Saqué un vestido, unas bragas cualesquiera y un sostén que dudé que me quedase, no obstante, si era lo que tenía, era lo que usaría.

Me puse cada prenda con decisión, con una rapidez y destreza que, de no estar molesta, me hubiese asombrado porque no era propio de mí.

En silencio me estrujó el corazón, sentí que me estaba pisoteando el alma con cada segundo que seguía a su lado.

«Tonta. Tonta. Mil veces estúpida» —me recriminé.

Vestida, cogí todo lo que alguna vez ordené alrededor de la habitación, mis pobres cosas que pensé que, durante ese mes, se quedarían en su lugar.

Con furia, metí todo a la maleta sin un orden en específico, sin molestarme en acomodar cada cosa como lo hice semanas atrás, cuando, nerviosa, me pregunté si no era una sandez viajar durante tantas horas solo para seguir una fantasía que antes no existía.

Sus ojos me persiguieron en cada movimiento, me vieron cambiarme, meter cada potingue dentro de la maleta, cerrarla no sin darle un buen golpe para apelmazar la ropa y los zapatos que, al final, no utilicé.

Me siguió sin decir una palabra, sin moverse de la cama, sin taparse, pese a que ni siquiera registré su cuerpo todavía desnudo.

No importaba, ya nada de aquello interesaba.

«¡Bien hecho, imbécil, perdiste tu dignidad y casi tres semanas de tu vida con un sujeto que, literalmente, te vio como un dispensador de leche con el cual poder disfrutar de unas cuantas caricias» —me recriminé y los pensamientos me marearon.

Tragué las sensaciones cuando puse la maleta en vertical, sabiendo que tenía que volver a hablar.

—¿Podrías llevarme al aeropuerto? —inquirí y me volteé para encararlo.

Sus ojos me observaron sin comprender nada, con las cejas enarcadas y la boca bien cerrada.

—¿Qué-qué haces? —indagó confuso, pese a que se levantó de la cama y cogió sus vaqueros para ponérselos.

—¿No lo ves? —respondí con retintín, ahogada con mis propios sentimientos, porque verlo me dolió, me detuvo el corazón y traté de no enfocar las pupilas en sus formas—. Necesito irme, AHORA —bramé con más fuerza de la que era capaz de exteriorizar.

Se detuvo antes de ponerse la camisa, la que llevaba hasta hace un instante. Se giró y su gesto contrito se deformó en una mueca de enojo. Soltó la camisa con furia.

—No —contradijo con furor, con el pecho hinchándose en una tormentosa respiración.

—¿No? —chisté con burla, dejando de pensar como la niña que ya no era. No importaba nada, solo necesitaba volver a ser yo, volver a recobrar las pulsaciones de mi atribulado corazón que su indiferencia destrozó—. ¿NO? No está en tus manos decidir si me quedo o me voy, no está en ti saber cuándo estoy dispuesta a aceptar algo —refuté con ira, di un paso adelante y lo puyé con el índice, con una furia desconocida hasta ese instante.

Retrocedió y sus ojos se abrieron y me analizaron con desesperación, sin deducir lo que pasó por mi mente.

Negué, no interesaba.

—Me llevas o me iré por mis propios medios, no me atrae pasar horas caminando, pero si eso significa poner fin a este estúpido juego al que nunca debía acceder, que así sea.

La mandíbula me tembló, sin embargo, no retrocedí, no lo haría.

Se quedó quieto, mortalmente quieto, jodidamente quieto.

Respiré entre temblores, traté de sosegar mis emociones que querían estallar y pedirle que reaccionara, que cumpliera mi petición y me dejase ir, que por un momento fuese un perfecto caballero y pensara en mí como algo más que una fuente de leche, o que, al menos, se dignara a luchar por mí, que hiciera algo para detenerme.

—L-lo haré ma-mañana —contestó por lo bajo, desarmado, sin poder analizar lo que hice, lo que me llevó a rechazarlo del todo.

Negué con violencia y tuve que volver a meter aire a mis ardientes pulmones antes de llorar de frustración, de dolor, de ira. Todo se acumuló dentro de mi pecho que ya no tenía cabida para su presencia.

«Estúpida, estúpida, estúpida»

—No, llévame hoy, si no... —volví a negar con efusividad—. Si no quieres o no puedes hacerlo, bien —asentí cada vez más contenida para no llorar, porque me estaba partiendo el alma verlo tan alejado de lo que yo sentía.

Sin decir ni una sola palabra más, cogí mi maleta y giré con la decisión tomada.

No, no estaba enamorada, si hubiese sido así, estaría llorando como cría, no obstante, lo... ¿lo quería? Sentía algo muy complicado de explicar por Cedrick y confirmar que no me veía, aunque fuese, como una mujer, me destrozó. Iba más allá del simple hecho de sentir deseo sexual, tenía que mirarme de verdad, de lo contrario, estaba perdiendo mi tiempo.

No llegué buscando satisfacer una fantasía, no era así, parte de verdad había en ese sentir, por eso no podía culparlo, porque sus acciones obedecían a ello, a hacerse con una mujer que cumpliera su idilio morboso sin involucrar sus sentimientos. Para su desgracia, la mujer que llevó a su casa no podía separar ambas cosas, no podía, aunque una parte de mí lo quiso creer, una parte muy gilipollas en mi interior creyó que podía entregarse, regalarle mi cuerpo sin pensar antes en lo que sentiría con cada una de sus miradas, con sus diferentes sonrisas, con sus palabras, con todas esas charlas en las que indagó en mi vida y...

Sacudí la cabeza y me detuve antes de salir de la habitación.

—Está bien, no es tu culpa, no puedo recriminarte nada, solo es que... No puedo separar las cosas. Quisiera, créeme, quisiera poder ser tu tonta vaca, tu novilla, entregarme sin más, pero... —negué, cansada, por tanto, por los estallidos emocionales que derrumbaron todo en mi interior.

No pude girar, no pude enfrentarlo, en su lugar, jalé la maleta y caminé con pasos decididos.

Solo quería poder respirar, inhalar hondo, llenarme los pulmones con el aire puro del pueblo. Era de noche, muy noche, pero no importaba, solo quería alejarme, llorar un poco y dejarlo atrás.

Sería otro capítulo más de mi patética vida, y pronto me reiría sobre cómo estuve con el dueño

de la mitad de Derbyshire moderno y entonces, no habría lágrimas de por medio.

Una sonrisa tensa estiró mis labios y arrastré la maleta por las escaleras.

Pronto estaría en casa y aquello solo sería un mal recuerdo, una tontería cometida en el calor del momento.

«Y lo peor —me diría—, es que ni siquiera le dejé follarme» —me burlaría con mi editor sobre mi tontería, porque el vaquero, al final del día, estaba más bueno que el pan, y como tonta me dejé llevar por mis sentimientos.

Sí, eso iba a suceder, lo olvidaría.

Atravesé el piso inferior, abrí la puerta y respiré hondo cuando el frío aire nocturno me enfrió por completo. Sonreí y dejé salir el dióxido de carbono que retenía dentro de los pulmones, el último resquicio del veneno que fue su lujuria.

Miré hacia el cielo estrellado y la luna que apenas iluminaba el camino.

Todo había acabado, el experimento fue un fracaso, pero al menos tendría una idea de qué sentían mis personajes cuando se les rompía el corazón, cuando las manos de un diestro hombre las hacía flotar por las nubes. Me hubiese gustado indagar más hondo en el abismo de su lujuria, pero era mejor así.

CAPÍTULO 16

LA NOVILLA QUE NO DEBIÓ SER ...

No aguardé a que me fuese a buscar, sería inútil, en su lugar, comencé a caminar. El frío caló en mis huesos, temblé, pero al menos la baja temperatura logró que me concentrara en otra cosa.

Caminé con dificultad a través de la gravilla. No recordaba todo el camino que hice con don Gonzo, el capataz, sin embargo, sabía que una buena parte fue en línea recta. Quizá debía llegar al pueblo primero y pedir que alguien me acercara al aeropuerto, tomar un taxi, un burro o lo que fuese. Podía hacerlo, era una mujer adulta, podía abrir la boca y pedir ayuda, socializar con los lugareños.

El hámster me miró con duda y se encogió de hombros, sin aceptar por completo mi propuesta, no obstante, no nos quedaba de otra.

Ambos conocíamos las limitaciones que mi falta de sociabilización acarreaba, pero, hey, lo peor que podía hacer era repensar en cómo lograría decir una palabra coherente antes de que me miraran como a un simio de cola blanca que se escapó del zoo. Solo tenía que dar un paso a la vez, así me calentaría y también me alejaría de aquella locura.

No podía permitirme pasar ni un solo segundo más en su presencia. Sí, temí que me convenciera de olvidar mis sentimientos, de dejarme llevar de nuevo por el calor que bañó mi vagina e hizo que mi cerebro perdiera sangre y oxígeno para hinchar y lubricar esa parte de mi cuerpo.

Me abracé con una mano, la que no llevaba arrastrando la maleta. Me tiritaron los dientes, la piel se me erizó y agradecí llevar el cabello suelto, aunque el vestido dejaba mucho que desear.

¡Joder, por qué empaqué como si fuese a la playa!

Mínimo me hubiese traído un abrigo, pero no, quería ser sexy, usar mis mejores trapos y seducir al vaquero. ¡Ja!, vaya broma de mal gusto.

Todo mi cuerpo rogó para detenerse después de unos pasos. Las sandalias que cogí eran las mismas con las que arribé a ese maldito pueblo, y los tacones no hacían más que encajarse entre las piedras y me desestabilizaban.

Era toda una burla andante. Con un vestido de tirantes entallado, entaconada, con el cabello revuelto, los labios amoratados por el frío, jalando una maleta como una puta indigente a la que el dealer la echó por no ser buena para follar.

Sí, así me veía.

Bufé y me froté el brazo con más insistencia.

Las luces de las farolas apenas iluminaban la carretera, pero como dije, había que ir en línea recta. Hasta una tonta inepta, como yo, podía hacerlo, ¿verdad?

El tacón derecho se atascó y mi tobillo se dobló hacia el lado contrario. Me agarré a la maleta con fuerza y me torcí toda, cayendo al suelo hecha una bolita. El dolor emergió desde el tobillo hasta lo más hondo de mi garganta.

Me mordí los labios para no lloriquear, entre el dolor y la frustración.

Furiosa conmigo misma, le pegué a la maleta y con enojo zafé el tacón del hoyo en el que se hundió y siseé cuando traté de enderezar el pie.

Lo moví en círculos. Por suerte, no estaba quebrado, ya eso sería excesivo para mi pobre ego. Demasiado hice para salir de esa casa para luego volver cojeando, rogando por auxilio. ¡Eso sí que no!

Podía ser una tonta, una estúpida que creía en el amor antes del sexo, una reverenda idiota que salió de una casa sin rumbo fijo en plena noche, sin nada alrededor más que el grillar de los grillos en una carretera intransitada, exponiéndome a Dios sabe qué cosas.

Podría encontrarme con un asesino y con gusto lo aceptaría en ese momento.

Irritada, me quité los tacones y los cogí con la mano y, como pude, me puse en vertical, con toda la dignidad que conservaba que, como la suma de mis fuerzas, era igual a cero.

¡Vaya mierda estaba hecha!

Cojeé durante unos pasos, deseando que, aunque fuese el asesino, alguien pasase y me librase de seguir andando con el dolor punzando a lo largo de mi pierna, un dolor que enviaba electricidad desde la planta del pie hasta la cadera. El malestar me hizo apretar los dientes, un sudor frío me recubrió y deseé darme una patada en el culo por todas mis malas decisiones.

Pero era una mujer de «armas tomar», ¿verdad?

Los faroles de un coche iluminaron la carretera y me detuve para girar a ver el vehículo que se acercaba a unos metros de donde estaba. Para ese momento, estaba dispuesta a subirme a una carreta, un caballo, un burro o a la misma «carroza fúnebre».

Entorné los párpados y me cubrí los ojos con la mano libre, pese a que los tacones me cayeron en la cabeza.

¡Malditos tacones, cuando volviera a casa los iba a hacer pedacitos! Primero les arrancaría el taco y los golpearía, los cortaría con un cúter, los rasparía hasta solo dejar las cenizas y luego cortaría cada tira. Los haría jirones que luego quemaría con gusto.

La promesa se me atascó en la garganta cuando el coche se estacionó al lado y tuve que pestañear para poder reconocer al hombre que bajó el vidrio tintado desde el asiento del conductor y me miró con enojo, con el ceño fruncido y el gesto tirante.

—¿Qué pensabas hacer?, ¿acaso sabes cuántos kilómetros hay desde el viñedo hasta el aeropuerto? —inquirió Cedrick desde el interior del todoterreno, furioso.

Me repasó desde los pies descalzos hasta la melena despeinada.

Tirité de frío. Pese al sudor ocasionado por el dolor, desde que «paré» por culpa de los tacones, no hice más que coger más frío, estaba temblando frente a él, incluso cuando traté de no hacerlo.

—¿Te incumbe? —demandé con retintín.

—¡Mierda que sí! Sube tu trasero al coche, ya hablaremos en la mañana cuando el capricho se te pase —bramó con ímpetu, en una clara orden que creyó que iba a cumplir.

Sonreí y sus cejas se arquearon interrogantes.

—Creo que no lo comprendes. No, no lo entiendes, amigo. Ya no soy tu maldita novilla, ya no seré tu vaca lechera, no soy un puto animal y me niego a que te olvides que soy una mujer con el fin de cumplir tu estúpida fantasía. Sí, seguro, follas de maravilla, puede que no hayamos llegado a la penetración como tal, pero lo disfruté. En serio me gustó hacer lo que hicimos, pero no voy a dejar que la calentura me ciegue —grité enojada por todo, en especial porque me estaba congelando el toto en media carretera.

Gruñó por lo bajo, y antes de que pudiese predecir sus movimientos, se bajó del todoterreno, el

mismo de la fotografía del anuncio y rodeó el vehículo con el fin de encararme.

No me amilané, ¡jal!, ¡que el infierno se partiera antes de que me doblegase con su estampa de vaquero gilipollas!

Mi tía Gertrudis podía volver a la vida y aun así no obedecería, al final, a la vieja solo le gustaba pegarme con su bordón en la cabeza cada vez que la veía.

Podían gustarme los imbéciles como él, todo guapo, masculino, con los músculos tan grandes y definidos como los de una buena bestia, pero hasta yo tenía un límite para la gilipollez.

—¡Vamos, sube! —ordenó y me cogió del brazo con fuerza.

—NO-ME-TOQUES —siseé, incluso cuando su calor casi me hace ronronear y desear pegarme a su torso en busca de cobijo.

Sus ojos se encendieron y volvió a jalarme, sin embargo, antes de que abriese esa preciosa boca, mi mano se alzó, me zafé con arrebato y lo empujé, pese a que la única que trastabilló fui yo.

—No te atrevas a tocarme, hasta aquí acabó nuestro trato, niño bonito, y como el hombre que dices ser, debes respetar mi decisión —grazné con repulsión.

Los ojos me ardieron, la boca me tembló, pese a que dudé que fuese por el frío. Quise abofetearlo, pero no había razón real para hacerlo.

El gesto se le ensombreció y, antes de que pudiese prever lo que iba a hacer, me cogió de ambos brazos y con un grácil movimiento, me puso sobre su hombro como un costal de papas y me llevó al coche incluso cuando pataleé y le dije mil cosas. El vértigo y el miedo a partirme la crisma me impidió luchar con más fuerza, hasta que me puso sobre el asiento del copiloto.

Lo miré con odio visceral y traté de luchar para que me dejase bajar, pero sus manos me inmovilizaron con rapidez, al punto de que creí que no hice ni un solo movimiento.

Me cogió de las muñecas y las puso tras mi espalda. Estaba en diagonal, con las piernas abiertas, con las suyas en medio, con el vestido enrollado en las caderas, las braguitas mal puestas, los tirantes alargados y el sostén a la vista.

No dejé de moverme, de tratar de empujarlo con las piernas, con fuerza, hasta que se pegó más a mi cuerpo y me inmovilizó por completo.

—Deja de luchar —gruñó en un imperativo.

La mandíbula me tembló y me contuve. Solo estaba logrando que se enfureciera más, perdiendo fuerza que iba a necesitar cuando bajara la guardia. No iba a poder correr, pero podría tratar de meterme al asiento del conductor y...

Sus ojos me robaron el aliento, la mente se me eclipsó con el azul de sus iris.

—Deja-de-luchar —protestó con la mandíbula apretada, despeinado, con el semblante endurecido y la respiración truculenta.

Me detuve por completo, incluso cuando una vocecita me advirtió que estaba de nuevo en peligro de claudicar ante sus peticiones estúpidas que no podía sostener a lo largo del tiempo.

—Entonces déjame ir. ¿Acaso no ves lo que pasa aquí? No entiendes cómo me siento, lo que sé que no va a pasar y cómo me hace sentir. No quiero ser tu maldita vaca, no me importa amamantarte, pero no puedo hacerlo si no me ves como mujer.

—¿Y cómo coño crees que te miro? —prorrumpió casi en un grito.

Silencio.

Bajé los ojos de los suyos y me enfoqué en mi apretada respiración. Me estaba quedando sin fuerza.

—¡Mírame, joder! No es tan difícil ver a la persona con la que hablas —rugió violento y su mano libre me hizo alzar la cara.

—Llévame al aeropuerto o déjame seguir —rogué casi sin voz, con los músculos flácidos, tendida sobre el coche.

Su boca se abrió, me miró con desesperación e ira. Se tensó desde los pies, incluso parecía más grande, fuerte, al punto de que su cuerpo fue lo único que vi.

—Creo que la que no entiende eres tú...

—Explícate entonces, ya no tengo paciencia, ya no tengo ganas de seguir hablando. ¿No comprendes que lo único que quiero hacer es volver a casa y dejar esto atrás? Me torturas con tu cercanía, y no, no entiendo para qué me detienes cuando es obvio que no estamos en la misma página —rugí con la voz quebrada, respirando en medio de cada palabra, al punto en el que creí que iba a hiperventilar.

Sus ojos me repasaron, fue desde mis pupilas dilatadas, bajó hacia mis labios, se relamió cuando descendió a mis pechos hinchados que rogaban por salirse de las prendas que los oprimían, siguió su recorrido por mis curvas sinuosas hasta caer en el vértice que seguía sin probar.

Me tensé, mil nudos se formaron en mi vientre y la tensión sexual se elevó.

«¡No, así no!» —rogué porque supe que no podría volver a rechazarlo.

Su nuez de Adán se movió en un espectáculo de masculinidad y su mirada regresó a la mía.

—Sí, quiero que seas mi vaquita. ¡Joder!, me quiero comer tus tetas día, tarde y noche. Quiero que me alimentes como a un crío, para luego follarte como si no hubiese mañana. ¡Claro que quiero todo eso! Lo quiero a cada hora del día, a cada minuto, a cada segundo y...

—¿Y qué? —inquirí enloqueciendo, porque su voz cada vez era más exigente.

—Y quiero más, joder, claro que quiero más, mucho más. Quiero sentirte, quiero sentirte de todas las maneras posibles. Me volví loco cuando me vestí y no te hallé en la casa, cuando te grité y no te vi por ningún lado. Casi despierto a todos los trabajadores que duermen en el viñado. ¡Perdí la razón por ti, Julieta! —gritó con desesperación.

Silencio.

Lo miré, miré sus ojos atribulados, su expresión severa e impotente. Su agarre disminuyó, pero no me moví para que me soltara.

—Lo he querido... Te he querido cerca desde que mandaste ese puto y absurdo mensaje en el que me dijiste que soñaste con convertirme en mi vaquita, porque lo hiciste. Me pareciste tan... inocente que no pude resistirme. Al principio fue un juego, pero en cuanto te vi... No, no solo quería tus pechos. Tienes unas tetas impresionantes, no te voy a mentir para que creas que mis ojos no se fueron a ellas cuando enviaste la foto, pero no fue lo único que vi... Hay algo en ti y, quiero decir, tus ojos son... son tan...

Gruñó irritado por no poder expresarse.

Me solté de su agarre y me senté mejor.

Resopló, negó con la cabeza y se cogió del marco de la puerta.

—No sé cómo decirlo, ¿bien? No sé cómo decirte lo que siento, porque nunca lo he sentido y... me asusta cada latido errático que palpita en mi interior y me hace pensar en ti de mil maneras diferentes —comentó con la voz suave, sin alzar la vista de mis piernas, pese a que supe que no me estaba viendo con morbo.

Llevé las manos a su rostro y lo alcé para que me viese.

—Solo dime que no soy solo una vaca para ti... Te he visto con ellas, y a veces me siento como un animal a tu lado. Me acaricias, pero me tocas como a ellas. Solo quiero que sepas que no puedo separar mi cuerpo de la persona que soy, no... No hay forma en la que esto funcione si no entiendes que quiero algo más que solo sentirte en la cama.

Sus pupilas se quedaron en las mías y tragó con fuerza.

—No eres solo las tetas que quiero, ¿bien? No te hice preguntas porque sí, quería saber de ti, conocerte. Al principio creí que lo que dijiste era una tontería. ¿Qué más daba nuestras vidas cuando el deseo era lo que me impulsaba a desearte día, tarde y noche? Pero entonces, me perdí en tus ojos. No sé cómo pasó ni cuándo fue el momento exacto en el que me atormentaste con tus miradas, con esas sonrisas pícaras e infantiles que me sacan de quicio. Ni siquiera estoy seguro de si debería hincarme ante ti o doblegarte para que te sometás a lo que quiero hacerte. No sé nada, ¿bien? No tengo ni puta idea de qué decirte, de cómo hacer para que no te vayas, para que no me dejes, para que no hagas que el corazón me estalle y se me perturbe la mente, solo...

Sonreí, porque al fin dijo algo parecido a una declaración.

Parpadeó al ver mi sonrisa, desconcertado.

—¿Lo quieres aquí, como dos salvajes?, ¿o en la cama? —pregunté con malicia.

Me acerqué a su cuerpo, me afiancé a su nuca, coqueta. Puse las piernas al lado de su cadera, ignorando el frío y el leve dolor en el tobillo.

—¿Qué? —inquirió confundido.

Le acaricié la mandíbula y la mejilla.

—Pobre vaquero, se ha liado al ver que su hembra lo reclama —apunté con sarcasmo, traviesa.

Se quedó quieto.

Resoplé, divertida y lo solté, enderezándome para sacarme el vestido por la cabeza. Sus ojos se abrieron, pero no se pudo mover, inmovilizado por la visión de mi cuerpo semidesnudo.

Sonreí más grande, con la malicia iluminando mis ojos.

Me relamí y mordí el labio inferior cuando pasé las manos a la espalda y me deshice del sostén.

—¡Qué cojones! —bramó por lo bajo al comprender lo que quería decir.

—¿Lo quieres aquí, en el asiento trasero?, ¿o quieres esperar para follarme en tu casa, abrirme bien de piernas y darme tan duro como se te antoje? —ronroneé con descaro y me apreté un pecho.

Sus ojos se encendieron, las pupilas se le dilataron y su cuerpo se endureció en cero coma tres segundos.

Me relamí cuando sus manos fueron a mi cadera y me miró desde su posición.

Mi sonrisa se ensanchó y supe que al fin podría sentirlo, al fin me dejaría domar por el vaquero, por el niño bonito, por el hombre de las nieves, por el toro bravío que quería a su vaquita lechera para hacerla mugir en mil idiomas diferentes.

CAPÍTULO 17

U N A V A Q U I T A L E C H E R A

—¡Joder!, debería castigarte por desnudarte donde cualquiera te puede ver —aulló encandilado, olvidando la discusión previa.

Jadeé.

¡Sexo de reconciliación! ¡El sueño de una chica perversa!

Subí las manos, lo acaricié con necesidad, desde sus pectorales apretados, por su cuello tenso, hasta llegar a su nuca. Me acerqué, peligrosamente cerca, sin dejar de intercambiar la mirada entre sus ojos y su boca entreabierta.

—Hazlo, castígame, mi vaquero, dame duro, hasta que me dejes la piel caliente y rojita —reté en un sollozo entrecortado, para después lamer su boca y soltarlo.

Me alejé y, con un movimiento rápido, me volteé y me puse en cuatro sobre el asiento. Moví el trasero frente a sus ojos y me contorsioné para ver su rostro petrificado en un gesto lascivo en el que sus brillantes pupilas se quedaron pegadas a mi culo gordo y respingón que se estaba comiendo las braguitas, la única prenda que le impedía verme el alma, mi alma lasciva que estaba dispuesta a correr hasta el mismo infierno para poner las cosas en donde correspondían. Y el lugar de mis curvas era junto a sus músculos, tan unidos que no se distinguiera dónde terminaba su fascinante y exquisita piel morena y dónde comenzaba la mía, sonrojada y suave.

Ronroneé y agité las caderas. Bajé el torso para mostrarle mi trasero con forma de corazón.

—¡Mierda! —bramó antes de cogerme las caderas y abrirme el culo con la fuerza de su agarre.

Gemí y abrí más las rodillas. Pegué el rostro a la palanca de cambios y me sentí como una fulana, en plena carretera, con las tetas entre los asientos, apretadas con el freno de mano, su móvil y cartera que estaban en ese espacio.

Siseó y tembló sin apartar los ojos de mi centro expuesto.

El corazón me martilló dentro del pecho, la garganta se me cerró, me costó respirar. Lo vi, bajó despacio hasta besar mi trasero, hasta lamer mis cachas con un beso lobuno que me hizo sollozar.

Sonrió, su sonrisa se estiró contra mi piel y, sin previas, me mordisqueó con apetito, un mordisco nada sutil en el que se hizo con mi carne y envió un dulce espasmo desde el coño hasta los pechos. Temblé, pero no me dejó espacio para nada más, en su lugar, se alejó y, con rapidez, me dio un sonoro cachete en el trasero.

¡PLAS! —reverberó el azote, arrancándome un gemido.

—¡Joder, estás toda roja! —protestó y estiró el cuello, sofocado por el calor que inundó nuestros cuerpos, pese a las bajas temperaturas que nos rodeaban.

Sacudí la cadera y me reí por lo bajo, encantada con su inhalación interrumpida, con esa exhalación que dejó salir entre los dientes justo antes de alzar la mano y darme más duro.

¡PLAS!

Gemí de placer. El calor acogió mi piel con delicia, desde el trasero irritado, hasta mi rostro

sonrojado por la lascivia. Me pegué de lleno al coche cuando su mano bajó mi columna y dejó caer una serie de azotes sobre mi culo cada vez más caliente. Mi centro cosquilleó, la piel me ardió, el sexo me punzó. Empapé las bragas con mi esencia que no tardó en olfatear cuando me abrió las mejillas para dejarse llevar por el deseo que salía líquido desde mi interior.

Jadeé, lloriqué y me removí con cada nueva reprimenda, hasta que el calor fue tan asfixiante que mis piernas estaban cubiertas por la lubricación.

—¡Por favor! —rogué sin decidirme entre pedir que me follara de una vez o que me siguiera torturando con tanta maestría, como si supiera cuáles nervios tocar para enloquecerme, para dejarme al borde del precipicio cada que se acercaba a mi necesitado coño y los temblores de su palmada me hacían contraerme.

¡PLAS! —cayó el último azote.

Jadeante, me dejó un momento para recomponerme, pese a que sus manos magrearon mis mofletes y el resquemor satisfactorio me turbó.

—Debería bajarte las braguitas obscenas que te pusiste y follarte sin que te puedas correr —musitó con la voz apretada, así como su mandíbula.

Sus ojos refulgieron, oscuros y profanos, sin apartarse de mi carne enrojecida. Gemí por lo bajo, ronca.

—Puedes hacerlo, te doy mi permiso para bajarme las braguitas o arrancármelas, desnudarme a media calle y follarme contra el coche con la violencia que necesites —indiqué con la cabeza nublada por la lujuria que prendió mis venas y me hizo palpar para él.

Gruñó por lo bajo y me cogió del cabello para sentarme sobre mis piernas en un movimiento fluido y masculino en el que me dominó por completo. Su otra mano se deslizó hasta mi nuca y me restringió el paso de oxígeno, al tiempo que me soltó el cabello y me cogió de las tetas para arquear mi espalda y magrearme como tanto le urgía.

Gimoteé y removí las caderas, sentada sobre mis pies, en una postura en la que mis omóplatos se pegaron a su pecho y di gracias a que no me rompí la cabeza cuando me senté.

Se acopló a mi espalda, me aferró la garganta con brío y se restregó contra mis nalgas en un acto masculino y lobuno que envió un espasmo dulce por todo mi cuerpo.

—Debería follarte, debería cogerte del cabello, sacarte del coche, ponerte en cuatro en la calle para que se te raspen las rodillas y las palmas cuando te dé por detrás sin contemplación.

—¡Sí! —exclamé con la imagen de sus palabras rondando en mi mente, acelerando mi corazón, anudando mi vientre en mil nudos que no estaba segura de poder desenredar con un solo orgasmo.

Gruñó varonil y su mano me torturó los pechos con violencia, una exquisita violencia que sacó mi aliento en pequeñas nubes de vaho. Me apretó, pellizcó y pegó en las tetas, en medio de bramidos, con su rostro en el hueco de mi cuello para ver lo que estaba haciendo, sin dejarme respirar, incluso cuando gemí más y más, embrujada por su dominio, por la forma en la que me estaba tratando.

¡Joder, me iba a matar y con gusto moriría!

Me pellizcó un pezón con impulso y lloriqué hasta que la vista se me oscureció.

Aulló con furia, su mano en mi garganta me arrastró fuera del auto, ayudándose de la otra para, en volandas, llevarme fuera del vehículo. Me giró la cara para buscar mis labios y me besó con rabia, con un enojo desconocido y excitante en el que me obligó a poner mis manos sobre sus brazos fuertes para no caerme boca abajo sobre el coche.

Su mano en mi torso ahuecó mis pechos y volvió a fustigarlos, al tiempo en que su cadera se retorció contra mis lastimadas nalgas, mientras mis pies trataban de sostener mi peso en las puntas.

La mente me dejó de funcionar, mi cuerpo respondió al suyo. Palpitó, me quemé con cada roce, con el magreo de su mano, con la otra que me apretó la garganta, con su boca demandante que se adentró en la mía, que mordisqueó mis labios, los succionó con desesperación e inspeccionó con su lengua rapaz que me hizo gemir una vez tras otra. Me perdí en la vorágine de sus brutales caricias.

Me aferré a su cuerpo cuando me pellizcó las tetas, cuando las apretó con delirio y después bajó por mi abdomen hasta las braguitas húmedas.

—Te las voy a arrancar —susurró contra mis labios antes de jalarlas y hacerlas jirones sin importar la forma en la que maniató mi cuerpo y me dejó sin poder respirar con su mano ejerciendo presión en mi tráquea.

El corazón me pitó en las orejas cuando las bragas, hechas harapos, se quedaron enrolladas en mi muslo y cayeron cuando me abrió de piernas y se agachó sobre mi boca para someterme con su gran cuerpo.

—¡Cedrick! —sollocé cuando soltó mi boca y alcanzó mi sexo con la palma extendida.

Rugió y sus labios fueron a mi cuello, su mano dejó de restringirme el oxígeno y remplazó a la otra sobre mis tetas más pesadas y grandes que nunca. Las tenía calientes, tirantes, con las venas marcadas, rojas por sus caricias violentas que me estaban drenando cualquier gramo de cordura.

Ni siquiera registré que estaba desnuda en medio de la nada, en la carretera, con las piernas abiertas, sostenida por las puntas de los pies, maniatada por un hombre grande, doble, que me tenía agazapada contra su pecho y que me tocaba sin tapujos.

Gemí y temblé, con los pezones tirantes, el sexo empapado y los ojos cerrados, sin poder vislumbrar la escena, sin desear más, sin querer que terminara con el suplicio, pese a que también quería que me empalara con su dureza.

—Cedrick, por favor, hazlo —rogué sin mucha convicción, con las uñas metidas en sus músculos.

Gruñó y mordisqueó mi cuello, al tiempo que sus manos se movían para tomar cada parte de mi ser, para apretarme las tetas y friccionarse contra mi cúmulo de nervios.

Jadeé y me mareé cuando la energía fluyó desde mi coñito, justo donde me tocó, hasta mi centro caldeado que pronto iba a explotar.

—¡Estás empapada, mi vaquita! —ronroneó fascinado contra mi cuello.

—Sí, ya no aguanto, te necesito dentro, profundo —supliqué sin tapujos, alzándome sobre mis dedos como baletista, pese a que el mayor peso lo sostuvieron sus manos en mis curvas.

Gemí y me estremecí cuando sus dedos jugaron con mis labios hinchaditos, con mis pezones y... una ráfaga caliente y electrizante atravesó mi pecho con violencia, me arqueé y jadeé al ver los dos chorritos de leche salir de mis tetas, fueron dos chorritos pequeños que me hicieron sollozar por el alivio que no sabía que deseaba.

Maldijo al ver las gotas blanquecinas que pringaron su mano.

—¡Mierda!, dime que es verdad lo que acabo de ver —reclamó y me pegó más contra su torso, haciéndome trastabillar sobre la punta de mis dedos.

Gimoteé y asentí como pude, pese a que estaba tan asombrada como incitada por aquella revelación.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —farfulló desesperado.

Se irguió sobre su cuerpo y me soltó, dejándome sobre el asfalto, confundida por su cambio.

Giré y sus ojos me recibieron, brillantes, oscurecidos y asustados, todo al mismo tiempo.

—Súbete atrás —ordenó con la voz ronca y me llevó hasta el coche, abrió la puerta trasera y me hizo subir a trompicones.

Sin oponerme, le hice caso, entre asustada y anonadada. Me subí con premura. Apenas me senté

cuando, de un portazo cerró la puerta del copiloto y, sin paciencia, se quitó la camisa por encima de la cabeza, reventando algunos botones.

Mis párpados se abrieron al ver su escultural figura, al captar al fin lo que quería hacer.

¡Por la virgen del socorro...!

Tragué con apuro y me arrastré por el asiento cuando rugió y se acercó al vehículo, con las manos ocupadas en el pantalón, el cual se bajó.

Jadeé al ver su polla dura, grande, majestuosa, la misma que ni siquiera quise ver a través de la pantalla para evitar rendirme, pero ya me tenía, así que mis ojos viajaron por su anatomía hasta nutrirse con la virilidad que, erguida, apuntaba al cielo.

Era más ancha y grande de lo que recordaba y dudé de que me fuese a entrar. Tragué con dificultad y me relamí cuando de la punta de su ojo ciego brotó dulce líquido preseminal.

Ronroneó y se subió conmigo al coche. Me cogió de la espalda, me abrazó contra su pecho y me llevó hasta el otro extremo del asiento para hacerse espacio sobre mí.

Jadeé y enrollé las manos detrás de su nuca, lo arañé cuando nuestras miradas se enortijaron y me quemé en el foso de sus pupilas dilatadas donde el fuego del averno crecía y crecía.

—¿Vas a criarme, mi toro? —inquirí con fingida inocencia, a la vez que enrollé las piernas en su cadera y sentí su largo apéndice calentar mi rajita.

Maldijo en apenas un hilo y cerró los ojos por un instante en el que tensó la mandíbula, sus músculos se engrosaron y retuvo el instinto para devorarme hasta los huesitos.

Sonreí pícara y me removí para lubricar su larga longitud.

Renegó y abrió los párpados en dos rendijas finas.

—Quieta, mi vaquita, antes quiero ordeñarte las ubres —exclamó excitado y su mano en mi espalda pasó a mis pechos que apretó hasta que deslizó la mano para pellizcarme los botoncitos erguidos y sensibles.

Gemí cuando la primera gotita de dulce néctar germinó caliente de mi seno.

Sonrió, una sonrisa que removió los cimientos de mi mente y se dejó caer sobre mis labios en un beso voraz y necesitado en el que ambos nos movimos para sentirnos, en el que su mano volvió a mi espalda y sus pectorales se frotaron con mis pezones. Su cadera me hizo alzar el culo y su dureza se frotó con más fuerza contra mi nudo de nervios.

Temblé, lloriqueé, con la sangre caliente, la mente obnubilada, las piernas bien abiertas para mi macho, que no tardó en bajar hasta mis pechos, esa vez, para embeberse con cada uno de mis pecados más profanos.

Lamió mi cuello desde la clavícula, mordisqueó mi mandíbula y descendió hasta llegar al escote. Se dobló sobre mi cuerpo para maniatar mis tetas con su boca. Pasó la lengua con dureza a lo largo de mi seno, con hambre, con un deseo enfermizo que me estremeció.

Gruñó al probar la primera gota del cálido néctar blanquecino que brotó de mi pezón, apenas una gota que lo enloqueció y que le hizo olvidar las previas para succionar con pasión y exigencia, gobernado por la necesidad de consumirme con sus labios y lengua.

Lloriqueé, caliente. Mis manos se fueron a su cabello que revolví. Arquee la espalda para entregarme, para que sintiera cada feroz latido de mi alma rogando, deseando tocar la suya. La temperatura en mi piel se disparó, así como la suave fragancia que humectó mi sexo que buscó el suyo con avidez.

Gruñó sobre mi redondez, hundió la cara en mi carne y succionó cada vez más incitado por las gotas colmadas que se derramaron en su boca. No eran los chorros de leche que ambos esperábamos, pero aquellas gotas gordas que salieron de mis tetas fueron suficiente para

embruarnos y meternos en una burbuja en la que solo nos importó el placer del otro.

Me removí contra su cuerpo, agité las caderas y me aferré a su cabeza y al asiento del piloto para reacomodarme. Necesitaba más, necesitaba más que el calor y tersura de su boca. Quería morir entre sus caricias, bajo su cuerpo, con cada aspiración con la que me estaba cortando el aliento.

La electricidad corrió por mis venas, cada músculo de mi vientre se tensó, mis pechos se endurecieron y un chorro abundante salió de mi teta cuando se amamantó con potencia, arrancándome un orgasmo devastador que me subió al séptimo cielo y luego me arrojó al noveno infierno en el que ardí con su lengua rapaz y sus manos que buscaron algo más entre mis piernas, que hallaron el botón para desconectar mis sentidos y crear una avalancha de sensaciones.

Me consumí como una bola incandescente entre sus manos, alcancé nuevas temperaturas y luego me apagué con cada uno de sus lametazos, hasta que sus dientes me volvieron a la realidad.

Jadeó ronco y se posicionó entre mis piernas flácidas.

Abrí los ojos, pese a que no recordaba cuándo los cerré, mucho menos cuando dejé de jalar su cabello.

Lo miré con devoción. Estaba arrebatador, con el cabello despeinado, los labios brillantes con *mi* leche, los ojos oscurecidos, pese a que la llama de su lujuria titiló al fondo de sus pupilas dilatadas que formaron dos halos diabólicos con sus iris tremendamente azules, imposiblemente azules, su boca entreabierta por donde el vaho caliente de su respiración salió en nubes pequeñas que se difuminaron antes de cosquillear en mi nariz con un aroma dulce y lácteo.

Gemí, suave, y mi mano subió a su mejilla para acariciar su tersa y cálida piel.

—Sé que dije que la primera vez que te montara lo haría en mi habitación, pero ya no lo soporto más —aulló mortificado, con una mano en mi cadera que se deslizó hasta mi muslo para doblar mi rodilla y pegarse por completo a mi rajita bien mojada.

Jadeé y me mordí el labio, tratando de contener la vorágine de sensaciones y sentimientos que el simple roce con su virilidad descargó en mi vientre bajo.

¿Cómo podía ser tan absurdamente sensual?

¡Me iba a derretir en sus manos!

Sus caderas descendieron hasta que mis labios envolvieron su grosor y cada nervio de mi vulva fue recompensado.

—No me importa, hazlo —animé a media voz, casi sin fuerzas más que para mover las caderas y entregarme por completo al macho que me tomó como su hembra.

Rugió y su instinto de depredador le hizo detener la cadencia de mi pelvis y hundir mi trasero y así poder aprovechar mejor la postura entre nuestros cuerpos.

—¡Hazlo! —susurré entre estremecimientos.

El pulso se me elevó, la sangre me quemó las venas, los pezones se me endurecieron, pese a que supe que no iba a obtener más de ellos, en cambio, fue mi estrecho canal el que lo reclamó.

Sus ojos se perdieron en los míos, había deseo y dominio en los suyos, un deseo que perforó mi alma y me hizo ubicarme en ese punto en el que su capullo alcanzó mi pequeño agujero.

Tragué saliva con esfuerzo.

—Quiero correrme dentro de ti, Julieta, quiero que me sientas hasta lo hondo de tus entrañas, quiero que cada disparo de mi placer llene tu vientre. Te quiero preñar, quiero que te quedes tan embarazada que ya no puedas... —Su respiración agitada salió en un destello de pasión que lo detuvo.

Me perdí en su semblante contenido, necesitado, en cada vena que se resaltó en su piel, en sus músculos tirantes que se engrosaron por el deseo que corroyó cada parte de su ser.

¡Me deseaba hasta ese punto...!

Lo miré sin perderme ni un solo detalle de su gesto, de su mandíbula apretada, de su nariz que se dilató y encogió cuando ya no pudo seguir respirando por la boca.

Sonreí, una sonrisa que nació en mi alma que se calentó de otra manera cuando comprendí su silencio.

—Hazlo, lléname con tu lujuria, mi vaquero —susurré enloquecida con su sujeción.

Bramó como una bestia, sus dientes rechinaron, y sin esperar un segundo más, me embistió en una profunda estocada que me sacó el aliento y distorsionó mi vista.

Gimoteé cuando me perforó. Era grande, enorme, tan grueso que sentí que el dolor se combinó con el placer. Lo apreté sin querer, siseó cuando mis estremecimientos lo masajearon, cuando el calor y la falta de oxígeno me tintaron la piel, cuando mis ojos perdieron la conexión con los suyos y levité por unos segundos en los que solo me dejó sentir la profundidad de mi canal, tocando un punto que nunca conocí, pese a que soñé descubrir en mis más locas fantasías donde elfos, horcos y bestias salvajes se turnaban para darme placer.

—¡Joder! —blasfemó entre dientes y no soportó dejarme más tiempo a que me acostumbrara a su tamaño, ni se lo pedí.

Retrocedió hasta dejar la punta y luego me taladró con su polla hasta el final, friccionando cada punto débil de mi anatomía hasta que su pelvis estalló contra mi clítoris y todo se nubló.

Gemí, pero no me dio tiempo para más cuando repitió su hazaña, esa vez con más fuerza, más rápido, una y otra vez, incrementando la velocidad y la intensidad, haciendo que mi canal temblara, que se cerrara entorno a su punta, que todo mi cuerpo se electrificara como en una noche de tormenta que dejó sin funcionar el cableado de mi cerebro, que frío mis dos neuronas hasta que quedaron achicharradas.

Lo apreté, le rasgué la espalda con las uñas, sollocé, me arqueé y mis pezones oscilaron y se frotaron con su piel caliente, con una capa de sudor que lo cubrió e hizo que su aroma entrara a mis fosas nasales y me elevara una pulgada más, unos centímetros más arriba del cielo en el que levité con cada embestida.

Perdí el enfoque, mis ojos se cruzaron, mi boca se abrió con cada suspiro femenino y febril que no pude contener. Mi cuerpo tembló, mi vientre se incendió, un torbellino alcanzó cada resquicio de mi canal. Lo envolví en un calor opresor que estrechó más y más las paredes, que lo hizo rugir como el toro que era, como el macho grande que me sometió con cada embestida.

Grité sin voz, arañé su espalda, mis muslos apretaron su cadera, el corazón me pitó en los oídos, la piel se me erizó, mi canal se volvió una fuente que acompañó con destellos acuosos los impactos entre nuestros cuerpos, hasta que los dedos de mis pies se entumecieron, hasta que los músculos fueron rastrillados por la lujuria que me dominaba y mi vista se iluminó con el resplandor del mismo cielo.

—¡Cedrick! —grité sin voz, me sostuve de su espalda, mi vientre se cerró, lo acuné en las profundidades de mi gruta y...

La tierra tembló, el infierno se abrió cuando la bomba de calor reventó y fui arrastrada en un brutal orgasmo que me desconectó de todo, hasta que solo lo sentí a él, a su boca embebiéndose de mis labios, a su cuerpo aplastando el mío, su pelvis frotando mi clítoris, su virilidad en lo profundo de mi coño que lo masajéo con fuerza hasta que rechinó los dientes y no pudo con el pico de mi orgasmo.

Su mano en mi cadera me apretó con dureza, me marcó la piel, sus labios apresaron los míos, su lengua me buscó en medio de cada sacudida, su cuerpo se tensó. No pudo más y soltó mis labios

para gruñir y correrse en copiosos chorros de caliente polución que alcanzó mi vientre y lo inundó todo con su exaltación.

Nos abrazamos con fuerza, entre los espasmos del orgasmo, mientras que sus caderas se movían con furia para arrancarme hasta el último reclamo de sensatez, hasta que la fricción con su dureza fue tan abrumadora que no pude sentir nada más y caí en un foso en el que su tacto y el mío se fusionaron.

Me llenó, mis piernas temblorosas y viscosas no se desprendieron de las suyas cuando las sacudidas nos vencieron.

Lo abracé sin fuerza, rodeé sus caderas con mis piernas y lo hice recostarse contra mi cuerpo.

—No-te-salgas —supliqué en un hilo de voz, temiendo que el momento acabase, que ese instante se borrara con un chasquido de dedos.

Necesitaba sentirlo más, dejar que su dureza menguara en mi interior palpitante que seguía presa del mejor nirvana que creó formas y colores tras mis párpados.

—Nunca —susurró como una promesa y me besó el cuello, un beso cálido y sentido con el que completó su deseo, un deseo que poco tenía que ver con su excitación, y mucho con el sentimiento que nos acogió.

—Supongo que ahora sí soy tu vaquita —musité encantada y mis dedos inventaron garabatos a lo largo de su espalda, reconociendo las ondulaciones de sus músculos.

Rugió por lo bajo, satisfecho con mi comentario y sonreí cuando se hundió un milímetro más hondo en mi vagina que tembló con violencia al sentir la divina fricción, así como mi clitoris hinchadito y suave que se rozó contra su pelvis.

Jadeé y el aire se me escapó entre los labios.

—Debería castigarte otra vez por tu insolencia, mi vaquita —exclamó y se volvió a mover para expulsar las últimas gotas de placer.

Sonreí.

—Ahora ya puedes hacerme lo que quieras, niño bonito, me tienes deseando ver lo que harás cuando me tengas doblegada en un lugar con más espacio —ronroneé pícaro.

Maldijo con un impropio susurrado y, antes de que pudiese entender qué cojones dijo, se impulsó para volver a mis labios y quitarme cualquier idea absurda que no tuviese que ver con nuestros cuerpos juntos, profundamente juntos, mortalmente juntos, exquisitamente juntos, hasta que mi loca tía Gertrudis se avergonzara por compartir lazos sanguíneos con una vaquita obscena que se deja hacer por su macho. Una vaquita que alimentaría día, tarde y noche a su toro y le mostraría la colita para que la empotrara para darle una buena follada que entrecruzaría sus pupilas y la haría salivar como una perrita en celo.

Digo, una chica puede soñar con cumplir sus fantasías más morbosas, ¿verdad?

¿ F I N ?

EPÍLOGO

UNA VAQUITA CON SUS MANCHAS BIEN PINTADITAS

Después de nuestro tórrido encuentro en el que tuvimos que movernos de «locación» cuando me acalambré el pie que tenía magullado y chillé de dolor hasta que, entre risas, Cedrick me ayudó a estirarlo, volvimos a casa.

El muy maldito me hizo apretar los muslos todo el camino.

—*¡Qué no se te salga ni una sola gota de mi semen! —bramó la orden y, sin dejarme vestir más que con su camisa, regresamos a la casa.*

Al llegar, me ayudó a bajarme del auto, no sin antes hacerme enrollar las piernas alrededor de sus caderas y, entre brincos, risas, pellizcos, mordidas, besos y más, me llevó hasta su dormitorio que, como prometían sus palabras, estaba lleno de curiosidades.

No probamos nada nuevo ese día, aunque al fin me dejó degustar su delicioso cuerpo masculino que quería lamer enterito.

¡Por todos los ángeles caídos que se convirtieron en diablitos que me susurraban en los oídos...! Fue toda una delicia degustar su piel, impregnarme con el aroma de sus músculos, con la esencia dulce que conservaba de mi sexo. Bajé y bajé hasta que enloquecí con cada uno de sus suspiros, hasta que paladeé su excitación que seguía tibia gracias a su piel, gracias a que antes me penetró y folló hasta tener un orgasmo y solo mientras me recuperaba me dejó lamer su tronco.

Lo reconozco, me vi muy desesperada cuando caí de rodillas entre sus piernas y lo engullí con devoción hasta el punto en el que mis pupilas se modificaron y se hicieron pequeños corazones que lo hicieron bramar, tensarse como las cuerdas de un violín y reventar en mi boca. No con exactitud, pero más o menos eso pasó.

Lo saboreé, claro que lo hice. Si el sexo no es marrano, no es sexo, es... Bueno, con algo terminaba ese dicho que le escuché a alguien, lo importante es que su sabor me encandiló al punto que me toqué el clitoris con violencia para reventar con la última descarga de su placer. Nunca alcancé un orgasmo con tanta rapidez, y cuando caí desmadejada en el piso, sonrió con malicia y luego me hizo volver a la cama, donde volvió a comerme las tetas y a sacar más que unas solas gotitas.

Lo hicimos por horas y horas, nos duchamos juntos, pese a que salimos igual de sucios que cuando entramos, solo para mojar la cama con nuestras pieles y cabellos húmedos que no nos detuvimos a secar, en su lugar, nos revolvimos en las sábanas y me comió el coño con un placer descomunal que, con una sola de sus lamidas, hizo que mis antepasados se estremecieran.

«¡Ja!, ¡chúpate esa, tía Gertrudis y revuélcate en tu tumba!»

No supe en qué momento nos dormimos, pero esa noche tuvo muchas sorpresas, más allá de las confesiones, más allá del mejor sexo de mi vida, hasta ese momento, porque después... Después, lo que pasó, solo me volví una adicta a su cuerpo, a su piel, a sus labios, a su polla dura de la cual estaba

profundamente enamorada, porque sí, antes me quedaba con su dureza que con su mal carácter, pero el vaquero venía completo, así que había que «apechugar».

Y claro, lo amamanté cuando quiso y como quiso. Mis pechos no tardaron en cargarse, mi vagina se mojó cada vez que su boca lobuna se pegó a mis picos rosados y me dejó seca. Era un acto carnal, impúdico, pecaminoso y prohibido que solo alzó nuestras lascivias, pese a que no siempre conllevó al coito, no, a veces solo me sacaba los pechos para que menguara la hinchazón de mis ubres.

Me convertí en una vaquita bien amaestrada, dispuesta a cumplir cada uno de sus deseos, por muy oscuros o ardientes que fueran.

Sin embargo, pese a lo que se podía creer, Cedrick estaba igual de comprometido. Incluso me cumplió mi deseo de vestirse de vaquero y dejar que lo desnudara —sin quitarle el sombrero— para luego lamer cada parte de su cuerpo a mi antojo, mientras se sentaba sobre el sillón y me miraba desde su altura como el macho que era.

Lo de la marca que me quería hacer en el trasero seguía en discusión. Cedrick quería tatuarme su nombre en la espalda baja, pero yo no estaba muy segura de querer tener la piel colorada como una vaca de verdad, en especial cuando dijo que las vacas reales se les marca al quemarles el cuero. ¡Iba listo si creía que lo pondría fácil! En su lugar, me mordía la cadera o el trasero cada que podía, y siendo honesta, me encantaba que lo hiciera.

Mi hombre de las nieves era todo un apasionado y no quería que aquello se acabara por mucho que el tiempo pasara, así que estaba dispuesta a hacer ciertos sacrificios a cambio de algunas recompensas, como una dotación de Coca-Cola ilimitada, al igual que chocolates por montones y, por supuesto, alguna recreación de las escenas que tenía en mente para mis próximas novelas.

¡Bah, cositas de nada!

En cuanto a mi Conde y mis Derstins... Bueno, solo digamos que todavía quedaban cosas por descubrir, mundos por recorrer y escenas por reproducir.

Había mucha más historia que contar, en especial, faltaba por darle uso a los mil juguetes con los que Cedrick me mostraría el camino para ser una vaquita bien criada que le daría una buena descendencia.

Pero esas, eran nimiedades, ¿verdad?

NOTA

Primero que nada, me gustaría agradecerle querido lector, por haber leído hasta aquí, por seguir cada capítulo lleno de locura y descaro en el que me sumergí en un nuevo género, sin estar muy segura de lo que encontraría al otro lado del río.

«Se busca novilla para cría» es una novela que he disfrutado y, espero que, así como gocé al escribirla, te haya sacado, aunque sea, una risa con las ocurrencias de mi pequeña Julieta que, como su nombre, tiene mucho dramatismo y una mente por la que poco oxígeno trascurre.

Así como habrás notado, la novela está plagada de frases, palabras, modismos, entre otros, que oscilan entre las diferentes regiones de habla hispana. Quería darle ese toque, quería que se sintiera que el idioma no se debe limitar y espero que cada chascarrillo te haya sacado una sonrisa.

Además, como habrás visto, esta historia desarrolla, muy por encima, otras dos, que bien podrían convertirse en novelas en un futuro, así que, si te interesa descubrir al Conde, a Ka'al, a Anastasia, a Dayna, o adentrarte más en las locuras de Julieta, te invito a dejar un comentario con tus impresiones en las distintas plataformas o en privado, a través de mis redes sociales.

Y recuerden, ante el deseo..., lo demás son nimiedades, ¿verdad?

S I E M P R E V U E S T R A , S E Ñ O R A S .

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

SE BUSCA...

CAPÍTULO 2

SOLO UNA MIRADITA

CAPÍTULO 3

MENSAJE CALIENTE

CAPÍTULO 4

PRIMER CONTACTO

CAPÍTULO 5

UNA VAQUITA DISPUESTA

CAPÍTULO 6

UNA VAQUITA CONFUNDIDA

CAPÍTULO 7

UNA VAQUITA AL DESCUBIERTO

CAPÍTULO 8

UNA VAQUITA AL TIRO

CAPÍTULO 9

UNA VAQUITA EN LAS BRASAS

CAPÍTULO 10

UNA VAQUITA CALIENTITA

CAPÍTULO 11

UNA VAQUITA TENTADA

CAPÍTULO 12

UNA VAQUITA INDOMABLE

CAPÍTULO 13

UNA VAQUITA EN APRIETOS

CAPÍTULO 14

UNA VAQUITA ATONTADA

CAPÍTULO 15

UNA VAQUITA DOBLEGADA

CAPÍTULO 16

LA NOVILLA QUE NO DEBIÓ SER...

CAPÍTULO 17

UNA VAQUITA LECHERA

EPÍLOGO

UNA VAQUITA CON SUS MANCHAS BIEN PINTADITAS

NOTA

SEÑORA S

TAMBIÉN TE PUEDE GUSTAR...

1.SERIE LIBERACIÓN:

2.MI ESTRELLA

3.BESTIA

4.TU PRISIONERA

5.¡HÁZMELO!

SEÑORA S

Hay tantas cosas que decir sobre mí...

Mi nombre real no es Señora S, como es evidente, es un seudónimo que tomé prestado del primer personaje que hice; del personaje principal de «¡Házmelo!».

Decir que no soy muy fan de las novelas largas, es decir la verdad, porque no lo soy, pero me encantan los detalles que esconde una historia, por eso mis novelas son cortas.

Espero que hayan disfrutado de esta novela y que, si lo desean dejen sus comentarios y valoraciones.

Puedes encontrarme en redes sociales como:

[Sonia Sometá](#) (Señora S) —Facebook

[@SoniaSometá](#) —Instagram

O S Q U I E R E ,
S E Ñ O R A S .

TAMBIÉN TE PUEDE GUSTAR...

1. S E R I E L I B E R A C I Ó N :



Lena nunca se imaginó que su cuerpo fuese a reaccionar de esa manera... Nunca se esperó que sus senos pesados y grandes la traicionaran.

Desesperada y avergonzada, busca la ayuda necesaria para acabar con su problema. La solución llega en la consulta médica, pero no es lo que espera. Jamás creyó que el atractivo doctor pudiese proponerle algo tan inmoral que la hiciera calentarse hasta el núcleo.

¿Te atreves a conocer esta historia excitante?

» » »

A Mare siempre le pareció que su jefe era un engreído que no sabía cómo tratar a sus empleados, un riquillo que se aprovechaba de su poder para mangonear a los demás y moverlos a su antojo como títeres.

No le gustaba para nada su actitud petulante, al menos así fue hasta que, al verla desesperada, la ayudó a aliviarse, proponiéndole un trato de lo más indecoroso que cambiará su vida.



« « «



Mónica siempre quiso una cosa: tener una familia grande y numerosa. ¿El problema? Su marido no quería más hijos, y su cuerpo se negaba a colaborar.

Medicamentos, citas médicas y tratamientos diversos, en lugar de ayudar, solo le trajeron más inconvenientes, inconvenientes con los que no contaba y de los cuales se necesitaba liberar, sin embargo, sin su marido cerca, o cualquier otra persona más a quien recurrir, su hijastro se ofrece para aliviar sus «malestares» y ayudarle a sosegar su cuerpo.

» » »

Después de la ruptura, Siena solo quería regresar a casa y descansar, pero su organismo tenía una idea muy distinta. Ardía en deseo, su cuerpo palpitaba necesitando el cobijo de un macho que la dominara como tanto quiso durante mucho tiempo.

Estaba caliente como nunca lo estuvo, y todo gracias a querer complacer a su expareja y... ¿Para qué?

Creyó que se incendiaría sola, necesitando unas manos masculinas que satisficieran su concupiscencia, hasta que su hermanastro se apropió de su cuerpo para someterla.



« « «



Violeta solo quería un poco de paz, un poco de libertad y quizá una pizca de calor humano.

No fue a propósito, no lo buscó, sin embargo, cuando más necesitaba de un hombre que le ayudase con las nuevas dificultades que su cuerpo estaba experimentando, apareció él...

Hayden era el nuevo novio de su madre, diez años menor que ella, guapo, atlético y demasiado sensual para sus alborotadas hormonas.

¿Podrá Violeta resistir esa atracción, ese deseo que su padrastro despierta en su cuerpo?

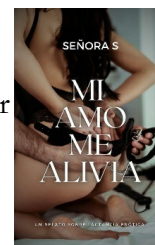
» » »

Maddy solo necesitaba un trabajo donde le pagasen lo suficiente para poder subsistir y saldar las cuentas del hospital.

En una noche desesperada, una notificación a su correo impactó su vida.
¿Sería su trabajo soñado?

Cuidar de un hombre nunca le implicó tanto esfuerzo y satisfacción, después de todo, su «amo» estaba dispuesto a satisfacer las necesidades inquietantes de su cuerpo, aquella ansia en sus pechos colmados y necesitados.

¿Podrá Maddy hallar todo lo que siempre deseo con su nuevo trabajo y su espectacular «amo»?



« « «



Compilación de los relatos anteriores.
Todos relatos sobre lactancia erótica.

» » »



Julieta siempre fue un derroche de sensualidad, de curvas exuberantes capaces de hacer girar la cabeza de más de algún caballero, y su marido no era diferente.

Enoc quedó prendado de su esposa en cuanto la conoció, y cayó rendido a sus pies cuando su aroma penetró sus fosas nasales, cuando sus cuerpos se unieron y, verla embarazada, con sus curvas más sinuosas que nunca, le hizo salivar.

Estaba preciosa, en especial esa parte de su anatomía que provocaba que el incendio en su interior prendiera sus venas y deseara colmar sus labios con la dulzura que se derramó de sus colmados pechos.

¿Podrá Enoc complacer su lascivia con el cuerpo de su deliciosa mujer o el recato de Julieta le impedirá alcanzar su objetivo?

Un relato de lactancia erótica donde el tabú jugará con sus mentes y cuerpos.

« « «

Prometió regresar pronto de su viaje de negocios, pero no fue así. Su cuerpo ardía, pidiendo los brazos de su marido, su boca drenando sus cargados senos que ya no soportaban el peso de su dulce elixir. Sin embargo, su marido tenía una idea para solucionar su situación...

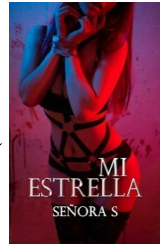
No, no quería seguir su plan, no podía jugar de aquella forma, no podía faltarle a su matrimonio, en especial, con su suegro.

Ni siquiera lo podía considerar, hasta que el calor de su cercanía abrasó su cuerpo y dejó de pensar y se dejó llevar por la necesidad de aplacar su excitación.

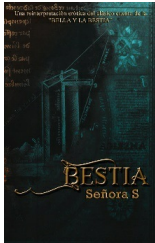


2 . M I E S T R E L L A

En un principio, cuando me metí en su mundo, jamás me imaginé lo que iba a acabar pasando... Como muchas otras personas, tomé la decisión consciente de llevar a cabo ese trabajo, pero lo hice por una buena razón: mi familia. Necesitaba el dinero urgentemente, y ante las pocas o nulas posibilidades de un trabajo mejor, decidí meterme en el mundo que él me ofrecía. Reconozco que no pensaba hacerlo de esta manera, sin embargo, una vez estuve dentro de su universo... me fue muy difícil salir. Él me atraía demasiado como para imaginarme siquiera ir en contra de su voluntad, y su mundo era tan atrayente como él, y yo, quería permanecer en él. Mas, su mundo no era mi mundo, tenía que dejarlo, pero ¿podría dejarlo a él?



3 . B E S T I A



Mi padre, era un mercader prestigioso, sus barcos cruzaban cualquier mar, llevando cualquier tipo de mercancía. Sin duda, era un negocio lucrativo, hasta que la tragedia nos sobrevino.

Siendo su única hija, me quedé sola, en la casa, esperando a que, tanto mis hermanos como mi padre, regresaran de altamar, de rescatar lo que había quedado de las naves.

Pero cuando ellos regresaron, no trajeron buenas noticias. Todo estaba perdido, y gracias a eso, mi padre tenía un montón de deudas. La solución de él, fue simple... venderme.

Me habían vendido a un hombre muy rico, todo a cambio de que se pagaran las deudas de mi padre y, además le diera lo suficiente para sobrevivir durante algún tiempo.

Mi destino estaba sellado a fuego. Debía casarme con él, con la BESTIA.
Una reinterpretación erótica del clásico cuento de la «BELLA Y LA BESTIA».

4 . T U P R I S I O N E R A



Grace es una chica de la calle, que ha sido despojada de todas las cosas que una persona normal da por hecho. Simplemente es un rostro sucio más de los que se ve en las calles de todo el mundo.

Con un estomago cada vez más hambriento y con pocas posibilidades de llenarlo. Así es la vida de Grace, llena de sin sabores y oscuros momentos que la arrinconan contra una pared, y la única opción para salvar su vida de morir de inanición, la encuentra en él... ese misterioso hombre que le ofrece una vida diferente a la que ahora tiene; sin peligros de caer en manos de ese mundo oscuro y perverso que la persigue.

El problema con el trato que ese hombre anónimo le propone a Grace, es su vigencia. ¿Puede su trato durar tan poco? ¿O será una eternidad el lapso junto a ese hombre anónimo?

5 . ¡ H Á Z M E L O !

Mi nombre es señora S, en realidad, no es así. Todos me llaman “S” —que se pronuncia como “es”—, sin el “señora”; nadie me dice mi nombre, que bien podría ser Sonia, Silvia, Sol, o cualquier nombre que comience con la letra S. Cualquiera que elijan, estará bien para mí. Pero la verdadera razón de mi “sobrenombre”, no es más que la representación de lo que más me gusta hacer... tener SEXO, a MON-TO-NES.

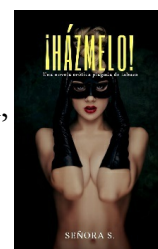
Sí, como se habrán imaginado en estas cuantas líneas que han leído, este libro trata del sexo, y por supuesto, de mí; su adorable anfitriona que les mostrara lo que significa —según los psicólogos— ser una persona con hipersexualidad, o lo que antes se conocía como ninfomanía.

Lo curioso de la “ninfomanía” es que sólo se le diagnosticaba a las mujeres y no así a los hombres, pero ahora, ya no se considera que las mujeres sean ninfómanas, lo cual es... genial, creo.

En fin, algunos de ustedes pensarán que este libro será una copia del libro “Diario de una Ninfómana”, cosa que no es así. Para comenzar, yo no tengo que enseñarles a los lectores ninguna lección o darles algún mensaje que les sea útil para la vida, eso no lo van a ver aquí.

Si quieren algún libro existencial... pues vayan a los de autoayuda, o simplemente lean a Paulo Coelho, porque lo que soy yo... no voy a decir un montón de sandeces que podrían ser o no interpretadas de la forma correcta. Además, por algo la categoría es Erótica ¿no?

Así que sí, este libro sólo es un tributo al sexo, por lo que señores y señoras, tomen asiento o acuéstense y prepárense para un relajante momento de sólo pensar en SEXO, no hay nada que analizar, ni nada que entender, únicamente dejen que sus cuerpos y sus más primitivos deseos surjan en ustedes.



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de la autora. El contenido de esta novela es completamente parte de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.